REFERENCIAS EN LA OBRA DE LACAN 21

Escuela de la Orientación Lacaniana
BIBLIOTECA
N° 6330
0026

Referencias en la obra de Lacan

"Referencias en la Obra de Lacan" es una publicación cuatrimestral de la Biblioteca de la Casa del Campo Freudiano inscripta en la Federación Internacional de las Bibliotecas del Campo Freudiano (FIBCF)

Directora Responsable
Verónica E. Carbone

Directora Editorial
Diana Etinger de Alvarez

Directora Adjunta
Diana V. de Indart

Comité Editorial y de Redacción
Alicia Bendersky (Coordinación General)
Maite Garzo
Ana Meyer
Delfín Leguizamón (Coordinación Operativa)

Diseño:
Horacio Wainhaus

Producción Editorial
Factoría Sur
N. Repetto (ex Añasco) 818
1405 Buenos Aires, República Argentina
T.E. 431-3757
e-mail: wainhaus@interlink.com.ar

Correspondencia
Riobamba 911 PB
Buenos Aires
República Argentina
e-mail: etinger@sinectis.com.ar

"Referencias en la Obra de Lacan", Año VII, Número 21
Hecho el depósito de la Ley 11.723
I.S.B.N. N° 987-99603-5-1
Permitida la reproducción parcial del contenido, previa autorización por escrito de la dirección de la publicación. Siendo de interés el intercambio con publicaciones periódicas de carácter científico, rogamos a las instituciones o personas interesadas dirigirse a la dirección de la publicación.

Tapa: "Escena de carnaval". C. 1754. Giandomenico Tiépolo. (Venecia, 1727-*id.* 1804) Paris, Louvre.

Para el analista, el estudioso o simplemente el lector de la obra de Lacan, la consulta de los textos que cita en sus Escritos y Seminarios es una parte ineludible de ese ejercicio, apasionante, que es trabajar con la teoría lacaniana.

Lacan toma todo lo que la obra cultural y científica del hombre le ofrece, no sólo para ejemplificar o proporcionar modelos, sino también para construir distintos tramos de su teoría, y suele suceder que sólo una vez localizada la referencia puede uno darle su justo valor. Esta búsqueda no es tarea sencilla (por supuesto, tampoco es imposible).

El Campo Freudiano en la Argentina, a través de esta publicación, ha abordado, como una de sus tareas, la recolección de textos que a veces, muy pocas, son inhallables, y otras, la mayoría, nos obligan a largos y complicados recorridos. Cada referencia va acompañada de una nota que ubica el lugar de la obra de Lacan en que es mencionada, pero no siempre hemos podido localizar todos los lugares en que éstas son utilizadas.

En alguna ocasión incluiremos textos que no siendo referencias de Lacan constituyen una guía para la ubicación de ciertos conceptos.

Una vez más este número de "Referencias..." es en gran parte la obra de sus colaboradores. La Biblioteca del Campo Freudiano de Bilbao nos hizo llegar la traducción de "Un drama muy parisino". Laure Thibaudeau, desde París, consiguió para "Referencias..." el dibujo de Masson. A Juan Torrisi le debemos el hallazgo del "Círculo de Popilio" y los comentarios que permitieron armar su presentación. Luis Salomone y Graciela Brodsky enriquecieron el "Medio Pollo" con distintas versiones en cuya traducción nos ayudaron Nora González y María del Pilar Altinier. Nuestro agradecimiento a todos ellos.

21

Indice

Eros y Psyché *11*
Iacopo Zucchi, André Masson

Carta sobre los ciegos para uso de los que ven *13*
Denis Diderot

Un drama muy parisino *61*
Alphonse Allais

La gravedad y la gracia *69*
Simone Weil

Ulises y el cíclope *75*
Homero, Luciano

El círculo de Popilio *95*
Theodor Mommsen

Historia de medio pollo *99*

Eros y Psyché
Iacopo Zucchi, André Masson

"Es preciso que vean, gracias a esta imagen, que el complejo de castración está, en su estructura y en su dinámica instintiva, centrado de tal manera que recorta exactamente lo que nosotros podemos llamar el punto del nacimiento del alma."(...) "Si el mito tiene un sentido, es en efecto que Psyché no comienza a vivir como Psyché, sino en tanto que sujeto de un pathos que es, para decirlo apropiadamente, el del alma, en el momento en que el deseo que la ha colmado se retira y la deja. Es en ese momento que comienzan las aventuras de Psyché."

En la clase del 12 de Abril de 1961, de Le Séminaire Livre VIII, Le Transfert, *titulada "Psyché y el complejo de castración", Lacan aborda el tema de este complejo en su incidencia sobre la dinámica instintiva, en tanto estructurada por los hechos del significante, que la marcan.*

La imagen a la que Lacan se refiere, (y que muestra a sus alumnos), es la reproducción de la pintura de Iacopo Zucchi que publicamos. Este pintor manierista extrajo el tema de su obra de un relato mítico de Apuleyo, la colección de fábulas llamada Metamorfosis, *o "El Asno de Oro" (texto ya publicado en* Referencias... N°1*).*

Lacan señala una articulación visible en la obra de Zucchi, ".. el valor de la imagen es el de mostrarnos que hay entonces una superposición, o una sobreimposición, un centro común, en el sentido vertical, entre el alma y ese punto de producción del complejo de castración... ". Puntualiza entonces el mecanismo por el cual se constituye la organización psíquica , diciendo que se hace necesario un corte para acceder al deseo, puesto que la organización psíquica, en tanto tal, sólo puede abordar el órgano transformándolo en significante, es decir

transponiendo su función a otra función diferente que la orgánica.

En la clase del 19 de abril de 1961, llamada "El símbolo Φ", comentando el detalle del ramo de flores ubicado en el lugar en donde se hallaría el sexo amenazado de Eros, señala su ausencia presentificada. Y en cuanto a la imagen de Psyché, en el límite entre la púber y la impúber, imagen fálica en sí misma, es soporte de la acción castrante en tanto reflejada en la forma narcisista del cuerpo.

Y concluye: "La relación innominada, por ser innombrable, indecible, del sujeto con el significante puro del deseo se proyecta sobre el órgano localizable, preciso, situable en alguna parte en el conjunto del edificio corporal. De donde nace ese conflicto propiamente imaginario, que consiste en verse a sí mismo como privado, o no privado de ese apéndice.

Es en torno de este punto imaginario que se elaboran los efectos sintomáticos del complejo de castración."

Publicamos la reproducción de la obra de Zucchi, así como la del bosquejo que André Masson realizó, a pedido de Lacan, sobre el mismo tema, destinado a definir los trazos significativos de la obra de Zucchi.

Zucchi, Iacopo (1547-1590). Psiche sorprende Amore, *Galeria Borghese. Masson, André (1896-1987).*

Carta sobre los ciegos para uso de los que ven

Denis Diderot

En el capítulo VII, "La anamorfosis", de El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, *Lacan sostiene que hay algo de la visión que escapa a las investigaciones geometrales de la perspectiva. La dimensión geometral, aquella que define la función de la imagen como una correspondencia punto a punto de dos unidades en el espacio, es "dimensión parcial en el campo de la mirada, es dimensión que nada tiene que ver con la visión como tal..." Es en este contexto que Lacan nos remite a Diderot.*

"Con su Carta sobre los ciegos para uso de quienes ven *se darán cuenta de que esta construcción pasa completamente por alto lo que está en juego en la visión. Pues el espacio geometral de la visión -aun incluyendo en él las partes imaginarias del espacio virtual, a las cuales, como saben, he dado mucha importancia- un ciego lo puede perfectamente reconstruir, imaginar..*

La perspectiva geometral es asunto de demarcación del espacio, no de vista. El ciego puede perfectamente concebir que el campo del espacio que él conoce, y que conoce como real, puede ser percibido a distancia y de manera simultánea."

Vuelve sobre este punto en el capítulo VIII: "...cierta óptica pasa por alto lo propio de la visión. Es una óptica que está al alcance de los ciegos. Los referí a la Carta *de Diderot, que demuestra hasta qué punto el ciego es capaz de dar cuenta de reconstruir, imaginar, hablar, de todo cuanto del espacio nos procura la visión. Sin duda, sobre esta posibilidad,*

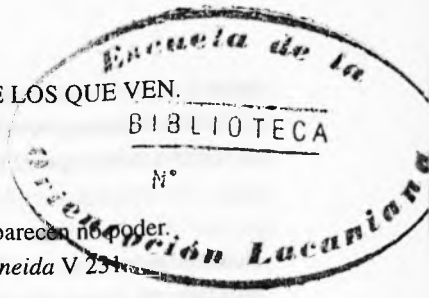
Diderot construye un equívoco permanente con sobrentendidos metafísicos, pero esta ambigüedad anima su texto y le confiere su carácter mordaz."

Referencias... reproduce algunos fragmentos de la Carta sobre los ciegos para uso de los que ven *que corresponden a la argumentación de Lacan.*

Diderot, Denis (1713-1784). Carta sobre los ciegos para uso de los que ven. *Madrid, Las Ediciones de La Piqueta, 1978. Trad. del francés y notas: Miguel Angel Capelletti..*

CARTA SOBRE LOS CIEGOS PARA USO DE LOS QUE VEN.

DENIS DIDEROT.



Pueden y parecen no poder.
Virgilio, *Eneida* V 231.

Mucho dudaba yo, señora[1], de que el ciego de nacimiento a quien el Sr. de Réaumur[2] acaba de hacer caer la catarata nos enseñara lo que vos queríais saber; pero no me había cuidado de adivinar que ello no sería por culpa suya ni vuestra[3]. He requerido personalmente a su bienhechor, por sus mejores amigos, por los cumplidos que le he hecho; nada hemos obtenido y el primer apósito se quitará sin vos. Personas de la más alta distinción han tenido el honor de compartir con los filósofos su negativa; en una palabra, no ha querido dejar caer el velo sino delante de algunos ojos sin consecuencias[4]. Si tenéis curiosidad por saber por qué ese hábil académico lleva a cabo con tanto secreto experiencias que no pueden tener, según vos, un número demasiado elevado de testigos cultos, os responderé que las observaciones de un hombre tan célebre tienen menos necesidad de espectadores cuando se realizan que de oyentes cuando ya están realizadas[5]. Yo he vuelto, pues, señora, a mi primer propósito, y obligado a prescindir de una experiencia donde no veía ninguna ventaja para mi instrucción ni para la vuestra, pero de la cual el Sr. Réaumur sacará un partido mucho mejor, me he puesto a filosofar con mis amigos sobre la importante materia que aquélla tiene por objeto. ¡Cuán feliz sería si el relato de alguna de nuestras conversaciones pudiera sustituir para vos el espectáculo que yo demasiado despreocupadamente os había prometido![6].

El mismo día en que el prusiano[7] operaba de la catarata a la hija de Simoneau, fuimos nosotros a interrogar al ciego de nacimiento de Puisaux[8]: es un hombre que no carece de buen sentido; a quien muchas personas conocen; que sabe un poco de química y que ha seguido, con cierto éxito, los cursos de botánica en el Jardín del Rey. Nació de un padre que ha profesado con aplauso la filosofía en la Universidad de París. Gozaba de una honrada fortuna, con la cual hubiera podido satisfacer fácilmente los sentidos que le quedan; pero el gusto del placer lo arrastró en su juventud: se abusó de sus inclinaciones; sus asuntos domésticos se perturbaron, y se retiró a una pequeña ciudad de provincia, desde donde realiza todos los años un viaje a París. Lleva allí

licores que destila y que tienen mucha aceptación. He ahí, señora, circunstancias muy poco filosóficas, pero, por esa misma razón, más capaces de haceros pensar que el personaje del cual os hablo no es imaginario[9].
(...)

Nuestro ciego capta muy bien las simetrías. La simetría que es tal vez entre nosotros un asunto de pura convención, lo es ciertamente, en muchos aspectos, entre un ciego y los que ven. A fuerza de estudiar por el tacto la disposición que exigimos entre las partes que componen un todo para llamarlo bello, un ciego llega a una justa aplicación de ese término. Pero cuando dice: *Eso es bello*, no juzga; refiere sólo el juicio de los que ven. ¿Y qué otra cosa hacen las tres cuartas partes de los que deciden sobre una obra de teatro, después de haberla escuchado, o de un libro, después de haberlo leído? La belleza, para un ciego, no es más que una palabra cuando está separada de la utilidad; y con un órgano menos ¡cuántas cosas hay cuya utilidad se le escapa! ¿No se debe compadecer mucho a los ciegos por no considerar como bello sino lo que es bueno? ¡Cuántas cosas admirables perdidas por ellos! El único bien que los salva de esta pérdida es el tener ideas de lo bello, en verdad menos extensas pero más claras que algunos filósofos clarividentes que de ellas han tratado muy largamente[10].
El nuestro habla de espejo en todo momento. Creéis que no sabe lo que quiere decir la palabra "espejo"; sin embargo, no pondrá jamás un vidrio a contraluz. Se expresa tan sensatamente como nosotros sobre las cualidades y los defectos del órgano que le falta: si no vincula ninguna idea con los términos que emplea, tiene al menos, frente a la mayor parte de los otros hombres, la ventaja de no pronunciarlos nunca fuera de lugar. Discurre tan acertada y justamente sobre tantas cosas que le son absolutamente desconocidas que su trato podría quitar mucha fuerza a esa inducción que todos hacemos, sin saber por qué, pasando de lo que sucede en nosotros a lo que sucede en el interior de los demás. Yo le pregunté qué entendía por "un espejo": "Una máquina -me respondió- que pone las cosas en relieve lejos de las mismas, si se hallan convenientemente ubicadas en relación a aquélla. Es como mi mano, que no es necesario que la ponga al lado de un objeto para sentirla". Descartes, ciego de nacimiento, hubiera debido congratularse, me parece, de semejante definición. Considerad, en efecto, os ruego, la finura con la cual ha debido combinar ciertas ideas para llegar allí.
Nuestro ciego no tiene conocimiento de los objetos más que por el tacto. Sabe, por referencia de otros hombres, que por medio de la vista se conocen

los objetos, como le son conocidos por el tacto; al menos, es la única noción que de ello puede formarse. Sabe además que no es posible ver el propio rostro, aunque se lo puede tocar. La vista -debe concluir él- es, pues, una especie de tacto que no se extiende más que a los objetos diferentes de nuestro rostro y alejados de nosotros. Por otra parte, el tacto no le da sino idea del relieve. Por tanto, añade él, un espejo es una máquina que nos pone en relieve fuera de nosotros mismos. ¡Cuántos célebres filósofos han empleado menos sutileza para llegar a nociones igualmente falsas! Pero ¿cuán asombroso debe ser un espejo para nuestro ciego? ¿Cuánto debió aumentar su extrañeza cuando le informamos que hay dentro de esta clase de máquinas algunas que agrandan los objetos; que hay otras que, sin duplicarlos, los desplazan, los acercan, los alejan, los hacen percibir, ponen de manifiesto sus partes mínimas a los ojos de los naturalistas; que las hay también que los multiplican por millares; que las hay, en fin, que parecen desfigurarlos totalmente? Nos hizo cien preguntas extrañas sobre esos fenómenos. Nos preguntó, por ejemplo, si sólo los llamados "naturalistas" veían con el microscopio [11] y si los astrónomos eran los únicos que veían con el telescopio [12]; si la máquina que agranda los objetos era más grande que la que los achica, si la que los acerca era más corta que la que los aleja; y no comprendiendo cómo este otro yo que, según él, el espejo repite en relieve, escapa al sentido del tacto: "He ahí, decía, dos sentidos que una maquinita pone en contradicción; una máquina más perfecta los pondría quizás de acuerdo sin que, por eso, los objetos fueran más reales; tal vez una tercera máquina más perfecta todavía y menos pérfida, los haría desaparecer y nos advertiría el error".

¿Y qué es, en vuestra opinión, el ojo? le dijo el Sr. de... "Es -respondió el ciego- un órgano sobre el cual el aire produce el mismo efecto que mi bastón sobre mi mano". Esta respuesta nos hizo caer de las nubes y, mientras nos mirábamos unos a otros con admiración, él continuó: "Eso es tan cierto que cuando coloco mi mano entre vuestros ojos y un objeto, mi mano está presente para vosotros, pero el objeto está ausente. Lo mismo sucede cuando busco una cosa con mi bastón y encuentro otra".

Señora, abrid la *Dióptrica* de Descartes y veréis allí los fenómenos de la vista referidos a los del tacto [13], y las ilustraciones de óptica llenas de figuras de hombres ocupados en ver con bastones. Descartes y todos los que vinieron después no han podido darnos ideas más claras sobre la visión; y ese gran filósofo no ha logrado a este respecto una ventaja mayor que la gente que tiene dos ojos.

A ninguno de nosotros se le ocurrió interrogarlo sobre la pintura y la escritura:

pero es evidente que no hay preguntas a las cuales su comparación no hubiera podido satisfacer y no dudo, en modo alguno, de que nos hubiera dicho que tratar de leer o de ver sin tener ojos era buscar un alfiler con un bastón grueso [14]. Le hablamos solamente de esas clases de perspectivas que otorgan relieve a los objetos y que tienen con nuestros espejos tanta analogía y al mismo tiempo tanta diferencia; y nos dimos cuenta de que estorbaban tanto como contribuían a la idea que él se ha formado de un vidrio y que estaba tentado de creer que, como el vidrio pintaba los objetos, el pintor, para representarlos, pintaba quizás un vidrio.

Lo vimos enhebrar agujas muy menudas. ¿Se os podría pedir, señora, que suspendierais aquí vuestra lectura y trataráis de averiguar cómo os arreglaríais en su lugar? En caso de que no encontrarais ningún expediente, voy a deciros el del ciego. Dispone la abertura de la aguja transversalmente entre sus labios y en la misma dirección que la de su boca; luego, con la ayuda de su lengua y de la succión, atrae el hilo que sigue su aliento, a menos que sea demasiado grueso para la abertura; pero en ese caso, el que ve apenas si tiene menos dificultad que el que está privado de la vista.

(...)

Nuestro ciego se dirige al ruido o a la voz con tanta seguridad que no dudo de que tal ejercicio haga a los ciegos muy hábiles y peligrosos. Os contaré un hecho que os mostrará cuán equivocado está quien espera una pedrada o se expone a un tiro de pistola de su mano, por poco que tenga aquél la costumbre de utilizar esa arma. Tuvo él en su juventud una disputa con uno de sus hermanos, quien se las vio muy mal. Impacientado por las expresiones desagradables que estaba soportando, tomó el primer objeto que le cayó en mano, se lo arrojó, le dio en medio de la frente y lo tiró al suelo. Esta aventura y algunas otras hicieron que se llamara a la policía. Los signos exteriores del poder que tan vivamente nos afectan no impresionan en absoluto a los ciegos. El nuestro compareció ante el magistrado como ante su igual. Las amenazas no lo intimidaron. "¿Qué me haréis?, le dijo al Sr. Hérault [15]. Os arrojaré al fondo de una fosa, le respondió el magistrado. ¡Eh, señor, replicó el ciego, hace veinticinco años que allí estoy!". ¡Qué respuesta, señora! ¡Y qué texto para un hombre a quien le gusta tanto moralizar como a mí! Salimos de la vida como de un espectáculo encantador; el ciego sale de ella como de un calabozo: si nosotros sentimos más placer que él en vivir, convenid en que él tiene menos temor de morir.

(...)

Como nunca he dudado de que el estado de nuestros órganos y de nuestros sentidos tenga mucha influencia sobre nuestra metafísica y sobre nuestra moral, y que nuestras ideas más puramente intelectuales, si así puedo llamarlas, sigan muy de cerca la conformación de nuestro cuerpo, me puse a interrogar a nuestro ciego sobre los vicios y sobre las virtudes [16]. Me di cuenta primero que sentía una prodigiosa aversión por el robo. Esta nacía en él de dos causas: de la facilidad que se tenía de robarle sin que él se diera cuenta; y, más todavía, quizás, de la que se tenía de sorprenderlo cuando él robaba. No se trata de que no sepa muy bien ponerse en guardia contra los sentidos en los cuales entiende que lo aventajamos y de que ignore la manera de ocultar bien un robo. No se preocupa mucho del pudor: sin las molestias de la temperatura de las cuales lo ponen a salvo los vestidos, apenas si comprendería el uso de los mismos, y francamente confiesa que no adivina por qué se cubre una parte del cuerpo antes que otra, y menos aún por qué extravagancia se da preferencia entre tales partes a algunas, cuyo uso y los inconvenientes a los cuales están sujetas exigirían que se tuviesen descubiertas [17]. Aunque estemos en un siglo en que el espíritu filosófico nos ha desembarazado de un gran número de prejuicios, no creo que lleguemos nunca hasta desconocer las prerrogativas del pudor tan perfectamente como mi ciego. Diógenes no habría sido para él un filósofo [18].

Como de todas las demostraciones exteriores que despiertan en nosotros la conmiseración y la idea del dolor los ciegos no son afectados más que por el llanto, sospecho que en general son inhumanos [19]. ¿Qué diferencia hay, para un ciego, entre un hombre que orina y otro que sin quejarse vierte su sangre? ¿Nosotros mismos no dejamos de sentir compasión cuando la distancia o la pequeñez de los objetos produce en nosotros el mismo efecto que la privación de la vista en los ciegos? ¡Tanto dependen nuestras virtudes de nuestra manera de sentir y del grado en que nos afectan las cosas exteriores! Tampoco dudo de que, sin el temor del castigo, mucha gente sentiría menos pena al matar a un hombre a una distancia en que no se lo viera sino del tamaño de una golondrina que al degollar a un buey con las propias manos [20] Si tenemos lástima de un caballo que sufre y aplastamos a una hormiga sin ningún escrúpulo, ¿no es por el mismo principio que nos determina? ¡Ah señora! ¡Cuán diferente es de la nuestra la moral de los ciegos! ¡Cuánto diferiría además la de un sordo de la de un ciego, y cuán imperfecta, por no decir algo peor, encontraría nuestra moral un ser que tuviera un sentido más que nosotros!

Nuestra metafísica no concuerda mejor con la de ellos. ¡Cuántos principios

para ellos que no son para nosotros sino absurdos, y viceversa! Yo podría entrar aquí en detalles que os divertirían sin duda, pero que ciertas gentes, que ven crimen en todo, no dejarían de acusar de irreligión, como si dependiera de mí el hacer concebir a los ciegos las cosas de un modo diferente a como las conciben. Me contentaré con observar una cosa con la cual creo que es preciso que todo el mundo esté de acuerdo: es que ese gran razonamiento que se extrae de las maravillas de la naturaleza resulta muy endeble para los ciegos. La facilidad que nosotros tenemos para crear, por así decirlo, nuevos objetos por medio de un pequeño vidrio es para ellos algo más incomprensible que los astros, los cuales fueron condenados a no ver jamás. Ese globo luminoso que avanza de oriente a occidente los asombra menos que un fueguecito que tiene la facultad de aumentar o disminuir: como ven la materia de una manera mucho más abstracta que nosotros, están lejos de creer que piensa [21]

(...)

Dejo, pues, la moral y la metafísica de los ciegos, y paso a cosas que son menos importantes pero que se relacionan más de cerca con el fin de las observaciones que aquí se hacen en todas partes desde la llegada del Prusiano. ¿Cómo un ciego de nacimiento se forma ideas de las figuras? Yo creo que los movimientos de su cuerpo, la existencia sucesiva de su mano en diversos lugares, la sensación no interrumpida de un cuerpo que pasa entre sus dedos, le dan la noción de dirección. Si los desliza a través de un hilo bien tendido, logra la idea de una línea recta; si sigue la curva de un hilo laxo, logra la de una línea curva. Más generalmente, tiene, por reiteradas experiencias del tacto, el recuerdo de las sensaciones experimentadas en diversos puntos: es dueño de combinar esas sensaciones o puntos, de formar con ellos figuras. Una línea recta, para un ciego que no es geómetra, no es otra cosa más que el recuerdo de una serie de sensaciones del tacto ubicadas en la dirección de un hilo tendido; una línea curva, el recuerdo de una serie de sensaciones del tacto, referidas a la superficie de algún cuerpo sólido cóncavo o convexo. El estudio rectifica en el geómetra la noción de esas líneas por las propiedades que les descubre. Pero, geómetra o no, el ciego de nacimiento relaciona todo con la extremidad de sus dedos. Nosotros combinamos puntos coloreados; él no combina, por su parte, sino puntos palpable o, para hablar con más exactitud, sensaciones táctiles de las que tiene recuerdo [22]. En su cabeza no pasa nada semejante de lo que pasa en la nuestra; él no imagina, porque para imaginar es preciso colorear un fondo y

separar de ese fondo puntos, atribuyéndoles un color diferente del que tiene el fondo. Restituid a esos puntos el mismo color del fondo: al instante se confunden con el fondo y la figura desaparece [23]. Al menos así es como pasan las cosas en mi imaginación, y supongo que los otros no imaginan de una manera diferente a la mía. Cuando me propongo, pues, concebir en mi cabeza una línea recta de otro modo que por sus propiedades, comienzo por tapizarla por dentro con una tela blanca, de la cual separo una serie de puntos negros colocados en la misma dirección. Cuanto más chillones son los colores del fondo y de los puntos, más distintamente concibo los puntos, y una figura de color muy cercano a la del fondo no me cansa menos cuando la considero en mi imaginación que cuando lo hago fuera de mí y sobre una tela.

Veis, pues, señora, que se podrían dar reglas para imaginar fácilmente al mismo tiempo muchos objetos de diversos colores, pero que dichas reglas no serían ciertamente para el uso de un ciego de nacimiento. El ciego de nacimiento, al no poder colorear ni, por consiguiente, formar figuras según nosotros lo entendemos, no tiene recuerdo sino de sensaciones logradas por el tacto, que él refiere a diferentes puntos, lugares o distancias y con los cuales compone figuras. Es tan constante que no se formen figuras en la imaginación sin colorearlas, que si se nos dan a tocar en las tinieblas pequeños globitos cuya materia y color no conocemos, los suponemos enseguida blancos o negros o de algún otro color, o si no les atribuimos ninguno, no tenemos, igual que el ciego de nacimiento, sino el recuerdo de pequeñas sensaciones excitadas en la extremidad de los dedos, tales como pueden ocasionarlas pequeños cuerpos redondos. Si ese recuerdo es en nosotros muy fugaz, si no tenemos casi idea de la manera en que un ciego de nacimiento fija, evoca y combina las sensaciones del tacto, ello es consecuencia del hábito que hemos contraído por los ojos de ejecutarlo todo en nuestra imaginación con colores. Me ha sucedido, sin embargo, a mí mismo, en las conmociones de una pasión violenta, experimentar un estremecimiento en toda una mano; sentir despertarse la impresión de cuerpos que había tocado hacía mucho tiempo con tanta fuerza como si hubieran estado todavía presentes a mi tacto, y darme cuenta muy distintamente de que los límites de la sensación coincidían precisamente con los de los cuerpos ausentes. Aunque la sensación sea por sí misma indivisible, ocupa, si se puede usar esta palabra, un espacio extenso que el ciego de nacimiento tiene la facultad de extender o limitar por el pensamiento, aumentando o disminuyendo la parte afectada. Compone, por este medio, puntos,

superficies, sólidos; tendrá inclusive un sólido grande como el globo terrestre, si supone que el cabo del dedo es tan grande como el globo, y está ocupado por la sensación en su longitud, anchura y profundidad.
(...)

Si alguna vez un filósofo ciego y sordo de nacimiento hace un hombre a imitación de Descartes, me atrevo a aseguraros, señora, que ubicará el alma en la punta de los dedos, pues es de allí de donde le vienen sus principales sensaciones y todos sus conocimientos. ¿Y quién le dará a conocer que su cabeza es la sede de sus pensamientos? Si los trabajos de la imaginación agotan la nuestra, es porque el esfuerzo que hacemos para imaginar resulta bastante parecido al que hacemos para concebir objetos muy cercanos o pequeños. Pero no sucederá allí lo mismo con el ciego y el sordo de nacimiento; las sensaciones que habrá obtenido por el tacto serán, por así decirlo, la matriz de todas sus ideas, y no me sorprendería de que, después de una profunda meditación, tuviera los dedos tan cansados como nosotros la cabeza. No temería en absoluto que un filósofo le objetara que los nervios son las causas de nuestras sensaciones y que parten todos del cerebro: cuando esas dos proposiciones estén tan demostradas como ahora no lo están, sobre todo la primera, bastará con hacerse explicar todo lo que los físicos han soñado después de eso para persistir en tal sentimiento.
Pero si la imaginación de un ciego no es otra cosa sino la facultad de recordar y combinar sensaciones de puntos palpables, y la de un hombre que ve la facultad de recordar y combinar puntos visibles y coloreados, se infiere que el ciego de nacimiento concibe las cosas de una manera mucho más abstracta que nosotros, y que en las cuestiones de pura especulación corre tal vez menos peligro de equivocarse, pues la abstracción no consiste sino en separar por el pensamiento las cualidades sensibles de los cuerpos, las unas de las otras, o del cuerpo mismo que les sirve de base; y el error nace de esa separación mal realizada o realizada fuera de lugar; mal realizada en las cuestiones metafísicas y realizada fuera de lugar en las cuestiones físico-matemáticas [24].
Un medio casi seguro de engañarse en metafísica consiste en no simplificar lo suficiente los objetos de los cuales uno se ocupa, y un secreto infalible para llegar a resultados defectuosos en físico-matemática consiste en suponerlos menos complejos de lo que son.
Hay una especie de abstracción de la cual tan pocos hombres son capaces que parece reservada a las inteligencias puras: es aquella por la cual todo se

reduciría a unidades numéricas. Es preciso convenir en que los resultados de esa geometría serían muy exactos y sus fórmulas muy generales, porque no hay objetos, ya en la naturaleza ya en lo posible, que tales unidades simples no pudiesen representar, puntos, líneas, superficies, sólidos, pensamientos, ideas, sensaciones, y ... si por azar era este el fundamento de la doctrina de Pitágoras [25], se podría decir de él que fracasó en su proyecto, porque esta manera de filosofar está demasiado por encima de nosotros y demasiado próxima del Ser supremo quien, según la ingeniosa expresión de un geómetra inglés, geometriza perpetuamente en el universo.
(...)

Los conocimientos tienen tres puertas para entrar en nuestra alma y una de ellas la tenemos bloqueada por falta de signos. Si se hubieran descuidado las otras dos, estaríamos reducidos a la condición de animales. Así como no tenemos más que el apretón para hacernos entender al sentido del tacto, no tendríamos más que el grito para hablar a la oreja. Señora, es preciso que le falte a uno un sentido para conocer las ventajas de los símbolos destinados a los que restan; e individuos que tuvieran la desdicha de ser sordos, ciegos o mudos o que llegaran a perder esos tres sentidos por algún accidente, estarían muy encantados de que hubiese una lengua clara y precisa para el tacto.
Resulta mucho más corto utilizar símbolos ya inventados que ser el inventor de los mismos, como uno se ve obligado a serlo cuando es tomado de improviso. ¡Qué ventaja no hubiera representado para Saunderson el encontrar una aritmética palpable enteramente preparada a la edad de cinco años, en lugar de tener que imaginarla a la edad de veinticinco! Este Saunderson, señora, es otro ciego sobre el cual no estará fuera de lugar hablaros [26]. Se cuentan prodigios de él; y no hay ninguno que no puedan hacer creíble sus progresos en literatura y su habilidad en las ciencias matemáticas.
La misma máquina le servía para los cálculos algebráicos y para la descripción de las figuras rectilíneas. No os fastidiaríais si se os diera una explicación de ello, siempre que estiuvieseis en condición de entenderla, y vais a ver que no supone ningún conocimiento que no tengáis y que os sería muy útil si alguna vez tuviérais el deseo de realizar largos cálculos a tientas.
Imaginad un cuadrado como lo véis en las figuras 1 y 2, dividido en cuatro partes iguales por líneas perpendiculares a sus lados, de manera que os ofreciera los nueve puntos 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9. Suponed que este cuadrado está perforado por nueve agujeros capaces de recibir alfileres de dos clases,

todos de la misma longitud y del mismo grosor, pero los unos con la cabeza un poco más gruesa que los otros.

Los alfileres de cabeza gruesa no se ubican nunca sino en el centro del cuadrado; los de cabeza pequeña nunca sino sobre los lados, excepto en un solo caso, el del cero. El cero se marcaba por un alfiler de cabeza gruesa, ubicado en el centro del cuadrado pequeño, sin que hubiera ningún otro alfiler sobre los lados. La cifra 1 estaba representada por un alfiler de cabeza pequeña, ubicado en el centro del cuadrado, sin que hubiera ningún otro alfiler sobre los lados. La cifra 2 por un alfiler de cabeza gruesa, ubicado en el centro de cuadrado y por un alfiler de cabeza pequeña, ubicado sobre uno de los costados en el punto 1. La cifra 3, por un alfiler de cabeza grande ubicado en el centro del cuadrado y por un alfiler de cabeza pequeña, ubicado sobre uno de los lados en el punto 2. La cifra 4, por un alfiler de cabeza grande, ubicado en el centro del cuadrado y por un alfiler de cabeza pequeña, ubicado sobre uno de los lados en el punto 3. La cifra 5, por un alfiler de cabeza grande, ubicado en el centro del cuadrado, y por un alfiler de cabeza pequeña, ubicado sobre uno de los lados en el punto 4. La cifra 6, por un alfiler de cabeza grande, ubicado en el centro del cuadrado, y por un alfiler de cabeza pequeña, ubicado sobre uno de los lados en el punto 5. La cifra 7, por un alfiler de cabeza grande, ubicado en el centro del cuadrado, y por un alfiler de cabeza pequeña, ubicado sobre uno de los lados en el punto 6. La cifra 8, por un alfiler de cabeza grande, ubicado en el centro del cuadrado, y por un alfiler de cabeza pequeña, ubicado sobre uno de los lados en el punto 7. La cifra 9, por un alfiler de cabeza grande, ubicado en el centro del cuadrado, y por un alfiler de cabeza pequeña, ubicado sobre uno de los lados en el punto 8.

He ahí diez expresiones diferentes para el tacto, cada una de las cuales responde a uno de nuestros diez caracteres aritméticos.

Imaginad ahora una tabla tan grande como queráis dividida en pequeños cuadrados dispuestos horizontalmente y separados los unos de los otros por la misma distancia, tal como lo véis en la fig. 3, y tendréis la máquina de Saunderson.

Fácilmente concebis que no hay número que no se pueda escribir en esa tabla y, por consiguiente, ninguna operación aritmética que allí no se pueda ejecutar.

Propóngase, por ejemplo, hallar la suma o hacer la adición de los nueve números siguientes:

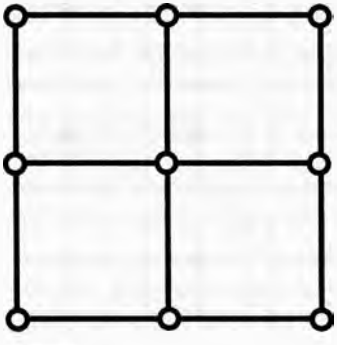


Figura 1

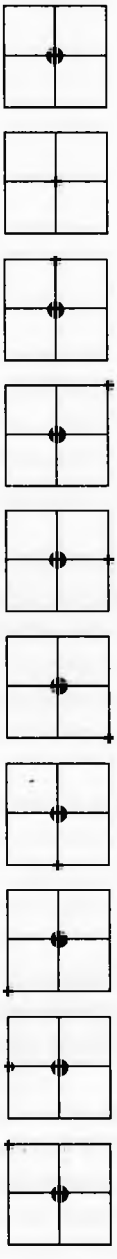


Figura 2

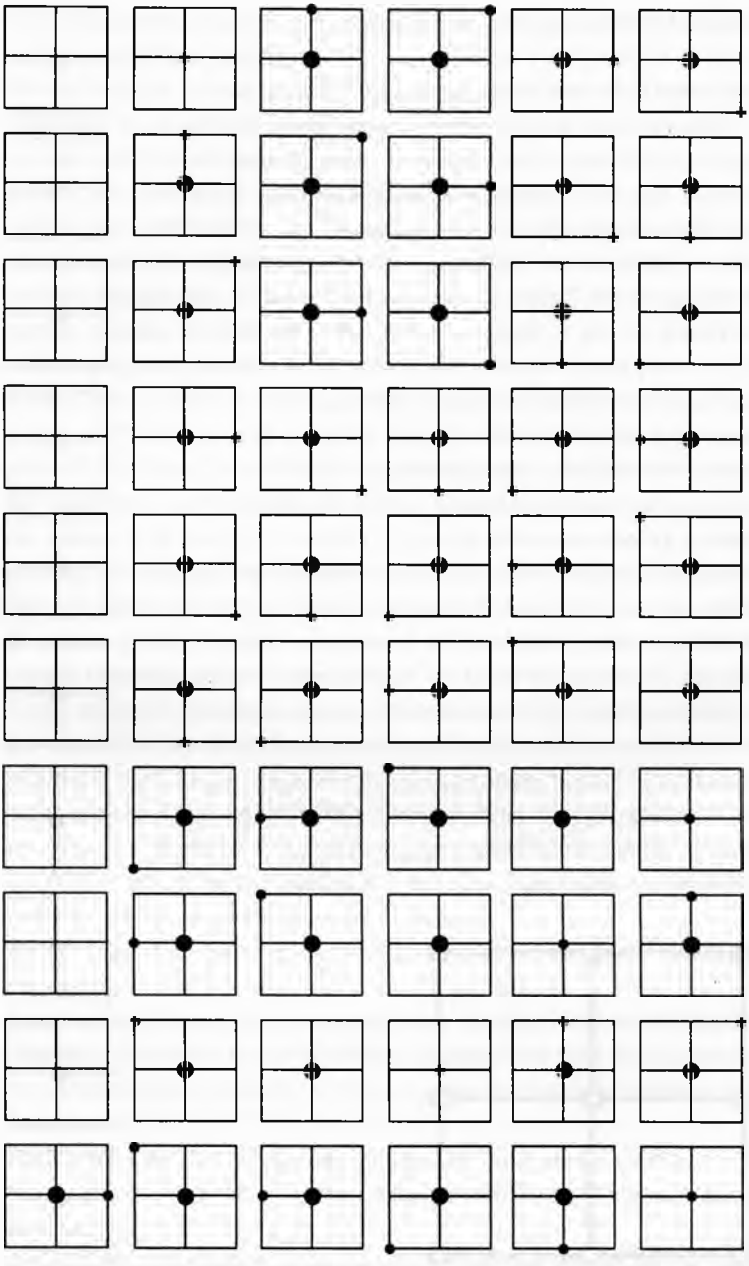


Figura 3

1	2	3	4	5
2	3	4	5	6
3	4	5	6	7
4	5	6	7	8
5	6	7	8	9
6	7	8	9	0
7	8	9	0	1
8	9	0	1	2
9	0	1	2	3

Los escribo sobre lo tabla a medida que se me los nombra: la primera cifra, a la izquierda del primer número, sobre el primer cuadrado a la izquierda de la primera línea; la segunda cifra, a la izquierda del primer número, sobre el segundo cuadrado a la izquierda de la misma línea. Y así en lo siguiente.

Coloco el segundo número sobre la segunda fila de cuadrados; las unidades bajo las unidades; las decenas bajo las decenas; etc.

Coloco el tercer número bajo la tercera fila de cuadrados, y así en lo siguiente, como lo véis en la fig. 3. Luego, recorriendo con los dedos cada fila vertical de abajo hacia arriba, comenzando por la que está más a mi izquierda, hago la adición de los números que están allí expresados, y escribo el sobrante de las decenas bajo esa columna. Paso a la segunda columna avanzando hacia la izquierda, en la cual obro de la misma manera; de ésta a la tercera, y acabo así en seguida mi adición.

He ahí cómo la misma tabla le servía para demostrar las propiedades de las figuras rectilíneas. Supongamos que debiera demostrar que los paralelogramos que tienen la misma base y la misma altura son iguales en superficie: colocaba sus alfileres como lo véis en la fig. 4. Atribuía nombres a los puntos angulares y acababa la demostración con sus dedos.

Suponiendo que Saunderson no empleara más que alfileres de cabeza grande para dibujar los límites de sus figuras, podía disponer en torno de ellas alfileres de cabeza pequeña de nueve modos diferentes, todos los cuales le eran familiares.

Así, apenas tenía alguna dificultad, fuera del caso en que la mayor parte de los puntos angulares que estaba obligado a nombrar en su demostración lo forzaba a recurrir a las letras del alfabeto. No se nos dice cómo las empleaba. Sabemos solamente que recorría su tabla con una agilidad de dedos sorprendente, que se empeñaba con éxito en los cálculos más largos, que podía interrumpirlos y reconocer cuando se engañaba, que los verificaba

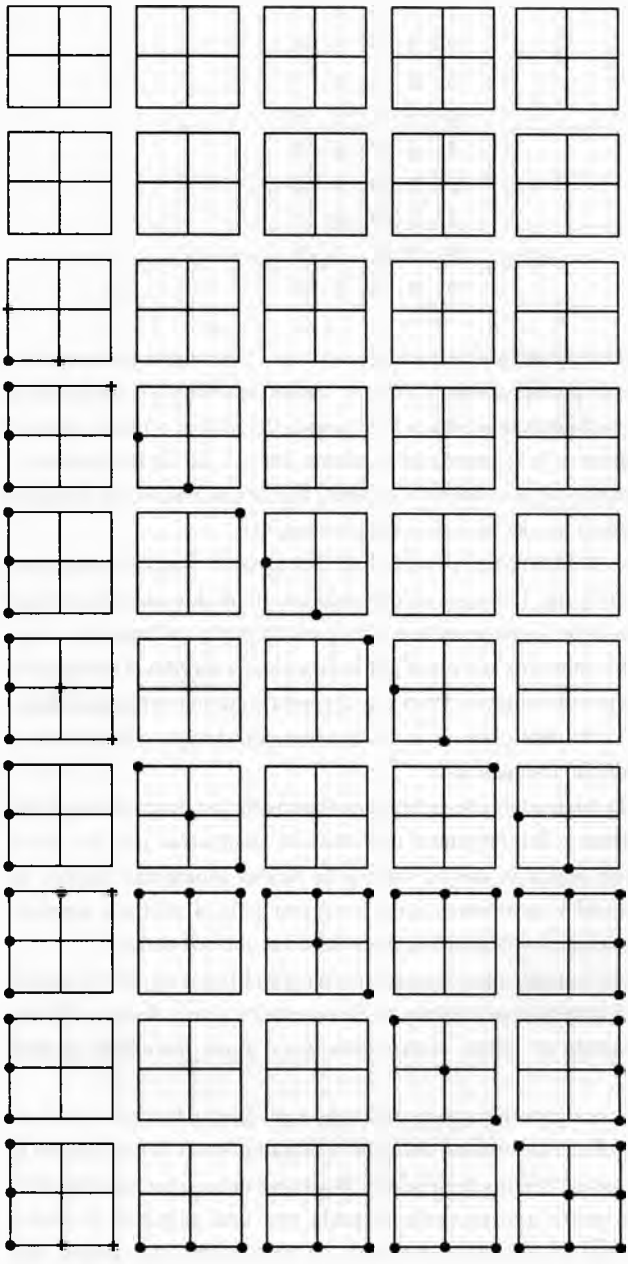


Figura 4

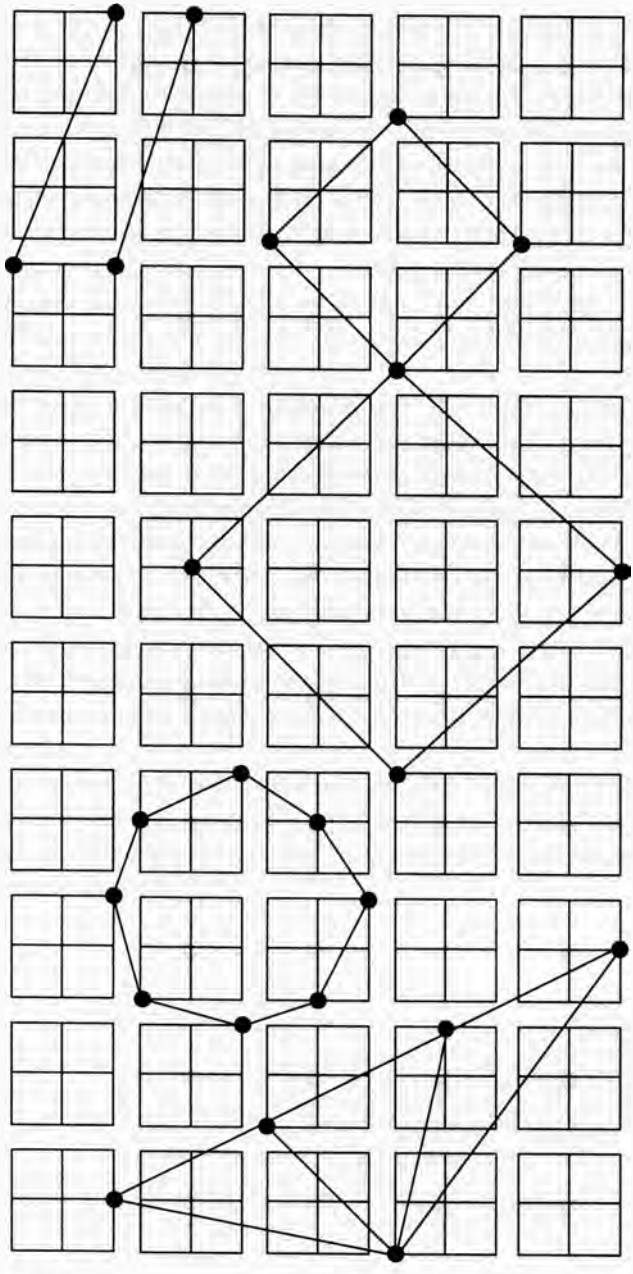


Figura 5

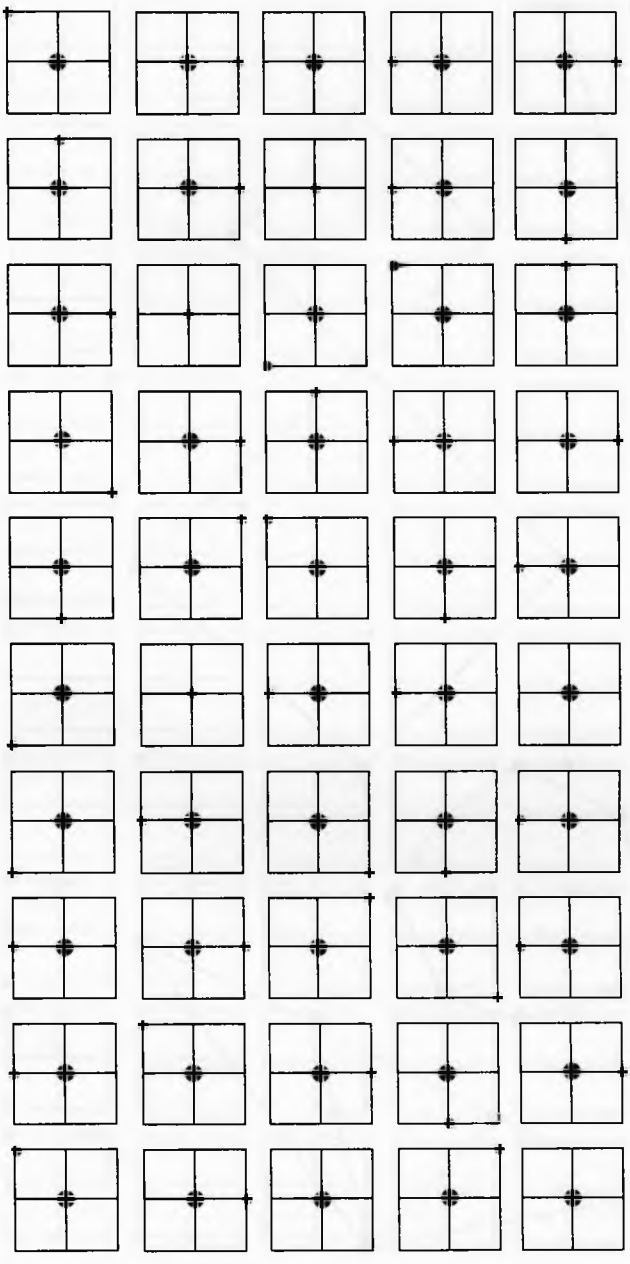


Figura 6

con facilidad, y que ese trabajo no le exigía, ni con mucho, tanto tiempo como podría imaginarse, por la comodidad que tenía de preparar su tabla. Esta preparación consistía en ubicar alfileres de cabeza grande en el centro de todos los cuadrados. Hecho esto, no le quedaba más que determinar el valor de los alfileres de cabeza pequeña, excepto en el caso en que era preciso escribir una unidad. Entonces ponía en el centro del cuadrado un alfiler de cabeza pequeña en lugar del alfiler de cabeza grande que allí estaba.

A veces, en lugar de formar una línea entera con sus alfileres, se contentaba con colocarlos en todos los puntos angulares o de intersección, alrededor de los cuales fijaba hilos de seda que acababan de formar los límites de sus figuras. Ved la figura 5.

Ha dejado algunas otras máquinas que le facilitaban el estudio de la geometría: se ignora el verdadero uso que de ellas hacía; y se precisaría tal vez más sagacidad para encontrarlo que para resolver tal o cual problema de cálculo integral. Que algún geómetra trate de enseñarnos para qué le servían: cuatro pedazos de madera, sólidos, con forma de paralelepípedos rectangulares, de once pulgadas de largo cada uno por cinco y media de ancho y un poco más de media pulgada de espesor, cuyas dos grandes superficies opuestas estaban divididas en pequeños cuadrados semejantes a los del ábaco que acabo de describir, con la diferencia de que no estaban perforados sino en algunos lugares donde había alfileres hundidos hasta la cabeza.

Cada superficie representaba nueve pequeñas tablas aritméticas de diez números cada una, y cada uno de esos diez números estaba compuesto por diez cifras. La figura 6 representa una de esas pequeñas tablas, y he aquí los números que contenía:

9	4	0	8	4
2	4	1	8	6
4	1	7	9	2
5	4	2	8	4
6	3	9	6	8
7	1	8	8	0
7	8	5	6	8
8	4	3	5	8
8	9	4	6	4
9	4	0	3	0

Es autor de una obra muy perfecta en su género. Se trata de los *Elementos de Algebra*, donde no se advierte que era ciego sino por la singularidad de ciertas demostraciones que un hombre que ve no hubiera quizás encontrado. Es a él que le pertenece la división del cubo en seis pirámides iguales que tienen sus vértices en el centro del cubo, y como base cada una de sus caras. Se la utiliza para demostrar de una manera muy simple que toda pirámide es la tercera parte de un prisma con la misma base y con la misma altura. (...)

Saunderson profesó las matemáticas en la universidad de Cambridge con éxito asombroso. Dio lecciones de óptica, pronunció discursos sobre la naturaleza de la luz y de los colores, explicó la teoría de la visión, trató de los efectos de los cristales, de los fenómenos del arco iris y de muchas otras materias relativas a la vista y a su órgano.
Estos hechos perderán mucho de su carácter maravilloso, si consideráis, señora, que en toda cuestión mixta de física y geometría se deben distinguir tres cosas: el fenómeno a explicar, las suposiciones del geómetra y el cálculo que resulta de las proposiciones. Ahora bien, es evidente que, sea cual fuere la penetración de un ciego, los fenómenos de la luz y de los colores le son desconocidos. Entenderá las suposiciones, porque éstas se refieren todas a causas palpables, pero de ninguna manera las razones que tenía el geómetra para preferirlas a otras, pues sería necesario que pudiese comparar las suposiciones mismas con los fenómenos. El ciego toma, pues, la suposiciones por lo que se les atribuye, un rayo de luz por un hilo elástico y fino o por una serie de pequeños cuerpos que llegan a golpear nuestros ojos con una increíble rapidez, y calcula en consecuencia. El paso de la física a la geometría está franqueado y la cuestión se vuelve puramente matemática. (...)

He recorrido los *Elementos de Algebra* de Saunderson, en la esperanza de encontrar allí lo que deseaba aprender de quienes lo han tratado familiarmente y nos han informado sobre algunas particularidades de su vida, pero mi curiosidad se ha visto engañada y he comprendido que unos elementos de geometría a su manera habrían constituido una obra más singular en sí misma y mucho más útil para nosotros. Habríamos encontrado allí las definiciones del punto, de la línea, de la superficie, del sólido, del ángulo, de las intersecciones de las líneas y de los planos, en las cuales no dudo de que habría empleado los principios de una metafísica muy abstracta

y en gran manera cercana a la de los idealistas. Llámese "idealistas" a esos filósofos que, no teniendo conciencia sino de su existencia y de las sensaciones que se suceden dentro de ellos mismos, no admiten otra cosa; sistema extravagante que no podía, me parece, deber su nacimiento sino a ciegos; sistema que, para vergüenza del espíritu humano y de la filosofía, es el más difícil de combatir, aunque sea el más absurdo de todos [27]. Está expuesto con tanta franqueza como claridad en tres diálogos del doctor Berkeley, obispo de Cloyne [28]: habría que invitar al autor del *Ensayo* sobre nuestros conocimientos [29] a examinar esta obra; encontraría allí materia para observaciones útiles, agradables, finas, y tales, en una palabra, como sabe él hacerlas. Bien merece que se le denuncie el idealismo, y hay en esta hipótesis razón para inquietarlo, menos por su singularidad que por la dificultad de refutarla con sus principios, porque éstos son precisamente los mismos de Berkeley [30]. Según uno y otro, y según la razón, los términos esencia, materia, substancia, supuesto, etc. no aportan casi ninguna luz a nuestro espíritu; por otra parte, hace notar acertadamente el autor del *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos,* ya sea que nos elevemos hasta el cielo, ya sea que descendamos a los abismos, nunca salimos de nosotros mismos, y no percibimos sino nuestro propio pensamiento. Ahora bien, ésta es la conclusión del primer diálogo de Berkeley y el fundamento de todo su sistema. ¿No tendríais curiosidad por ver luchar a dos enemigos cuyas armas tanto se parecen? [31] Si la victoria correspondiera a uno de los dos, no podría ser sino de quien se sirviera de ellas mejor. Pero el autor del *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, acaba de dar, en un *Tratado sobre los sistemas* [32], nuevas pruebas de la habilidad con que sabe manejar las suyas y mostrar cuán temible es para los sistemáticos.

(...)

Pero no nos alejemos más de Saunderson y sigamos a ese hombre extraordinario hasta la tumba.

Cuando estuvo a punto de morir, se llamó junto a él a un ministro muy hábil, el señor Gervasio Holmes; juntos tuvieron una conversación sobre la existencia de Dios, de la cual nos quedan algunos fragmentos, que os traduciré lo mejor que pueda, pues bien valen la pena. El ministro comenzó por objetarle las maravillas de la naturaleza: "¡Eh, señor, decíale el filósofo ciego, dejad todo ese bello espectáculo que nunca ha sido hecho para mí!". Yo he sido condenado a pasar mi vida en las tinieblas, y vos me citáis prodigios que no entiendo y que no constituyen

pruebas sino para vos y para quienes ven como vos. Si queréis que crea en Dios, es preciso que me lo hagáis tocar.

-Señor, respondió hábilmente el ministro, poned las manos sobre vos mismo y encontraréis a la divinidad en el mecanismo admirable de vuestros órganos.

-Señor Holmes, replicó Saunderson, os lo repito, todo eso no es para mí tan bello como para vos. Pero el mecanismo animal, aunque fuera tan bello como vos pretendéis y yo bien quiero creer, pues sois un hombre honrado, muy incapaz de engañarme, ¿qué tiene de común con un ser soberanamente inteligente? Si os asombra, es quizás porque estáis acostumbrado a considerar como prodigio todo lo que os parece que sobrepasa vuestra fuerza. Yo he sido con tanta frecuencia objeto de admiración para vos que tengo muy mala opinión de lo que os sorprende. He sacado del fondo de Inglaterra a gentes que no podían concebir cómo hacía geometría: es preciso que convengáis en que estas gentes no tenían nociones muy exactas de las posibilidades de las cosas. ¿Un fenómeno está, a nuestro juicio, por encima del hombre? Enseguida decimos: Es la obra de un Dios. Nuestra vanidad no se contenta con menos. ¿No podríamos poner en nuestro lenguaje un poco menos de orgullo y un poco más de filosofía? Si la naturaleza nos ofrece un nudo difícil de desatar, dejémoslo por lo que es, y no utilicemos en cortarlo la mano de un ser que viene a ser enseguida para nosotros un nuevo nudo más indisoluble que el primero. Preguntad a un indio por qué el mundo permanece suspendido en el aire y os contestará que es transportado sobre la espalda de un elefante. ¿Y sobre qué se apoyará el elefante? Sobre una tortuga. ¿Y a la tortuga quién la sostendrá?... Ese indio os causa lástima, y se os podría decir como a él: Señor Holmes, amigo mío, confesad primero vuestra ignorancia, y dispensadme del elefante y de la tortuga".

Saunderson se detuvo un momento: esperaba al parecer que el ministro le respondiera. Pero ¿por dónde atacar a un ciego? El señor Holmes se valió de la buena opinión que Saunderson se había formado de su honradez y de las luces de Newton, de Leibniz, de Clarke [33] y de algunos de sus compatriotas, los primeros genios del mundo, todos los cuales habían sido sorprendidos por las maravillas de la naturaleza y reconocían a un ser inteligente como autor de la misma. Esto era, sin duda, lo más fuerte que el ministro podía objetar a Saunderson. También el buen ciego convino en que sería temerario negar lo que un hombre como Newton

no había rehusado admitir [34]. Hizo notar, sin embargo, al ministro que el testimonio de Newton no era para él tan fuerte como el de la naturaleza entera lo era para Newton y que Newton creía en la palabra de Dios mientras él se veía limitado a creer en la palabra de Newton.

"Considerad, señor Holmes, añadió, cuanta confianza es preciso que tenga yo en vuestra palabra y en la de Newton. Yo nada veo; sin embargo, admito en todo un orden admirable. Pero cuento con que no me exijáis más. Os lo concedo en lo que toca al orden actual del universo, para obtener en cambio de vos la libertad de pensar lo que me plazca sobre su antiguo y primitivo estado, sobre el cual vos no sois menos ciego que yo. Aquí no tenéis testigos que oponerme, y vuestros ojos no os son de ninguna utilidad. Imaginad, pues, si queréis, que el orden que os admira ha existido siempre, pero dejadme creer que no es así en absoluto y que si nos remontáramos al nacimiento de las cosas y del tiempo y sintiéramos moverse la materia y desenredarse el caos, encontraríamos una multitud de seres informes junto a algunos seres bien organizados. Si nada tengo que objetaros sobre la condición actual de las cosas, puedo al menos interrogaros sobre su condición pasada. ¿Puedo preguntaros, por ejemplo, quién os ha dicho a vos, a Leibniz, a Clarke y a Newton que en los primeros instantes de la formación de los animales no había algunos sin cabeza y otros sin pies? Puedo aseguraros que éstos carecían de estómago y aquellos de intestinos, que aquellos a los cuales un estómago, un paladar y dientes parecían prometer duración han dejado de existir por algún vicio del corazón o de los pulmones, que los monstruos se han extinguido sucesivamente, que todas las combinaciones defectuosas de la materia han desaparecido y que sólo han quedado aquellas en que el mecanismo no implicaba ninguna contradicción importante y que podían subsistir por sí mismas y perpetuarse. Esto supuesto, si el primer hombre hubiera tenido la laringe cerrada, si le hubieran faltado alimentos adecuados, si hubiera pecado con los órganos genitales, si no hubiera encontrado a su compañera o se hubiera derramado en otra especie, señor Holmes ¿qué hubiera llegado a ser el género humano? Se hubiera visto envuelto en la depuración general del universo, y este ser orgulloso que se llama hombre, disuelto y disperso entre las moléculas de la materia, hubiera permanecido, tal vez para siempre, en el número de los posibles [35]. Si nunca hubiera habido seres informes, no dejaríais de pretender que no los habrá nunca y que yo me lanzo a hipótesis quiméricas; pero el orden no es tan perfecto,

prosiguió Saunderson, como para que no aparezcan de tiempo en tiempo productos monstruosos." Luego, volviendo su cara hacia el ministro, añadió: "Miradme bien, señor Holmes, yo no tengo ojos. ¿Qué le hemos hecho a Dios, vos y yo, uno para tener ese órgano y otro para estar privado de él?
(...)

Después, retomando un tono un poco más firme, añadió: "Conjeturo, pues, que en el comienzo, cuando la materia en fermentación hacía salir a la luz al universo, mis semejantes eran muy comunes. ¿Pero por qué no afirmaría de los mundos lo que creo de los animales? ¿Cuántos mundos estropeados y fallidos se han disipado; se vuelven a formar y se disipan quizá a cada instante en los espacios remotos donde yo no palpo y vos no veis, pero donde el movimiento continúa y continuará combinando montones de materia hasta que hayan logrado cierta acomodación en la cual puedan perseverar? ¡Oh filósofos! Trasladaos conmigo a los confines de ese universo, más allá del punto en que yo toco y vosotros veis seres organizados, paseaos por ese nuevo océano y buscad a través de sus irregulares agitaciones algunos vestigios de ese ser inteligente cuya sabiduría admiráis aquí. ¿Mas a santo de qué sacaros de vuestro elemento? ¿Qué es ese mundo, señor Holmes? Un compuesto sujeto a revoluciones, todas las cuales indican una continua tendencia a la destrucción; una rápida sucesión de seres que se siguen unos a otros, que se empujan y desaparecen: una simetría pasajera, un orden momentáneo. Os reprochaba yo hace poco el estimar la perfección de las cosas por vuestra capacidad, y podría acusaros aquí de medir su duración por la de vuestros días. Juzgáis la existencia sucesiva del mundo del mismo modo que la mosca efímera juzga la vuestra. El mundo es eterno para vos, como vos sois eterno para el ser que no vive sino un instante: el insecto es todavía más razonable que vos. ¿Qué prodigiosa serie de generaciones de efímeras atestigua vuestra eternidad? Sin embargo, todos nosotros pasaremos, sin que se pueda determinar ni la extensión real que ocupamos ni el tiempo preciso que habremos durado. El tiempo, la materia y el espacio no son tal vez sino un punto" [36].
(...)

Inglaterra es el país de los filósofos, de los curiosos, de los sistemáticos. Sin embargo, sin el señor Inchlif, no conoceríamos de Saunderson sino lo que los hombres más vulgares nos habrían enseñado; por ejemplo, que reconocía los lugares donde una vez había sido introducido, por el ruido de los muros

y del piso cuando lo producían; y otras cien cosas de la misma naturaleza que le eran comunes con casi todos los ciegos. ¿Pues qué? ¿Se encuentran en Inglaterra con tanta frecuencia ciegos del mérito de Saunderson y se encuentran allí todos los días hombres que, sin haber visto jamás, dan lecciones de óptica?

Se busca restituir la vista a ciegos de nacimiento, pero si se miraran las cosas más de cerca, se hallaría, creo yo, que tanto como esto puede aprovechar a la filosofía el interrogar a un ciego de buen sentido. Se aprendería cómo suceden en él las cosas, se las compararía con la manera como suceden en nosotros y se extraería quizás de esta comparación la solución de las dificultades que vuelven la teoría de la visión y de los sentidos tan complicada e incierta. Pero yo no comprendo -lo confieso- lo que se espera de un hombre a quien se acaba de hacer una operación dolorosa, en un órgano muy delicado, que el más ligero accidente perturba y que engaña con frecuencia a aquellos en quienes está sano y que gozan desde mucho tiempo atrás de sus ventajas. Por mi parte, yo escucharía con más gusto sobre la teoría de los sentidos a un metafísico a quien los principios de la metafísica, los elementos de las matemáticas y la conformación de las partes le fueran familiares que a un hombre sin educación y sin conocimientos a quien se le ha restituído la vista por la operación de la catarata. Tendría menos confianza en la respuesta de una persona que ve por primera vez que en los descubrimientos de un filósofo que hubiera meditado bien su tema en la oscuridad o, para hablaros el lenguaje de los poetas, que se hubiera reventado los ojos para conocer más fácilmente cómo se produce la visión.

(...)

Acabaré esta carta, que es ya demasiado larga, con una cuestión que ha sido propuesta hace mucho. Algunas reflexiones sobre el estado singular de Saunderson me han hecho ver que no había sido nunca enteramente resuelta. Se supone un ciego de nacimiento que haya llegado a ser un hombre adulto y a quien se haya enseñado a distinguir por el tacto un cubo y un globo, del mismo metal y más o menos del mismo tamaño, de manera que cuando toque uno u otro pueda decir cuál es el cubo y cuál el globo. Se supone que, mientras el cubo y el globo están colocados sobre una mesa, este ciego empieza a gozar de la vista, y se pregunta si, al verlos sin tocarlos, podrá distinguirlos y decir cuál es el cubo y cuál es el globo.

El Sr. Molineux fue el primero que planteó esta cuestión y trató de resolverla. Pronosticó que el ciego no distinguiría el globo del cubo, "porque -dice-

aunque haya aprendido por experiencia de qué manera el globo y el cubo afectan su tacto, no sabe, sin embargo, todavía que lo que afecta su tacto de tal o cual manera debe impresionar sus ojos de tal o cual modo, ni que el ángulo saliente del cubo que su mano aprieta de manera desigual debe parecer a sus ojos tal como parece en el cubo" [37].

Locke, consultado sobre esta cuestión, dijo: "Soy enteramente de la opinión del Sr. Molineux. Creo que el ciego no sería capaz, a primera vista, de afirmar con cierta seguridad cuál sería el cubo y cuál el globo, si se contentara con mirarlos, aunque al tocarlos pudiera nombrarlos y distinguirlos seguramente por la diferencia de sus figuras, que el tacto le haría reconocer".

El Sr. abate de Condillac, cuyo *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos* habéis leído con tanto placer y utilidad, y cuyo excelente *Tratado de los sistemas* os envío con esta carta, tiene allá una opinión particular. Es inútil referiros las razones sobre las que se apoya; ello sería quitaros el placer de releer una obra en la que ellas son expuestas de una manera tan agradable y tan filosófica que por mi parte me arriesgaría demasiado a desubicarlas. Me contentaré con observar que todas tienden a demostrar que el ciego de nacimiento no ve nada o que ve la esfera y el cubo diferentes, y que la condición de que esos dos cuerpos sean del mismo metal y más o menos del mismo tamaño que se ha considerado oportuno introducir, es allí superflua, lo cual no puede discutirse, porque -habría podido decir- si no existe ningún vínculo esencial entre la sensación de la vista y la del tacto, como pretenden los señores Locke y Molineux, éstos deben convenir en que se podría ver con dos pies de diámetro un cuerpo que desapareciera bajo la mano. El Sr. Condillac añade, sin embargo, que, si el ciego de nacimiento ve los cuerpos, discierne sus figuras, y que, si duda respecto al juicio que debe formular al respecto, ello no puede ser quizá sino por razones metafísicas bastantes sutiles, que os explicaré luego.

He ahí, pues, dos opiniones diferentes sobre la misma cuestión, y entre filósofos de primera calidad [38]. Parecería que, después de haber sido tratada por hombres tales como los señores Molineux, Locke y el abate de Condillac, no debe quedar ya nada que decir, pero hay tantos aspectos bajo los cuales la misma cosa puede ser considerada que no sería extraño que ellos no los hubiesen agotado todos.

Quienes han manifestado que el ciego de nacimiento no distinguiría el cubo de la esfera han comenzado por suponer un hecho que era quizá importante examinar: saber si un ciego de nacimiento a quien se quitaran las cataratas estaría en condiciones de servirse de sus ojos en los primeros momentos que

suceden a la operación. Ellos han dicho sólo: "El ciego de nacimiento, comparando las ideas de esfera y de cubo que ha recibido por el tacto con aquellas que de ellos tiene por la vista, conocerá necesariamente que son las mismas, y habría mucha extravagancia en él si sostuviera que es el cubo quien le da a la vista la idea de esfera y que es de la esfera de donde le viene la idea del cubo. Llamará, pues, esfera y cubo en la vista a lo que llamaba esfera y cubo en el tacto".

¿Pero cuál ha sido la respuesta y el razonamiento de sus antagonistas? Estos han supuesto igualmente que el ciego de nacimiento vería tan pronto como tuviera el órgano sano; han imaginado que con un ojo a quien se le saca la catarata sucedía lo mismo que con un brazo que deja de ser paralítico: a éste no le hace falta ejercicio alguno para sentir -han dicho- ni, por consiguiente, al otro para ver. Y han añadido: "Concedamos al ciego de nacimiento un poco más de filosofía de lo que vos le dais, y después de haber llevado el razonamiento hasta donde lo habéis dejado, él continuará. Pero, sin embargo, ¿quién me ha asegurado que, al acercarme a esos cuerpos y al aplicar a ellos mis manos, no defraudarán de pronto mi expectativa y que el cubo no me devolverá la sensación de la esfera y la esfera la del cubo? No hay sino la experiencia que pueda enseñarme si existe una concordancia de relación entre la vista y el tacto: estos dos sentidos podrían estar en contradicción en sus relaciones sin que yo supiese nada de ello, quizás podría yo inclusive creer que lo que actualmente se presenta a mi vista no es más que pura apariencia, si se me hubiera informado que se trata de los mismos cuerpos que he tocado. Este me parece, en verdad, que debe ser el cuerpo que yo llamaba cubo, y aquél el que llamaba esfera, pero no se me pregunta lo que de ello me parece sino lo que es, y yo no me encuentro de ninguna manera en condición de responder esta última cuestión."

Semejante razonamiento, dice el autor del *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, sería muy embarazoso para el ciego de nacimiento, y yo no veo más que la experiencia que pueda brindar en tal caso una respuesta.

Todo parece indicar que el señor abate de Condillac no quiere hablar aquí sino de la experiencia que el ciego de nacimiento reiteraría por sí mismo a través de un segundo tocamiento. Os daréis cuenta en seguida de por qué hago esta observación. Por lo demás, este hábil metafísico habría podido añadir que para un ciego de nacimiento debía ser tanto menos absurdo suponer que dos sentidos pudiesen contradecirse cuanto que él imagina que un espejo en efecto los hace contradecirse, como más arriba he hecho notar.

El señor de Condillac observa en seguida que el señor Molineux ha sobrecargado la cuestión con muchas condiciones que no pueden ni prevenir ni quitar las dificultades que la metafísica presentaría al ciego de nacimiento. Esta observación es tanto más justa cuanto que la metafísica que se le supone al ciego de nacimiento no está fuera de lugar, ya que, en estas cuestiones filosóficas, debe suponerse siempre que la experiencia se hace sobre un filósofo, es decir, sobre una persona que capta, en las cuestiones que se le proponen, todo lo que el razonamiento y la condición de sus órganos le permiten aprehender.

He ahí, señora, en resumen, lo que se ha dicho en pro y en contra sobre esta cuestión, y vais a ver, por el examen que de ello haré, cuán lejos estaban de darse cuenta de que tenían razón aquellos que anunciaron que el ciego de nacimiento vería las figuras y distinguiría los cuerpos y cuántas razones tenían quienes lo negaron para pensar que no estaban equivocados.

La cuestión del ciego de nacimiento considerada de un modo un poco más general de lo que el señor Molineux la ha planteado, abarca otras dos que vamos a considerar por separado.

Se puede preguntar: 1.°) si el ciego de nacimiento verá tan pronto como le sea hecha la operación de la catarata; 2.°) si, en el caso de que vea, verá lo suficiente como para diferenciar las figuras; si estará en condición de aplicarles con seguridad, al verlas, los mismos nombres que le daba en el tacto y si tendrá la demostración de que estos nombres les corresponden.

¿El ciego no verá inmediatamente después de la curación del órgano? Quienes pretenden que no verá, dicen: "Tan pronto como el ciego de nacimiento goza de la capacidad de utilizar sus ojos, toda la escena que tiene en perspectiva viene a pintarse en el fondo de su ojo. Esta imagen, compuesta por una infinidad de objetos reunidos en un espacio muy pequeño, no es sino una mezcla confusa de figuras que él no estará en condición de distinguir unas de otras. Se está casi de acuerdo en cuanto a que solamente la experiencia podría enseñarle a juzgar la distancia de los objetos y en cuanto a que él se encuentra inclusive en la necesidad de acercarse a ellos, de tocarlos, de alejarse de ellos, de volverse a acercar y de tocarlos de nuevo para asegurarse de que no forman parte de sí mismo, de que son extraños a su ser, y de que él se encuentra a veces cerca y a veces lejos de los mismos. ¿Por qué la experiencia no le sería necesaria también para percibirlos? Sin la experiencia, el que percibe objetos por primera vez debería imaginar, cuando éstos se alejan de él o él de ellos más allá de su alcance, que los mismos han dejado de existir, pues sólo la experiencia que tenemos de los objetos permanentes

a los que volvemos a encontrar en el mismo lugar donde los dejamos nos comprueba su existencia continua durante la ausencia. Es quizás por esta razón que los niños se consuelan tan rápido de los juguetes que se les quitan. No puede decirse que los olviden rápido, porque si se tiene en cuenta que hay niños de dos años y medio que conocen una parte considerable de las palabras de una lengua, las cuales tienen más dificultad para pronunciar que para retener, se llegará a la convicción de que el tiempo de la infancia es el de la memoria. ¿No sería más natural suponer entonces que los niños imaginan que lo que dejan de ver ha dejado de existir, tanto más cuanto que su alegría parece mezclada de admiración cuando los objetos que perdieron de vista llegan a reaparecer? Las nodrizas los ayudan a adquirir la noción de seres ausentes, ejercitándolos en un pequeño juego que consiste en cubrirse y mostrar de repente el rostro. Tienen de esta manera cien veces en un cuarto de hora la experiencia de que lo que deja de aparecer no deja de existir. De donde se sigue que es a la experiencia a quien debemos la noción de la existencia continua de los objetos, que es por el tacto que adquirimos la de su distancia, que es preciso quizás que el ojo aprenda a ver como la lengua a hablar, que no sería extraño que la ayuda de un sentido fuera necesaria a otro, y que el tacto, que nos asegura la existencia de objetos fuera de nosotros cuando están presentes a nuestros ojos, es quizás también el sentido a quien le está reservado comprobarnos, no digo sus figuras y otras modificaciones, sino su presencia misma [39]."

A estos razonamientos se añade las famosas experiencias de Cheselden [40]. El joven a quien este hábil cirujano quitó las cataratas no distinguió, por mucho tiempo, ni tamaño ni distancia ni situaciones ni aun figuras. Un objeto de una pulgada, puesto delante de su ojo y que le ocultaba una cosa, le parecía tan grande como la casa. Tenía todos los objetos ante sus ojos y le parecían pegados a este órgano, como los objetos del tacto lo están a la piel. No podía distinguir lo que había juzgado redondo con ayuda de sus manos de lo que había juzgado angular, ni discernir con los ojos si lo que había sentido que estaba arriba o abajo estaba en efecto arriba o abajo. Llegó, pero no sin dificultad, a darse cuenta de que su casa era más grande que su cuarto, pero de ninguna manera a comprender cómo el ojo podía darle esta idea. Le fue necesario un gran número de experiencias reiteradas para convencerse de que la pintura representaba cuerpos sólidos; y cuando estuvo bien convencido, a fuerza de mirar cuadros, de que no eran sólo superficies que veía, puso allí la mano y se extrañó mucho de no encontrar sino un plano continuo y sin ningún relieve. Preguntó entonces quién era el embustero, el

sentido del tacto o el de la vista. Por lo demás, la pintura causó el mismo efecto en los salvajes la primera vez que la vieron: tomaron las figuras pintadas por hombres vivos, las interrogaron y se mostraron muy sorprendidos por no recibir de ellos respuesta alguna. Tal error no provenía por cierto en ellos de la falta de costumbre de ver.

¿Pero qué responder a las otras dificultades? Que, en efecto, el ojo experimentado de un hombre hace ver mejor los objetos que el órgano imbécil y enteramente nuevo de un niño o de un ciego de nacimiento a quien se acaban de quitar las cataratas. Ved, señora, todas las pruebas que de ello da el señor abate de Condillac, al final de su *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, donde se proponen como objeción las experiencias hechas por Cheselden y referidas por el señor de Voltaire. Los efectos de la luz en un ojo que por primera vez es afectado por ella y las condiciones requeridas en los humores de este órgano, la córnea, el cristalino, etc... son expuestos allí con mucha precisión y fuerza, y casi no permiten dudar de que la visión se produce de modo muy imperfecto en un niño que abre los ojos por vez primera o en un ciego a quien se acaba de hacer la operación[41]. Es preciso admitir, pues, que debemos percibir en los objetos una infinidad de cosas que ni el niño ni el ciego de nacimiento perciben, aunque se reflejen por igual en el fondo de sus ojos; que no basta con que los objetos nos afecten, que es preciso además que estemos atentos a sus impresiones; que, por consiguiente, no se ve nada la primera vez que uno se sirve de los ojos; que no se es afectado, en los primeros instantes de la visión, sino por una multitud de sensaciones confusas que no se desenredan sino con el tiempo y por la reflexión habitual acerca de lo que pasa en nosotros; que es sólo la experiencia la que nos enseña a comparar las sensaciones con lo que las ocasiona; que, no teniendo las sensaciones nada que se parezca esencialmente a los objetos, le corresponde a la experiencia instruirnos sobre analogías que parecen ser puramente convencionales; en una palabra, no se puede dudar de que el tacto contribuye mucho a dar al ojo conocimiento preciso de la conformidad del objeto con la representación que de él recibe, y yo pienso que, si todo no se realizara en la naturaleza por leyes infinitamente generales; si, por ejemplo, el pinchazo de ciertos cuerpos duros fuera doloroso y el de otros cuerpos estuviera acompañado de placer, moriríamos sin haber recogido la cien millonésima parte de las experiencias necesarias para la conservación de nuestro cuerpo y nuestro bienestar. Sin embargo, no creo en modo alguno, que el ojo no pueda instruirse o, si es lícito hablar así, experimentarse por sí mismo. Para cerciorarse, por el tacto, de la existencia y la figura de los

objetos, no es necesario ver. ¿Por qué habría de ser necesario tocar para cerciorarse de los mismos objetos por la vista?

Conozco todas las ventajas del tacto y no las he disimulado cuando se trataba de Saunderson o del ciego de Puisaux, pero no le he reconocido aquélla. Fácilmente se comprende que el uso de uno de los sentidos puede ser perfeccionado y acelerado por las observaciones del otro, pero de ninguna manera que haya entre sus funciones una dependencia esencial. Hay seguramente en los cuerpos cualidades que no percibiríamos nunca sin la acción de tocar. El tacto es el que nos advierte la presencia de ciertas modificaciones insensibles para los ojos, que no las perciben sino cuando han sido avisados por ese sentido. Pero tales servicios son recíprocos y en quienes tienen la vista más fina que el tacto es el primero de estos sentidos quien advierte al otro la existencia de objetos y de modificaciones que se le escaparían por su pequeñez.

Si se os pusiera, sin vos saberlo, entre el pulgar y el índice, un papel o cualquier otra substancia unida, delgada y flexible, sólo vuestro ojo podría informaros de que el contacto de esos dedos no se haría inmediatamente. Haré notar, de paso, que sería infinitamente más difícil engañar con ello a un ciego que a una persona que tiene el hábito de ver.

Un ojo vivo y animado tendría sin duda dificultad en lograr la certeza de que los objetos exteriores no forman parte de él mismo; de que se encuentran ya cerca, ya lejos de ellos; de que tienen figura; de que unos son más grandes que otros; de que tienen profundidad; etc., pero no dudo en absoluto de que, a la larga, los vería y de que los vería bastante claramente como para discernir por lo menos en ellos los límites bastos. Negarlo sería perder de vista el destino de los órganos, sería olvidar los principales fenómenos de la visión, sería ocultarse que no hay pintor tan hábil como para aproximarse a la belleza y a la exactitud de las miniaturas que se pintan en el fondo de nuestros ojos, que no hay nada más preciso que la semejanza de la representación con el objeto representado, que la tela de ese cuadro no es tan pequeña, que no hay confusión alguna entre las figuras, que ellas ocupan aproximadamente media pulgada cuadrada, y que nada es, por otra parte, tan difícil como explicar de qué modo se las arreglaría el tacto para enseñar al ojo a percibir, si el uso de este último órgano fuera absolutamente imposible sin el auxilio del primero. Pero no me atendré a simples presunciones y preguntaré si es el tacto quien enseña al ojo a distinguir los colores. No pienso que se atribuya al tacto un privilegio tan extraordinario: eso supuesto, síguese que, si se presenta a un ciego a quien se acaba de restituir la vista un cubo negro con una esfera roja

sobre un gran fondo blanco, no tardará en discernir los límites de esas figuras. Tardará -se me podría responder- todo el tiempo que necesitan los humores del ojo para disponerse convenientemente: a la córnea para lograr la convexidad requerida para la visión, a la pupila para ser susceptible de la dilatación y de la contracción que le son propias, al filete de la retina para no ser ni demasiado ni demasiado poco sensible a la acción de la luz, al cristalino para ejercitarse en los movimientos hacia atrás y hacia adelante que se le sospechan o a los músculos para llenar bien sus funciones, a los nervios ópticos para acostumbrarse a transmitir la sensación, al globo entero del ojo para prestarse a todas las disposiciones necesarias y a todas las partes que lo componen para contribuir a la ejecución de esa miniatura de la que se saca tan buen partido cuando se trata de demostrar que el ojo se experimentará por sí mismo.

Confieso que, por más simple que sea el cuadro que acabo de presentar al ojo de un ciego de nacimiento, éste no distinguirá en él bien las partes sino cuando el órgano reúna todas las condiciones precedentes. Pero quizás sea cuestión de un momento y no resulte difícil, aplicando el razonamiento que se me acaba de oponer a una máquina algo compuesta, a un reloj por ejemplo, demostrar por la enumeración de todos los movimientos que se suceden en el tambor, la espiral, las ruedas, los álabes, el balancín, etc., que la aguja necesitará quince días para recorrer el espacio de un segundo. Si se responde que esos movimientos son simultáneos, replicaré que lo mismo sucede tal vez con los que tienen lugar en el ojo cuando se abre por primera vez y con la mayoría de los juicios que en consecuencia se emiten. Sea lo que fuere de las condiciones que se exigen para que el ojo sea capaz de ver, es preciso convenir en que no es el tacto quien se las proporciona, que dicho órgano las adquiere por sí mismo, y que, por consiguiente, llegará a distinguir las figuras que en él se pintarán, sin auxilio de otro sentido.

Pero, una vez más, se dirá, ¿cuándo llegará a ello? Mucho más rápido quizás de lo que se piensa. ¿Cuando fuimos juntos a visitar el gabinete del Jardín Real, recordáis, señora, la experiencia del espejo cóncavo y el temor que sentisteis al ver que se acercaba la punta de una espada con la misma rapidez con que la punta de la que vos teníais en la mano avanzaba hacia la superficie del espejo? Sin embargo, vos teníais la costumbre de referir al exterior de los espejos todos los objetos que en ellos se pintan. La experiencia no es, pues, ni tan necesaria ni aun tan infalible como se la cree para percibir los objetos o sus imágenes donde ellas están. Nadie, ni siquiera vuestro loro, ha dejado de probármelo. La primera vez que se vio en un espejo aproximó a él

su pico, y al no encontrarse sino a sí mismo cuando se tomaba por un semejante, dio la vuelta al espejo. No quiero dar al testimonio del loro más fuerza de la que tiene, pero se trata de una experiencia animal en que el prejuicio no puede tomar parte. Sin embargo, aunque se me asegurara que un ciego de nacimiento no ha distinguido nada durante dos meses, no me asombraría por ello. Concluiría de aquí solamente la necesidad de experiencia del órgano, pero de ninguna manera la necesidad del tacto para experimentarla. Comprendería aún mejor cuán importante es dejar descansar por algún tiempo a un ciego de nacimiento en la oscuridad cuando se lo destina a observaciones, dar a sus ojos la libertad de ejercitarse, cosa que hará más cómodamente en la oscuridad que a plena luz, no brindarle en las experiencias sino una especie de crepúsculo, o procurarse al menos, en el lugar donde se realizarán, los medios de aumentar o disminuir a discreción la claridad. No se me hallaría sino más dispuesto a conceder que estas clases de experiencias serán siempre muy difíciles y muy dudosas, y que lo más corto, en efecto, aunque en apariencia lo más largo, es dotar de antemano al sujeto de conocimientos filosóficos que lo tornen capaz de comparar las dos condiciones por las cuales pasó y de informarnos sobre la diferencia entre el estado de un ciego y el de un hombre que ve.

Una vez más: ¿qué se puede esperar de preciso de quien no tiene hábito alguno de reflexionar y de volver sobre sí mismo, y, como el ciego de Cheselden, ignora las ventajas de la vista, hasta el punto de ser insensible a su desgracia y de no imaginar que la pérdida de ese sentido perjudica mucho sus placeres? Saunderson, a quien no se rehusará el título de filósofo, no tenía por cierto la misma indiferencia, y dudo mucho de que hubiera compartido la opinión del excelente *Tratado de los sistemas*. Me inclinaría a sospechar que el último de estos filósofos ha dado él mismo en un pequeño sistema cuando ha pretendido que, "si la vida del hombre no hubiera sido sino una sensación no interrumpida de placer o de dolor, feliz en un caso sin ninguna idea de la desdicha, desdichado en el otro sin ninguna idea de la felicidad, hubiera gozado o sufrido; y que, si tal hubiera sido su naturaleza, no hubiera mirado a su alrededor para descubrir si algún ser velaba por su conservación o trabajaba para perjudicarlo, que es el paso alternativo de uno de estos estados al otro el que lo ha hecho reflexionar, etc. ..."[42].

¿Creéis, señora, que bajando de percepciones claras a percepciones claras (pues ésta es la manera de filosofar del autor y la buena), hubiera llegado él nunca a esta conclusión? Sucede con la felicidad y la desdicha lo mismo que con las tinieblas y la luz: la una no consiste en una pura y simple privación

de la otra. Habríamos afirmado quizás que la felicidad no nos era menos esencial que la existencia y el pensamiento, si hubiéramos gozado de ella sin alternación alguna, pero no puedo decir lo mismo de la desdicha. Hubiera sido muy natural considerarla como un estado forzado, sentirse inocente, creerse sin embargo culpable y acusar o excusar a la naturaleza, exactamente como se suele hacer.

¿El señor abate de Condillac piensa que un niño no se lamenta cuando sufre sino porque no ha sufrido ininterrumpidamente desde que está en el mundo? Si me responde "que existir y sufrir serían la misma cosa para aquel que siempre hubiera sufrido, y que éste no imaginaría que se pudiese suspender su dolor sin destruir su existencia", yo le replicaría: Quizás el hombre desdichado sin interrupción no hubiera dicho: ¿Qué he hecho yo para sufrir?, pero nada le hubiera impedido decir: ¿Qué he hecho yo para existir? Sin embargo, no veo por qué no hubiera tenido los dos verbos sinónimos, "yo existo" y "yo sufro", uno para la prosa y otro para la poesía, como nosotros tenemos las dos expresiones, "yo vivo" y "yo respiro". Por lo demás, os daréis cuenta mejor que yo, señora, de que este pasaje del señor abate de Condillac está escrito con gran perfección, y mucho me temo que, al comparar mi crítica con su reflexión, no digáis que aún preferís un error de Montaigne a una verdad de Charron [43].

Y siempre disgresiones, me diréis. Sí, señora, esta es la condición de nuestro tratado. He aquí ahora mi opinión sobre las dos cuestiones precedentes.

Pienso que la primera vez que los ojos del ciego de nacimiento se abran a la luz, no percibirá nada en absoluto; que su ojo necesitará cierto tiempo para acostumbrarse, pero que se acostumbrará por sí mismo y sin auxilio del tacto y que llegará no sólo a distinguir los colores sino a discernir por lo menos los límites bastos de los objetos. Veamos ahora si, en el supuesto de que adquiriera esa capacidad en un lapso muy corto o que la obtuviera al mover sus ojos en la oscuridad, siempre que se hubiera tenido el cuidado de encerrarlo y de exhortarlo a ese ejercicio durante cierto tiempo después de la operación y antes de las experiencias, veamos, digo, si reconocería con la vista los cuerpos que habría tocado y si estaría en condición de darles los nombres que les corresponden. Esta es la última cuestión que me queda por resolver.

Para cumplir con ella de una manera que os sea grata, puesto que amáis el método, distinguiré varias clases de personas en las cuales pueden intentarse las experiencias. Si se trata de personas toscas, sin educación, sin conocimientos, y no preparadas, pienso que, cuando la operación de la

catarata haya destruido perfectamente el defecto del órgano y el ojo esté sano, los objetos se pintarán en él muy distintamente, pero que dichas personas, al no estar habituadas a ninguna clase de razonamiento, al no saber qué es sensación e idea, al no hallarse en condiciones de comparar las representaciones que han recibido por el tacto con aquellas que les vienen por los ojos, exclamarán: He ahí un círculo, he ahí un cuadrado, sin que haya base para formar sobre ellos un juicio, y hasta convendrán ingenuamente en que no perciben en los objetos que se presentan a su vista nada que se parezca a lo que han tocado.

Hay otras personas que, comparando las figuras que percibirán en los cuerpos con aquellas que produjeron una impresión en sus manos y aplicando mediante el pensamiento su tacto a los cuerpos que están distantes, dirán de uno que es cuadrado, de otro que es un círculo, pero sin saber demasiado por qué, pues la comparación de las ideas que han logrado por el tacto con las que reciben por la vista no se hace en ellas bastante distintamente como para convencerlas de la verdad de su juicio.

Pasaré, señora, sin disgresión alguna, a un metafísico con el cual se intentaría la experiencia. No dudo en modo alguno de que éste razonaría desde el instante en que comenzara a percibir distintamente los objetos, como si los hubiera visto toda su vida; y que después de haber comparado las ideas que le llegan por los ojos con las que ha logrado por el tacto, diría, con la misma seguridad que vos y yo: "Muy tentado estaría de creer que se trata de ese cuerpo que he llamado siempre "círculo" y de aquel que siempre he denominado "cuadrado", pero me guardaré bien de predecir que ello es así. ¿Quién me ha revelado que, si me acercara a ellos, no desaparecerían bajo mis manos? ¿Qué sé yo si los objetos de mi vista están destinados a ser también los objetos de mi tacto? Ignoro si lo que me es visible es palpable, pero aún cuando no estuviera en esa incertidumbre y creyera, basado en la palabra de las personas que me rodean, que lo que veo es realmente lo que he tocado, apenas habría avanzado más. Esos objetos muy bien podrían transformarse en mis manos, y devolverme, por el tacto, sensaciones enteramente contrarias a las que experimento de ellos con la vista. Señores -añadiría él- ese cuerpo me parece un cuadrado; aquél un círculo; pero no tengo conocimiento alguno de que ellos sean para el tacto iguales que para la vista".

Si colocamos a un geómetra en el lugar del metafísico, a Saunderson en vez de a Locke, aquél dirá como éste que, si cree a sus ojos, de las figuras que ve, aquélla es a la que él llamaba "cuadrado" y ésta es a la que llamaba

"círculo": "Pues me doy cuenta -añadiría- de que sólo en la primera podría disponer los hilos y ubicar los alfileres de cabeza grande que señalaban los puntos angulares del cuadrado, y de que sólo en la segunda podría inscribir o circunscribir los hilos que me eran necesarios para demostrar las propiedades del círculo. ¡He ahí, pues, un círculo! ¡He ahí, pues, un cuadrado! Pero -habría continuado con Locke- es posible que, cuando yo ponga mis manos en dichas figuras, ellas se transformen las unas en las otras, de manera que la misma figura podría servirme para demostrar a los ciegos las propiedades del círculo y a los que ven las propiedades del cuadrado. Es posible que yo viera un cuadrado y que al mismo tiempo palpara un círculo. No, -habría replicado- yo me engaño. Aquellos a quienes demostraba las propiedades del círculo y del cuadrado no tenían las manos en mi ábaco y no tocaban los hilos que yo había tendido y que delimitaban mis figuras; y sin embargo, me comprendían. No veían, pues, un cuadrado cuando yo palpaba un círculo, pues de otro modo nunca nos hubiéramos entendido. Yo les hubiera trazado una figura y demostrado las propiedades de otra; les hubiera dado una línea recta por un arco de círculo y un arco de círculo por una línea recta. Pero, puesto que ellos me entendían todos, todos los hombres ven, pues, igual que los otros: yo veo, pues, cuadrado lo que ellos veían cuadrado y circular lo que ellos veían circular. Así, he ahí lo que siempre he llamado "cuadrado", y he ahí lo que siempre he llamado "círculo".

He sustituido el círculo a la esfera y el cuadrado al cubo porque todo parece indicar que no juzgamos las distancias sino por la experiencia, y, en consecuencia, que quien se sirve de sus ojos por primera vez no ve sino superficies y no sabe qué cosa es relieve, pues el relieve de un cuerpo consiste en el hecho de que algunos de sus puntos parezcan más cercanos a nosotros que los demás.

Pero, aun cuando el ciego de nacimiento apreciara, desde la primera vez que ve, la profundidad y la solidez de los cuerpos, y estuviera en condición de diferenciar no solamente el círculo del cuadrado sino también la esfera del cubo, no creo que por eso le sucediera lo mismo con cualquier otro objeto más complejo. Bien parece que el ciego de nacimiento del señor Réaumur diferenció unos de otros los colores, pero, se puede apostar treinta contra uno a que se pronunció al azar sobre la esfera y el cubo, y tengo por cierto que, a no ser por una revelación, no le fue posible reconocer sus guantes, su bata y su zapato. Esos objetos están recargados de un número tan grande de modificaciones, hay tan pocas relaciones entre su forma total y la de los miembros que están destinados a adornar o a cubrir, que hubiera sido para

Saunderson un problema cien veces más embarazoso determinar el uso de su birrete cuadrado que para los señores d´Alembert o Clairaut encontrar el uso de sus tablas [44].

Saunderson no hubiera dejado de suponer que reina una relación geométrica entre las cosas y su uso, y, por consiguiente, hubiera percibido mediante dos o tres analogías que su birrete estaba hecho para su cabeza: no hay allí ninguna forma arbitraria que tienda a extraviarlo. ¿Pero qué hubiera pensado de los ángulos y de la borla de su birrete cuadrado? ¿Para qué esa guedeja? ¿Por qué cuatro ángulos más bien que seis?, se hubiera preguntado. Y esas dos modificaciones que son para nosotros cuestión de adorno, habrían sido para él fuente de una multitud de razonamientos absurdos, o más bien, ocasión de una excelente sátira de lo que nosotros llamamos el buen gusto.

Si se pesan con madurez las cosas, se confesará que la diferencia que hay entre una persona que siempre ha visto pero a la cual le es desconocido el uso de una cosa, y la que conoce el uso de un objeto pero nunca ha visto, no es favorable a esta última.

¿Creéis, sin embargo, señora, que si hoy se os mostrara por vez primera un aderezo, llegaríais nunca a adivinar que se trata de un adorno y de un adorno de la cabeza? Pero, si a un ciego de nacimiento que ve por vez primera le es tanto más difícil juzgar bien los objetos cuanto mayor es el número de formas que estos tienen, ¿qué podría impedirle que tomase a un observador completamente vestido e inmóvil en un sillón situado frente a él por un mueble o por una máquina, y a un árbol cuyas hojas y ramas agitara el aire por un ser semoviente, animado y pensante? ¡Cuántas cosas, señora, nos sugieren nuestros sentidos, y cuán difícil nos resultaría sin nuestros ojos suponer que un bloque de mármol no piensa ni siente!

Queda, pues, demostrado que Saunderson habría estado seguro de no engañarse en el juicio que acababa de hacer sobre el círculo y el cuadrado solamente, y que hay casos en que el razonamiento y la experiencia de los otros pueden iluminar a la vista sobre la relación del tacto y enseñarle que lo que es así para el ojo lo es también para el tacto.

No sería, sin embargo, menos esencial, cuando se propusiera uno la demostración de alguna proposición de verdad eterna, como se las llama, poner a prueba su demostración prescindiendo del testimonio de los sentidos, pues bien advertís, señora, que si alguien pretendiera probaros que la proyección de dos líneas paralelas en un plano debe hacerse por dos líneas convergentes, porque dos avenidas aparecen así, olvidaría que la proposición es verdadera para un ciego tanto como para él.

Pero la precedente suposición del ciego de nacimiento sugiere otras dos: una, de un hombre que hubiera visto desde su nacimiento y que no hubiera tenido el sentido del tacto; la otra, de un hombre en quien el sentido de la vista y el del tacto se encontraran en perpetua contradicción. Sobre el primero podría preguntarse, si al restituírsele el sentido que le falta y quitársele el sentido de la vista con una venda, reconocería los cuerpos por el tacto. Es evidente que la geometría, en caso de que él fuese instruido, le proporcionaría un medio infalible de averiguar si los testimonios de los dos sentidos son contradictorios o no. No tendría más que tomar el cubo o la esfera entre sus manos, demostrar las propiedades de cada uno, y anunciar, si se lo comprende, que se ve como cubo lo que él palpa como cubo, y que es, por consiguiente, el cubo lo que él tiene. En cuanto a aquel que ignorara dicha ciencia, pienso que no le sería más fácil diferenciar, por el tacto, el cubo de la esfera que al ciego del señor Molineux distinguirlos por la vista.

Con respecto a aquel en quien las sensaciones de la vista y del tacto estuvieran en perpetua contradicción, no sé qué pensaría de las formas, del orden, de la simetría, de la belleza, de la fealdad, etc. ... Según todas las apariencias se encontraría en relación a las cosas como nosotros con respecto a la extensión y a la duración real de los seres.

Afirmaría, en general, que un cuerpo tiene una forma, pero debería sentirse inclinado a creer que ésta no es la que ve ni la que siente. Semejante hombre podría muy bien estar descontento de sus sentidos, pero sus sentidos no estarían ni contentos ni descontentos de los objetos. Si se viera tentado de acusar a uno de ellos de falsedad, creo que la emprendería con el tacto. Cien circunstancias lo inclinarían a pensar que la figura de los objetos cambia más bien por la acción de sus manos sobre ellos que por la de los objetos sobre sus ojos. Pero, como consecuencia de esos prejuicios, la diferencia de dureza y de blandura que observaría en los cuerpos resultaría muy embarazosa para él.

¿Pero del hecho de que nuestros sentidos no se contradigan acerca de las formas, se sigue que ellas no sean mejor conocidas? ¿Quién nos ha dicho que no tenemos que vérnoslas con falsos testigos? Sin embargo, juzgamos. ¡Ea, señora!, cuando se han colocado los conocimientos humanos en la balanza de Montaigne, no se está lejos de adoptar su divisa[45]. Porque, ¿qué sabemos? ¿Qué es la materia? De ningún modo. ¿Qué es el espíritu y el pensamiento? Menos aún. ¿Qué es el movimiento, el espacio y la duración? No, en absoluto. ¿Las verdades geométricas? Preguntad a los matemáticos de buena fe y os confesarán que sus proposiciones son todas idénticas, y que

tantos volúmenes acerca del círculo, por ejemplo, se reducen a repetirnos de cien mil maneras diferentes que se trata de una figura en la que todas las líneas trazadas del centro a la circunferencia son iguales. No sabemos, pues, casi nada. Sin embargo, ¡cuántos escritos cuyos autores han pretendido saber algo! No adivino por qué el mundo no se fastidia de leer y de no aprender nada, a menos que sea por la misma razón por la cual hace dos horas tengo el honor de hablaros sin fastidiarme y sin deciros nada.

Soy, con profundo respeto,

señora,

vuestro muy humilde y muy obediente servidor.

FENOMENOS

(...)

VIII.- De todas las personas que han sido privadas de la vista casi al nacer, la más sorprendente que haya existido y existirá es al señorita Melania de Salignac.

(...)

He visto los mapas en los que había estudiado la geografía. Los paralelos y los meridianos son hilos de latón; los límites de los reinos y de las provincias se distinguen por bordado en hilo, en seda y en lana, más o menos fuerte; los ríos, lo esteros y las montañas por cabezas de alfileres más o menos gruesas, y las ciudades más o menos importantes por gotas desiguales de cera.

Yo le decía un día: Señorita, figuráos un cubo.

- Lo veo. -Imaginad en el centro del cubo un punto. -Hecho. -De este punto trazad líneas rectas a los ángulos. Y bien, habréis dividido el cubo. -En seis pirámides iguales, añadió ella misma, cada una de las cuales tiene las mismas caras, la base del cubo y la mitad de su altura. - Eso es verdad. ¿Pero dónde lo veis vos? -En mi cabeza, como vos.

Confieso que nunca he comprendido con claridad cómo imaginaba figuras en su cabeza sin colorearlas. ¿Ese cubo se había formado por el recuerdo de las sensaciones del tacto? ¿Su cerebro se había convertido en una especie de mano mediante la cual las sustancias se realizaban? ¿Se había establecido a la larga una especie de correspondencia entre dos sentidos diversos? ¿Por qué ese comercio no existe en mí y yo no veo nada en mi cabeza si no lo coloreo? ¿Qué es la imaginación de un ciego? Este fenómeno no es tan fácil de explicar como se creería.

Ella escribía con un alfiler con el cual pinchaba su hoja de papel extendida sobre un cuadro atravesado por dos láminas paralelas y móviles, que no dejaban entre ellas más espacio vacío que el intervalo de una línea a la otra. La misma escritura servía para la respuesta, que ella leía paseando la punta de su dedo sobre las pequeñas desigualdades que el alfiler o la aguja habían practicado en el reverso del papel.

(...)

No me queda más que exponeros sus ideas sobre la escritura, el dibujo,

el grabado, la pintura [46]. No creo que se las pudiera tener más cercanas a la verdad. Así, espero, se comprenderá por la conversación que sigue, de la cual yo soy un interlocutor. Ella fue quien habló primero.

"Si hubiérais trazado sobre mi mano, con un estilete, una boca, un hombre, una mujer, un árbol, ciertamente yo no me engañaría en eso; ni siquiera desesperaría, si el trazo fuera exacto, de reconecer a la persona cuya imagen me hubiérais hecho: mi mano se convertiría para mí en un espejo sensible, pero la diferencia de sensibilidad entre esta tela y el órgano de la vista es grande. Supongo, pues, que el ojo es una tela viviente que recibe en sí una infinidad de impresiones diversas según la naturaleza, la forma, el color del objeto y tal vez las cualidades del aire, que me son desconocidas y que vos no conocéis más que yo. Y es por la variedad de estas sensaciones que se os pinta.

Si la piel de mis manos igualase la delicadeza de vuestros ojos, yo vería con mi mano como vos veis con vuestros ojos, y a veces me figuro que hay animales que son ciegos y que no por eso son menos perspicaces."

-¿Y el espejo?

-Si todos los cuerpos no son otros tantos espejos, es por algún defecto de su conformación que extingue la reflexión del aire. Me aferro tanto más a esta idea cuanto que el oro, la plata, el hierro y el cobre pulidos vienen a ser capaces de reflejar el aire; y el agua turbulenta y el hielo rayado pierden esa propiedad. Es la verdad de la sensación, y, por consiguiente, de la propiedad de reflejar el aire en las materias que empleáis, lo que distingue la escritura del dibujo, el dibujo de la estampa, y la estampa del cuadro. La escritura, el dibujo, la estampa, el cuadro de un solo color, son otros tantos camafeos.

-Pero cuando no hay más que un color, no se debería discernir sino este color.

-Es aparentemente el fondo de la tela, el espesor del color y la manera de emplearlo lo que introduce en el reflejo del aire una verdad correspondiente a la de las formas. Por lo demás, no me preguntéis más nada sobre el asunto; no soy más sabia que esto.

-Y yo me tomaría un trabajo bien inútil al querer enseñaros más.

(...)

NOTAS

1. Se dirige a la señora de Puisieux.

2. René Antoine Ferchault de Réaumur, físico y biólogo, nacido el 28 de febrero de 1683, en La Rochelle, y murió el 17 de octubre de 1757 en el castillo de Bermondiére. Entre sus trabajos físicos deben recordarse, además de la construcción del termómetro que lleva su nombre, las experiencias que hizo sobre la propagación del calor y sobre las mezclas frigoríficas. En biología sobresalió por sus estudios entomológicos, por sus observaciones acerca del movimiento local de los moluscos, sobre la electricidad de los torpedos, sobre la formación de las escamas de los peces y de las conchas de los crustáceos, etc. También realizó notables trabajos de metalurgia e ingeniería de materiales. Fue el primero que en Francia produjo hierro colado.

3. La señora de Vandeul, hija de Diderot, escribe en sus *Memorias* esta frase que Billy cita: "El señor de Réaumur tenía en su casa un ciego de nacimiento; a este hombre se le hizo la operación de catarata. El primer apósito debía ser quitado delante de gente del arte y de algunos hombres de letras; mi padre había sido invitado; curioso por examinar los primeros efectos de la luz en su ser a quien ésta le era desconocida, esperaba una experiencia tan interesante como nueva. Se quitó el apósito; pero las palabras del ciego dieron a entender perfectamente que ya había visto. Los espectadores estaban descontentos: el humor de unos producía la indiscreción de los otros: alguien confesó que la primer experiencia se había hecho delante de la señora Dupré de Saint-Maur. Mi padre salió diciendo que el señor de Réaumur había preferido tener por testigo dos bellos ojos sin consecuencias que gente digna de juzgarla. Estas palabras desagradaron a la señora Dupré de Saint-Maur; encontró injuriosa la frase para sus ojos y para sus conocimientos anatómicos: tenía grandes pretensiones de ciencia. Le agradaba al señor d´Argenson; lo hizo enojar y algunos días más tarde, el 24 de julio de 1749, un comisario llamado Rochebrune, con tres hombres a su mando, vino a las nueve de la mañana a la casa de mi padre, y después de un registro muy minucioso de su despacho y de sus papeles, el comisario sacó de su bolsillo una orden de arresto y de conducirlo a Vincennes".

4. Según Billy, éstas serían las primeras palabras que Diderot habría pronunciado al salir del despacho de Réaumur. Los "ojos sin consecuencias", esto es, indoctos, son evidentemente los de la señora Dupré de Saint-Maur.

5. Diderot acusa aquí a Réaumur de estar más interesado en asegurar su propio renombre científico que en el adelanto y en la difusión de la ciencia misma. Otros no sacarán provecho de esta experiencia -dice- pero él sin duda sí.

6. Estas palabras hacen suponer que Diderot narrará algunos diálogos sostenidos con amigos y colegas, pero en realidad, como se verá, no sucede nada de eso, sino que el autor se dirige siempre directamente a su destinatario.

7. Cheselden había desarrollado a comienzos del siglo una técnica quirúrgica para operar las cataratas. En 1728 dio a conocer el modo en que lo hizo con un muchacho de trece o catorce años, el cual llegó a ver con un ojo. Sin embargo, no era capaz de percibir las distancias y las cosas le parecían estar todas pegadas a su ojo. Réaumur tomó bajo su protección, años más tarde, a un oculista prusiano llamado Hilmer, quien había llegado a operar también las cataratas.

8. Puisaux se halla en Loiret, a trece kilómetros al noreste de Pithiviers; pero, como dice A.Billy, se carece de otros datos sobre el viaje de Diderot a Puisaux y sobre las personas que lo acompañaron.

9. Las circunstancias enteramente ordinarias y prosaicas que rodean la vida del ciego de Puisaux son "muy poco filosóficas" en el sentido de que nada tienen de especialmente interesante para la reflexión teórica, como podía tenerlo la operación realizada por Hilmer.

10. Diderot trata largamente de las ideas de los filósofos sobre lo bello (comenzando por Platón y San Agustín y acabando por el padre André) en su *Traité du beau.*

11. Ya Giambattista Della Porta (1536-1605) parece haber construido un microscopio compuesto. "Pero la historia del instrumento comienza con el uso que hizo Galileo de lo que era de hecho un telescopio galileano con un muy corto alcance operativo para discernir los órganos de pequeñas criaturas. Desde 1612 (según Viviani) Galileo había presentado tales microscopios a varias personas" (Ch. Singer, *A History of Technology* Oxford-1964 III p. 232). Para la época de Diderot, ya Chester Mour Hall había descubierto (1733) que "combinando lentes cóncavos y convexos de índices refractivos adecuados, se puede construir un lente compuesto que refracta la luz blanca sin dispersarla mucho y que es, por eso, prácticamente acromático" (Ibid p. 233).

12. Ya al comienzo del siglo XVI se hicieron intentos más o menos exitosos de construir instrumentos ópticos capaces de aumentar la imagen visual de objetos lejanos. Los matemáticos ingleses H. Digges (1510-1558) y J. Dee (1527-1608) realizaron experiencias con este fin. Suele decirse que el primer telescopio lo construyó un empresario de espectáculos holandés, pero según testimonio de su hijo, Johannes Hanssen, aquél lo había hecho en 1604 según el modelo de uno italiano, sobre el cual se había escrito en 1590. Giambattista Della Porta en la segunda edición de su *Magiae naturalis* (1589) describe los modos de aumentar la visión a distancia, incluyendo la combinación de un lente convexo y uno

cóncavo. Pero el verdadero inventor científico del telescopio fue Galileo (Ch. Singer. *A History of Technology* III p. 231-232).

13. Así, por ejemplo, en el *Discurso sexto* dice: "La visión de la distancia no depende más que la de la situación sino de algunas imágenes enviadas por los objetos, pero en primer lugar por la figura del cuerpo del ojo, porque, como hemos dicho, esa figura debe ser un poco diferente para hacernos ver lo que está próximo y para hacernos ver lo que está más alejado, y a medida que la cambiamos para adecuarla a la distancia de los objetos, cambiamos también cierta parte de nuestro cerebro de una manera que se halla establecida por la naturaleza para hacer percibir esa distancia a nuestra alma. Y tal cosa nos ocurre ordinariamente sin que reflexionemos en ello, lo mismo que, cuando apretamos algún cuerpo con nuestra mano, lo conformamos al tamaño y a la figura de dicho cuerpo y lo sentimos por medio de ella, sin que haya necesidad por eso de que pensemos en sus movimientos" (R. Descartes. *Oeuvres et Lettres* París 1953 p. 221-222).

14. Véanse, sin embargo, las opiniones de la señorita de Salignac sobre la escritura y la pintura, hacia el final (VIII) de la *Adición* (apéndice añadido por el autor).

15. Héraul era, como anota Billy, teniente de policía entre los años 1725 y 1738, y se hizo famoso por las medidas que tomó contra los jansenistas y las convulsionarias de San Medardo.

16. Lamettrie dice en su *Traité de l'ame* I p. 54 (*Oeuvres philosophiques* Berlín 1774): "Quien quisiere conocer las propiedades del alma, debe pues buscar antes las que se manifiestan en el cuerpo, cuyo principio activo es el alma".

17. El tema del pudor se encuentra ya entre los sofistas y los cínicos como parte de la contraposición entre "physis" y "nomos", pero es retomado con especial interés por los iluministas del siglo XVIII en el contexto de su naturalismo hedonista y anti-ascético (Cfr. Diógenes Laercio VI 220).

18. Diógenes de Sínope, que fue probablemente el verdadero iniciador de la escuela cínica, vivió entre los años 413 y 323 a.c. Siguiendo el ejemplo de Antístenes, "adoptó un ascetismo extremo y el culto a la pobreza, con el manto raído, el báculo y el zurrón de un mendigo como insignias junto con un total desprecio por las apariencias y (tal vez un curioso corolario del culto a la virtud) un deliberado desprecio por las pautas aceptadas de decencia en el comportamiento público" (W.K.C. Guthrie, *Sócrates* Cambridge 1971 p. 170) (Cfr. J. Humbert, *Socrate et les petits socratiques* París 1967 p. 233-234).

19. Véase más adelante (*Adición VIII*) el reproche que la señorita de Salignac, ciega, dirige al autor de este juicio.

20. André Billy anota: "Comparar con lo que Jean-Jacques Rousseau debía escribir más tarde en su *Emilio* y que se denomina vulgarmente el golpe del

mandarín: 'Si para llegar a ser rico heredero de un hombre a quien nunca se hubiera visto, del cual nunca se hubiera oído hablar y que habitara en los últimos confines de China, fuera suficiente apretar un botón para hacerlo morir ¿quién de nosotros no apretaría ese botón?'"Pero muchos siglos antes Meng-tse había expresado una idea parecida (Cfr. Meng-tse I, 17).

21. El argumento teleológico, trivializado por los lugares comunes del púlpito, era el que durante el siglo XVIII más se utilizaba para probar la existencia de un Dios creador, y aun "filósofos" como Voltaire no dejan de adoptarlo, al comparar, por ejemplo, al univerrso con un reloj que supone un relojero (Cfr. *Dictionnaire philosophique* art. Dieu).

22. Adopta aquí el autor, sin mencionarlo y tal vez sin darse cuenta de ello, el punto de vista aristotélico de que el color es el objeto propio de la vista) Cfr. *De anima* 418 a 26-27).

23. Las nociones de "figura" y de "fondo" fueron puestas de relieve especialmente, dentro de la psicología contemporánea, por la Gestalt Theorie, que, a partir de ellas, realizó su crítica a la teoría asociacionista de la percepción. P. Guillaume en su *Manual de Psicología* (Buenos Aires 1967 p. 157), por ejemplo, ilustra así los hechos aquí referidos por Diderot: "Un objeto individualizado dentro de un conjunto da lugar a una oposición entre ese conjunto y él mismo, que se puede comparar a la que existe entre una *figura* y el *fondo* sobre el cual ésta se destaca. El fondo, aun en la presentación de una sola de sus partes, permanece indefinido, ilimitado. La figura es limitada, tiene un contorno; en las imágenes equivocadas la mismas líneas constituyen alternativamente el contorno de las dos figuras. Generalmente la figura parece destacarse sobre el fondo como si tuviera relieve: parece ser de un color más compacto, más homogeneo y más estable que el fondo ; en ella pequeñas diferencias de tonalidad o de intensidad se advierten fácilmente. Los umbrales diferenciales siempre son un poco más elevados para la figura que para el fondo.

24. Este concepto de abstracción corresponde al empirismo profesado por Diderot y se opone claramente al concepto tradicional, aristotélico-escolástico, que supone el intelecto agente (Cfr. Aristóteles, *De anima* III 5).

25. Pitágoras o, por mejor decir los pitagóricos, consideraron al número como esencia de todas las cosas (Aristot. *Metaph.* I 5; Cic. *Acad.* II 37, 118), porque al observar la naturaleza, advirtieron en todas partes la existencia de relaciones matemáticas entre los fenómenos. La reducción de todo ente ideal (puntos, líneas, superficies, etc.) y real (pensamiento, sensaciones, etc.) a unidades numéricas, a la cual se refiere aquí Diderot, fue ciertamente una aspiración de la Escuela, ya se entiendan aquellas unidades en sentido aritmético (Zeller), geométrico

(Reinhold, Brandis, Steinhart), físico-geométrico (Frank, Burnet) o aritmo geométrico (Mondolfo).

26. Nicolás Sauderson, matemático inglés que vivió entre los años 1682 y 1739, ciego desde la edad de un año, fue profesor del Christ´s College de Cambridge desde 1707. Entre sus obras se cuentan los más abajo mencionados *Elementos de Algebra* (1741) y *The Method of fluxions* (1751). Se le tuvo en su época por uno de los más notables matemáticos de Inglaterra.

27. Heidegger se ha referido en nuestros días al escándalo que significa para la filosofía el no haber podido demostrar la existencia del mundo exterior (*Ser yTiempo* par 43 a). Ya antes lo había hecho también Kant.

28. Se refiere a *Three Dialogues between Hylas and Philonous*, obra que apareció por primera vez en Londres, en 1713.

29. Se refiere al *Essai sur l´origine des conaissances humaines*, la primera obra importante de Etienne Bonnot de Condillac, publicada en 1746.

30. Como hemos dicho en la *Introducción* esta invitación o denuncia de Diderot, dio lugar a la modificación de la doctrina del *Essai* de Condillac en el *Traité des sensations* (1754), donde este filósofo se esfuerza por romper el círculo de la inmanencia en que está encerrado el sujeto y por llegar al objeto, para lo cual recurre al sentido del tacto. También D´Alembert había planteado el problema del idealismo en el *Discours preliminaire de la Encyclopedie*, pero, como dice Mondolfo (op. cit. p. 22), ese problema "no habría tal vez preocupado de manera tan viva el pensamiento de Condillac, de no haber existido Diderot antes que él".

31. En efecto, en el *Essai*, Condillac sostiene que lo único que realmente conocemos son nuestras propias ideas lo cual constituye una afirmación al parecer idéntica a la de Berkeley. De aquí al "To be is to know" (*Principles of Human Knowledge*-Dublín-1710 - 1 3) casi no hay distancia alguna.

32. El *Traité des systèmes* fue publicado por Condillac en 1749.

33. El apologista nombra a tres personajes que se destacaron en las ciencias físico-matemáticas en aquellos días y que, a la vez, se ocuparon en defender el teísmo contra quienes lo impugnaban: Leibniz, descubridor, contemporáneamente a Newton, del cálculo infinitesimal: inventor de una máquina de calcular, capaz de extraer raíces: programador de una lengua universal y de un arte combinatorio no menos que de una nave submarina, no sólo escribió una *Confessio naturae contra atheistas* y una *Defensio Trinitatis per nova reperta logica*, sino que fue el autor de los célebres *Essai de Theódicée sur la bonté de Dieu, la Liberté de l´homme, et lórigine du mal* (1710); Newton, descubridor también del cálculo integral (calculus fluxionum), célebre por sus estudios sobre la refracción de la

luz y por la formulación de la ley de gravitación universal, se preocupó mucho por demostrar la existencia de Dios, a partir de la armonía del universo (*Optics* III p.28) y quiso dejar bien en claro que el Dios sin dominio y sin providencia de los deístas, que un Dios sin causas finales, se identifica con el Destino o con la Naturaleza (*nihil aliud est quam fatum aut natura*); Clarke, traductor de la física cartesiana de Rohault y de la *Optica* de Newton, se dedicó especialmente a combatir el materialismo y el panteísmo (*A Demostration of the Being and Attributes of God, more particularly in answer to Mr. Hobbes, Spinoza and their followers*) y a defender la revelación cristiana como compatible con la razón (*A Discourse concerning the Unchangeable Obligations of Natural Religion, and the Truth and Certainty of the Christian Revelation*).

34. Otro de los argumentos muy usados por la apologética del siglo XVIII para probar la existencia de un Dios personal, creador y providente, era el argumento de autoridad: Si tantos hombres sabios e ilustres la aceptaron...

35. Diderot preanuncia aquí las ideas que un siglo más tarde expondrá, con gran acopio de datos y riguroso método científico Ch.Darwin, en su *Origen de las especies*.

36. Por boca de Saunderson expone aquí Diderot su concepción mecanicista y materialista del mundo, ajena a toda teleología y a cualquier clase de antropocentrismo.

37. Cfr. P. Hazard. *Op. cit.* p. 313 ff.

38. Condillac sostiene en el *Ensayo* que la vista es suficiente al neovidente para distinguir las figuras y que no necesita para ello la ayuda del tacto. En una obra posterior, el *Traité des sensations*, afirmará que el tacto le es indispensable para diferenciar las figuras y para probar la existencia de cosas exteriores al sujeto.

39. La opinión de que los sentidos desarrollan sus capacidades progresivamente, al contacto con la realidad, ha sido confirmada por la psicología experimental y evolutiva.

40. Diderot ponía aquí la siguiente nota: "Ved los *Elementos de la filosofía de Newton* por el señor Voltaire".

41. Cfr. *Essai sur l'origine des connaissances humaines.* VI 15-16.

42. Cfr. *Traité des systèmes* V.

43. Diderot contrapone aquí a las dos figuras principales del esceptisismo renacentista francés: Montaigne y Charron (Cfr. J. Owen, *The Skeptics of the French Renaissance,* Londres, 1893). El primero nos revela en sus *Essais* un sutil espíritu de observación, un estilo sencillo y elegante, una evidente sinceridad; el segundo en su *De la Sagesse* se muestra mucho más radical y sistemático, pero, por eso mismo, mucho más dogmático y menos humano en su duda (Cfr.

P.Bonnefon, *Montaigne, l´homme et l´ocuvre*. París, 1893; J. B. Sabrié, *De l´humanisme au rationalisme, Pierre Charron*, París, 1913).

44. D´Alembert, inspirador de la *Enciclopedia*, fue un notable matemático y físico, autor entre otras obras, de una *Mémoire sur le calcule integral* (1739), de un *Traité de dynamique* (1743), donde aparece el principio al que legó su nombre, y de un *Traité de l´equilibre et du mouvement des fluides* (1744), además de ocho volúmenes de *Opuscules mathematiques* (1761-1780); Clairaut, matemático y astrónomo francés, muy célebre en su tiempo, dejó entre otras varias obras una *Théorie de la lune* (1752), una *Théorie du mouvement des cométes* (1760), una *Mémoire sur l'órbite apparente du soleil autour de la terre* (1761) y unos *Eléments d´algébre* (1746).

45. Diderot, como todos los iluministas, guarda siempre un fondo escéptico, derivado de su sensualismo y de su empirismo, de su agnosticismo y de su posición anti-metafísica. Cuando trata de hacer un balance de los resultados de su investigación filosófica, no puede menos de volver a la vieja divisa de Montaigne: "Que sçay je?". En realidad, su esceptisismo resulta más pronunciado que el de otros enciclopedistas, como se ha hecho notar (a propósito de Condillac) en la Introducción.

46. Cfr. Diderot, *Essai sur la peinture*.

Un drama muy parisino
Alphonse Allais

"Quién es quién, es algo que no prejuzgo, remitirme prefiero a la experiencia por hacer, freudiana si se puede. Cual la célebre cita de los enamorados en ocasión de un baile en la Opera. El horror cuando se quitaron las máscaras: no era él, tampoco ella por cierto.
Ilustración de mi fracaso para identificarme a esa Heteridad -que se me perdone la Ubris- que me decepcionó tanto como para hacerme largar el enunciado de que no hay relación sexual."
En estas líneas de su último Seminario en París, (15 de enero 1980) publicado en Escansión N°1, Nueva Serie, *Lacan hace referencia al texto que reproducimos de Alphonse Allais. Este Seminario que se llamó* "L'autre manque" *tuvo lugar pocos días después de la disolución de la Escuela Freudiana de París.*

Allais, Alphonse (1855-1905) "Un drama muy parisino", Ornicar? *n° 28, Revista del Campo Freudiano, pág. 151-152, enero 1984. Traducción de Iciar Arteche y Victor Puente.*

NOTAS DE *REFERENCIAS*...

Heteridad (en francés *heterité*): Es posible que este término, que no pertenece a la lengua francesa, aluda a: a) *Hétérie*, del griego *Hetaireia*: asociación de amigos (de *hetairos*: amigo), en la antigua Grecia, asociación más o menos secreta de carácter generalmente político. En la Grecia moderna: sociedad política o literaria. b) Heteros: del griego "otro" (heterosexual). c) Además en "*L'Etourdit*" ("El Atolondradicho") Lacan escribe: "...el (*Eteros*) al declinarse en el (*Etera*), se eteriza (*s'etherise*) y aún más, se hetairiza (*s'ethairise*)..."

L'Ubris: Es posible que Lacan aluda al término griego *Hubris*: orgullo considerado como un pecado ofensivo para los dioses, es considerado también como una causa de la caída de los personajes. Esto se unía a actos de extrema violencia que daba lugar a una maldición o fatalidad, un *Até* doméstico que aplasta a sucesivas generaciones de una familia. (Extraído del *Diccionario de Literatura Mundial* de Joseph T. Shipley, Barcelona, Ediciones Destino, 1962).

UN DRAMA MUY PARISINO

CAPÍTULO I

Donde conocemos a un Señor y una Dama que podrían haber sido felices, sin sus eternos malentendidos.

O quíl ha bien sceu choisir, le challan
RABELAIS

En la época en que esta historia comienza, Raúl y Margarita (hermoso nombre para los amores) llevaban casados alrededor de cinco meses.

Casamiento, entiéndase, por inclinación.

Una hermosa noche, Raúl, oyendo cantar a Margarita la hermosa romanza del coronel Henri d' Erville:

El chaparrón, tan querido por la rana,
el bosque remozado perfuma.
... El bosque es como Nini.
Al lavarse la cara, qué bien huele allí

Raúl, decía yo, se había jurado que la divina Margarita (*diva Margarita*) jamás pertenecería a otro hombre que no fuera él.

Hubiera sido la más feliz de las parejas, sin la índole detestable de ambos consortes.

Por un sí, por un no, ¡crac! un plato roto, un bofetón, un puntapié en el culo.

Ante tales ruidos, Amor huía desconsolado hasta el rincón del gran parque, esperando el momento siempre cercano de la reconciliación.

Venían después los innumerables besos, las caricias sin fin, tiernas y en toda regla, los ardores del infierno.

Era para pensar que estos dos cochinos se embarcaban en semejantes trifulcas para brindarse la oportunidad de la reconciliación.

CAPÍTULO II

Un episodio sencillo que, sin referirse a la acción directamente, dará a la clientela una idea acerca del modo de vida de nuestros héroes.

Amor en latín hace amor.
Por lo tanto, proviene de amor la muerte
Y con anterioridad, inquietud que muere,
Duelos, lloros, trampas, crímenes, remordimiento

(Blason d' amour)

Un día, sin embargo, el asunto llegó más lejos de lo habitual, una noche, más bien.

Habían acudido al Théâtre d´Application, donde, entre otras, se representaba *L´infidèle* de M. de Porto-Riche.

-Cuando te hayas hartado de ver a Grosclaude, me lo dices, rechinó Raúl.

-Y cuando tú, vituperó Margarita, conozcas a la señorita Moreno de memoria, me pasas los prismáticos.

Iniciada la conversación en este tono, no podía sino terminar con la violencia recíproca más lamentable.

En la berlina que les devolvía a casa, Margarita disfrutó rascando en el amor propio de Raúl, como en una mandolina inservible.

Apenas dentro de la casa, los beligerantes ya habían tomado sus respectivas posiciones.
Con la mano alzada, la mirada dura, el bigote cual gato furibundo, Raúl se abalanzó sobre Margarita, quien entonces hubo de ponerse en guardia.

La pobrecilla huyó, furtiva y rápida como cierva en el bosque.
Raúl corrió a atraparla.

Entonces, el destello genial de la angustia suprema fulguró en el pequeño cerebro de Margarita.
Volviéndose bruscamente, se lanzó a los brazos de Raúl exclamando:
-¡Te lo suplico, Raulito mío, defiéndeme!

CAPÍTULO III

Donde nuestros amigos se reconcilian, como deseo que Uds. a menudo lo hagan, Uds. los malvados.

¡Refrena tu lengua, por favor!

CAPÍTULO IV

Como podrán constatar, quienes se meten donde no les incumbe, harían mejor quedándose tranquilos

Es sorprendente lo mordaz que se ha vuelto el mundo últimamente.
(Palabras de mi portera en la mañana del lunes último)

Una mañana, Raúl recibió la siguiente misiva:
"Si deseáis encontraros al azar con vuestra esposa en buena disposición, acudid al Baile de los Incoherentes en el Moulin-Rouge el jueves. La veréis enmascarada y disfrazada de piragua congoleña. A buen entendedor..."
"*UN AMIGO*"

La misma mañana, Margarita recibió la siguiente misiva:
"Si deseáis encontraros al azar con vuestro esposo en buena disposición, acudid al Baile de los Incoherentes en el Moulin-Rouge el jueves. Lo veréis enmascarado y disfrazado de templario de época. A buena entendedora..."
"*UNA AMIGA*"

Estas misivas no cayeron en oídos sordos.

Disimulando admirablemente sus planes, cuando llegó el día fatal:
-Mi querida amiga, ensayó Raúl con el más inocente de los tonos, me veo obligado a dejaros hasta mañana. Asuntos de máxima importancia me requieren en Dunkerque.
-¡Qué oportuna casualidad!, respondió Margarita deliciosamente cándida, acabo de recibir un telegrama de mi tía Aspasia quien, con gran dolor me reclama en su cabecera.

CAPÍTULO V

Donde verán a la loca juventud de hoy congregarse en torno a los más quiméricos y pasajeros placeres, en lugar de pensar en la eternidad.

Mai vouéli viéure pamens:
La vido es tant bello
Auguste *MARIN*

Los ecos del *Diablo Cojo* eran unánimes al proclamar que ese año el Baile de los Incoherentes recogía un fragor inusual.

Muchos hombros y bastante piernas, sin contar los accesorios.

Dos asistentes parecían no tomar parte de la locura general: un Templario de época y una Piragua Congoleña, herméticamente enmascarados ambos.

Con el sonar de las tres de la mañana, el Templario se acercó a la Piragua y la invitó a cenar con él.

La piragua apoyó su delicada mano sobre el robusto brazo del Templario en respuesta, y la pareja se alejó.

CAPÍTULO VI

Donde la situación se embrolla.

-Y digo, ¿No piensa que el rajá se ríe de nosotros?
-Tal vez, Señor
Henry O´MERCIER

-Déjenos un momento, ordenó el Templario al mozo del restaurante, elegiremos nuestro menú y ya le llamaremos.

Alejado el mozo, el Templario echó el cierre del reservado con sumo cuidado.

Seguidamente, con un movimiento brusco, tras despojarse de su casco, arrebató el antifaz de la Piragua.

Los dos lanzaron al unísono un grito de estupor al no reconocerse ni el uno ni la otra.
Él, no era Raúl.
Ella, no era Margarita.

Tras mutuas disculpas no tardaron en entablar conocimiento merced a una ligera cena, sólo les digo eso.

CAPÍTULO VII

Desenlace feliz para todo el mundo, salvo para los otros.

Bebamos el vermouth granadino,
esperanza de nuestros viejos batallones.
George AURIOL

Este pequeño contratiempo sirvió a Raúl y a Margarita.
A partir de ese momento, dejaron de enzarzarse y fueron perfectamente felices.
No tienen aún muchos niños, pero ya llegarán.

La gravedad y la gracia
Simone Weil

En la intervención realizada en el Colegio de Medicina en 1966, en la mesa redonda "Psiconálisis y Medicina", publicada en Intervenciones y Textos, *Lacan se refiere al acosmismo que la ciencia ha construido. Esto es, a "...la sorprendente tolerancia del hombre a las condiciones acósmicas..." Es en este contexto que dice: "Quién podía imaginar que el hombre soportaría muy bien la ingravidez, quién podía predecir lo que advendría del hombre en esas condiciones si nos hubiésemos atenido a las metáforas filosóficas, por ejemplo a ésa de Simone Weil, que hacía de la gravedad una de las dimensiones de dicha metáfora."*

Referencias... *ha extraído de la recopilación de textos de Simone Weil,* La Gravedad y la Gracia, *el capítulo titulado "Gravedad y Gracia".*

Weil, Simone (1909-1943). La Gravedad y la Gracia, *Bs. As., Editorial Sudamericana, Biblioteca de Filosofía, 1953. Traducción de María E. de Valentié.*

GRAVEDAD Y GRACIA

Todos los movimientos *naturales* del alma están regidos por leyes análogas a las de la gravedad material. La única excepción es la gracia.

◊

Hay que esperar siempre que las cosas ocurran conforme a la gravedad, salvo intervención sobrenatural.

◊

Dos fuerzas reinan en el universo: luz y gravedad.

◊

Gravedad. En general, lo que se espera de los otros está determinado por los efectos de la gravedad en nosotros; lo que se recibe está determinado por los efectos de la gravedad en ello. A veces esto coincide (por azar), a menudo no.

◊

¿Por qué desde el momento en que un ser humano testimonia poca o mucha necesidad de otro, éste se aleja? Gravedad.

◊

Lear, tragedia de la gravedad. Todo lo que se llama bajeza es un fenómeno de gravedad. Por otra parte, el término "bajeza" lo indica.

◊

El objeto de la acción y el nivel de la energía que la alimenta, cosas distintas. *Hay* que hacer tal cosa. Pero, ¿de dónde sacar la energía? Una acción virtuosa puede rebajarse si no hay energía disponible en el mismo nivel.

◊

Lo bajo y lo superficial están en el mismo nivel. Ama violentamente, pero bajamente: frase posible. Ama profundamente, pero bajamente: frase imposible.

◊

Si es verdad que el mismo sufrimiento es mucho más difícil de soportar por un motivo elevado que por un motivo bajo (la gente que permanecía de pie, inmóvil, de la una a las ocho de la mañana para conseguir un huevo, muy difícilmente lo hubiera hecho para salvar una vida humana), una virtud baja es mejor en ciertos respectos ante la prueba de las dificultades, las tentaciones y las desgracias que una virtud elevada. Soldados de Napoleón. El empleo de la crueldad para mantener o elevar la moral de los soldados. No olvidarlo en relación al desfallecimiento.
Es un caso particular de la ley que pone la fuerza del lado de la bajeza. La gravedad es como su símbolo.

◊

Colas para conseguir alimentos. La misma acción es más fácil si el móvil es bajo que si es elevado. Los móviles bajos encierran más energía que los elevados. Problema: ¿cómo transferir a los móviles elevados la energía perteneciente a los móviles bajos?

◊

No olvidar que en ciertos momentos de mis dolores de cabeza, cuando la crisis subía, tenía un deseo intenso de hacer sufrir a otro ser humano golpeándolo precisamente en el mismo lugar de la frente.
Deseos análogos, muy frecuentes en los hombres.
Varias veces, en ese estado, cedía al menos a la tentación de decir palabras hirientes. Obediencia a la gravedad. El mayor pecado. Se corrompe así la función del lenguaje, que es expresar las relaciones de las cosas.

◊

Actitud de súplica: necesariamente debo dirigirme hacia algo que no sea yo misma, puesto que se trata de liberarme de mí misma.
Intentar esta liberación con mi propia energía, sería como una vaca que tira de su manea y cae de rodillas.
Entonces se libera de sí la energía con una violencia que la degrada aun más. Compensación en el sentido de la termodinámica, círculo infernal donde la liberación sólo puede venir de lo alto.

◊

El hombre posee la fuente de la energía moral en lo exterior, como la de la energía física (alimento, respiración). Encuentra generalmente, y esto explica

por qué existe la ilusión -como en lo físico-, que su ser lleva en sí el principio de su conservación. Unicamente la privación hace sentir la necesidad. Y en caso de privación, no puede evitar el volverse hacia *cualquier* cosa comestible.
Unico remedio para esto: una clorofila que permita alimentarse de luz.
No juzgar. Todas las faltas son iguales. No hay más que una sola falta: no tener la capacidad de alimentarse de luz. Pues estando abolida esa capacidad todas las faltas son posibles.
"Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me envía."
No hay otro bien sino esta capacidad.

◊

Descender con un movimiento en que la gravedad no participa... La gravedad hace descender, el ala hace subir: ¿qué ala a la segunda potencia puede hacer descender sin gravedad?

◊

La creación está hecha del movimiento descendente de la gravedad, el movimiento ascendente de la gracia y el movimiento descendente de la gracia a la segunda potencia.

◊

La gracia es la ley del movimiento descendente.

◊

Hundirse es subir en relación a la gravedad moral. La gravedad moral nos hace caer hacia lo alto.

◊

Una desgracia demasiado grande coloca al hombre por debajo de la piedad: disgusto, horror y desprecio.
La piedad desciende hasta cierto nivel y no más abajo. ¿Cómo hace la caridad para descender más abajo?
Aquellos que han caído muy bajo, ¿tienen piedad de sí mismos?

◊

Ulises y el cíclope
Homero, Luciano

En su clase del 14 de enero de 1959, de El Seminario "El deseo y su interpretación", Lacan comenta el encuentro de Ulises y el cíclope Polifemo, para referirse al fantasma y al sujeto, donde nadie *hay.*
*"Uno no va a ir a verificar que él está allí, porque él se habrá hecho, presentado, articulado, en un significante de lo más elemental, como no siendo: no hay nada allí pero literalmente: no hay nadie allí. Es, verdaderamente, literalmente, eso nos anuncia el sujeto en su fantasma. En tanto que estoy en presencia de otro, yo no soy nadie (*personne*). Es allí que él es Ulises frente al cíclope."*
*"No están ahí más que los elementos. Pero eso que vamos a ver, llevando más lejos el análisis, es que eso que el sujeto ha asociado a su sueño, lo que va a permitirnos ver cómo se presentan las cosas, a saber, en qué sentido, y cómo, no es, él, nadie (*personne*)."*

Referencias... *publica en esta ocasión el Canto IX de la* Odisea *donde Homero narra dicho encuentro y de los* Diálogos Marinos *de Luciano, "Polifemo cegado por Ulises".*

Homero (s. VIII?), Odisea, *Madrid, Edic. Cátedra S.A., 1993. Trad.: José Luis Calvo.*
Luciano (de Samosata) (h.125-h.192) Diálogos Escogidos, *Buenos Aires, Librería "El Ateneo" Editorial, 1995. Trad.: F. Vidal y Delgado y Federico Baraibar.*

ODISEA
HOMERO

CANTO IX

Odiseo cuenta sus aventuras:
Los Cicones, los Lotófagos, los Cíclopes

Y le contestó y dijo el muy astuto Odiseo:
«Poderoso Alcínoo, el más noble de todo tu pueblo, en verdad es agradable escuchar al aedo, tal como es, semejante a los dioses en su voz. No creo yo que haya un cumplimiento más delicioso que cuando el bienestar perdura en todo el pueblo y los convidados escuchan a lo largo del palacio al aedo sentados en orden, y junto a ellos hay mesas cargadas de pan y carne y un escanciador trae y lleva vino que ha sacado de las cráteras y lo escancia en las copas. Esto me parece lo más bello.
«Tu ánimo se ha decidido a preguntar mis penalidades a fin de que me lamente todavía más en mi dolor. Porque, ¿qué voy a narrarte lo primero y qué en último lugar?, pues son innumerables los dolores que los dioses, los hijos de Urano, me han proporcionado. Conque lo primero que voy a decir es mi nombre para que lo conozcáis y para que yo después de escapar del día cruel continúe manteniendo con vosotros relaciones de hospitalidad, aunque el palacio en que habito esté lejos.
«Soy Odiseo, el hijo de Laertes, el que está en boca de todos los hombres por toda clase de trampas [138], y mi fama llega hasta el cielo. Habito en Itaca, hermosa al atardecer. Hay en ella un monte, el Nérito de agitado follaje, muy sobresaliente, y a su alrededor hay muchas islas habitadas cercanas unas de otras, Duliquio y Same, y la poblada de bosques Zante. Itaca se recuesta sobre el mar con poca altura, la más remota hacia el Occidente, y las otras están más lejos hacia Eos y Helios. Es áspera, pero buena criadora de mozos.
«Yo en verdad no soy capaz de ver cosa alguna más dulce que la tierra de uno. Y eso que me retuvo Calipso, divina entre las diosas, en profunda cueva deseando que fuera su esposo, e igualmente

me retuvo en su palacio Circe, la hija de Eeo, la engañosa, deseando que fuera su esposo.

«Pero no persuadió a mi ánimo dentro de mi pecho, que no hay nada más dulce que la tierra de uno y de sus padres, por muy rica que sea la casa donde uno habita en tierra extranjera y lejos de los suyos.

«Y ahora os voy a narrar mi atormentado regreso, el que Zeus me ha dado al venir de Troya. El viento que me traía de Ilión me empujó hacia los Cicones [139], hacia Ismaro. Allí asolé la ciudad, a sus habitantes los pasé a cuchillo, tomamos de la ciudad a las esposas y abundante botín y lo repartimos de manera que nadie se me fuera sin su parte correspondiente. Entonces ordené a los míos que huyeran con rápidos pies, pero ellos, los muy estúpidos, no me hicieron caso. Así que bebieron mucho vino y degollaron muchas ovejas junto a la ribera y cuernitorcidos bueyes de rotátiles patas.

«Entre tanto, los Cicones, que se habían marchado, lanzaron sus gritos de ayuda a otros Cicones que, vecinos suyos, eran a la vez más numerosos y mejores, los que habitaban tierra adentro, bien entrenados en luchar con hombres desde el carro y a pie, donde sea preciso. Y enseguida llegaron tan numerosos como nacen en primavera las hojas y las flores, veloces.

«Entonces la funesta Aisa de Zeus se colocó junto a nosotros, de maldito destino, para que sufriéramos dolores en abundancia; lucharon pie a tierra junto a las veloces naves, y se herían unos a otros con sus lanzas de bronce. Mientras Eos duró y crecía el sagrado día, los aguantamos rechazándoles aunque eran más numerosos. Pero cuando Helios se dirigió al momento de desuncir los bueyes [140], los Cicones nos hicieron retroceder venciendo a los aqueos y sucumbieron seis compañeros de buenas grebas de cada nave. Los demás escapamos de la muerte y de nuestro destino, y desde allí proseguimos navegando hacia adelante con el corazón apesadumbrado, escapando gustosos de la muerte aunque habíamos perdido a los compañeros. Pero no prosiguieron mis curvadas naves, que cada uno llamamos por tres veces a nuestros desdichados compañeros, los que habían muerto en la llanura a manos de los Cicones.

«Entonces el que reúne las nubes, Zeus, levantó el viento Bóreas

junto con una inmensa tempestad, y con las nubes ocultó la tierra y a la vez el ponto. Y la noche surgió del cielo. Las naves eran arrastradas transversalmente y el ímpetu del viento rasgó sus velas en tres y cuatro trozos. Las colocamos sobre cubierta por temor a la muerte, y haciendo grandes esfuerzos nos dirigimos a remo hacia tierra.

«Allí estuvimos dos noches y dos días completos, consumiendo nuestro ánimo por el cansancio y el dolor.

«Pero cuando Eos, de lindas trenzas, completó el tercer día, levantamos los mástiles, extendimos las blancas velas y nos sentamos en las naves, y el viento y los pilotos las conducían. En ese momento habría llegado ileso a mi tierra patria, pero el oleaje, la corriente y Bóreas me apartaron al doblar las Maleas y me hicieron vagar lejos de Citera. Así que desde allí fuimos arrastrados por fuertes vientos durante nueve días sobre el ponto abundante en peces, y al décimo arribamos a la tierra de los Lotófagos [141], los que comen flores de alimento. Descendimos a tierra, hicimos provisión de agua y al punto mis compañeros tomaron su comida junto a las veloces naves. Cuando nos habíamos hartado de comida y bebida, yo envié delante a unos compañeros para que fueran a indagar qué clase de hombres, de los que se alimentan de trigo, había en esa región; escogí a dos, y como tercer hombre les envié a un heraldo. Y marcharon enseguida y se encontraron con los Lotófagos. Éstos no decidieron matar a nuestros compañeros, sino que les dieron a comer loto, y el que de ellos comía el dulce fruto del loto ya no quería volver a informarnos ni regresar, sino que prefería quedarse allí con los Lotófagos, arrancando loto, y olvidándose del regreso. Pero yo los conduje a la fuerza, aunque lloraban, y en las cóncavas naves los arrastré y até bajo los bancos. Después ordené a mis demás leales compañeros que se apresuraran a embarcar en las rápidas naves, no fuera que alguno comiera del loto y se olvidara del regreso. Y rápidamente embarcaron y se sentaron sobre los bancos, y, sentados en fila, batían el canoso mar con los remos.

«Desde allí proseguimos navegando con el corazón acongojado, y llegamos a la tierra de los Cíclopes [142], los soberbios, los sin ley; los que, obedientes a los inmortales, no plantan con sus manos frutos ni labran la tierra, sino que todo les nace sin sembrar y sin

arar: trigo y cebada y viñas que producen vino de gordos racimos; la lluvia de Zeus se los hace crecer. No tienen ni ágoras donde se emite consejo ni leyes; habitan las cumbres de elevadas montañas en profundas cuevas y cada uno es legislador de sus hijos y esposas, y no se preocupan unos de otros.

«Más allá del puerto se extiende una isla llana [143], no cerca ni lejos de la tierra de los Cíclopes, llena de bosques. En ella se crían innumerables cabras salvajes, pues no pasan por allí hombres que se lo impidan ni las persiguen los cazadores, los que sufren dificultades en el bosque persiguiendo las crestas de los montes. La isla tampoco está ocupada por ganados ni sembrados, sino que, no sembrada ni arada, carece de cultivadores todo el año y alimenta a las baladoras cabras. No disponen los Cíclopes de naves de rojas proas, ni hay allí armadores que pudieran trabajar en construir bien entabladas naves; éstas tendrían como término cada una de las ciudades de mortales a las que suelen llegar los hombres atravesando con sus naves el mar, unos en busca de otros, y los Cíclopes se habrían hecho una isla bien fundada. Pues no es mala y produciría todos los frutos estacionales; tiene prados junto a las riberas del canoso mar, húmedos, blandos. Las viñas sobre todo producirían constantemente, y las tierras de pan llevar son llanas. Recogerían siempre las profundas mieses en su tiempo oportuno, ya que el subsuelo es fértil. También hay en ella un puerto fácil para atracar, donde no hay necesidad de cable ni de arrojar las anclas ni de atar las amarras. Se puede permanecer allí, una vez arribados, hasta el día en que el ánimo de los marineros les impulse y soplen los vientos.

«En la parte alta del puerto corre un agua resplandeciente, una fuente que surge de la profundidad de una cueva, y en torno crecen álamos. Hacia allí navegamos y un demón nos conducía a través de la oscura noche. No teníamos luz para verlo, pues la bruma era espesa en torno a las naves y Selene no irradiaba su luz desde el cielo y era retenida por las nubes; así que nadie vio la isla con sus ojos ni vimos las enormes olas que rodaban hacia tierra hasta que arrastramos las naves de buenos bancos. Una vez arrastradas, recogimos todas las velas y descendimos sobre la orilla del mar y esperamos a la divina Eos durmiendo allí.

«Y cuando se mostró Eos, la que nace de la mañana, la de dedos de rosa, deambulamos llenos de admiración por la isla.

«Entonces las ninfas, las hijas de Zeus, portador de égida, agitaron a las cabras montaraces para que comieran mis compañeros. Así que enseguida sacamos de las naves los curvados arcos y las lanzas de largas puntas, y ordenados en tres grupos comenzamos a disparar, y pronto un dios nos proporcionó abundante caza. Me seguían doce naves, y a cada una de ellas tocaron en suerte nueve cabras, y para mí solo tomé diez. Así estuvimos todo el día hasta el sumergirse de Helios, comiendo innumerables trozos de carne y dulce vino; que todavía no se había agotado en las naves el dulce vino, sino que aún quedaba, pues cada uno había guardado mucho en las ánforas cuando tomamos la sagrada ciudad de los Cicones.

«Echamos un vistazo a la tierra de los Cíclopes que estaban cerca y vimos el humo de sus fogatas y escuchamos el vagido de sus ovejas y cabras. Y cuando Helios se sumergió y sobrevino la oscuridad, nos echamos a dormir sobre la ribera del mar.

«Cuando se mostró Eos, la que nace de la mañana, la de dedos de rosa, convoqué asamblea y les dije a todos:

«"Quedaos ahora los demás, mis fieles compañeros, que yo con mi nave y los que me acompañan voy a llegarme a esos hombres para saber quiénes son, si soberbios, salvajes y carentes de justicia o amigos de los forasteros y con sentimientos de piedad para con los dioses."

«Así dije, y me embarqué y ordené a mis compañeros que embarcaran también ellos y soltaran amarras. Embarcaron éstos sin tardanza y se sentaron en los bancos, y sentados batían el canoso mar con los remos. Y cuando llegamos a un lugar cercano, vimos una cueva cerca del mar, elevada, techada de laurel. Allí pasaba la noche abundante ganado -ovejas y cabras-, y alrededor había una alta cerca construida con piedras hundidas en tierra y con enormes pinos y encinas de elevada copa. Allí habitaba un hombre monstruoso que apacentaba sus rebaños, solo, apartado, y no frecuentaba a los demás, sino que vivía alejado y tenía pensamientos impíos. Era un monstruo digno de admiración: no se parecía a un hombre, a uno que come trigo, sino a una cima cubierta de bosque de las elevadas montañas que aparece sola,

destacada de las otras. Entonces ordené al resto de mis fieles compañeros que se quedaran allí junto a la nave y que la botaran. «Yo escogí a mis doce mejores compañeros y me puse en camino. Llevaba un pellejo de cabra con negro, agradable vino que me había dado Marón, el hijo de Evanto, el sacerdote de Apolo protector de Ismaro, porque lo había yo salvado junto con su hijo y esposa respetando su techo. Habitaba en el bosque arbolado de Febo Apolo y me había donado regalos excelentes: me dio siete talentos de oro bien trabajados y una crátera toda de plata, y, además, vino en doce ánforas que llenó, vino agradable, no mezclado, bebida divina. Ninguna de las esclavas ni de los esclavos de palacio conocían su existencia, sino sólo él y su esposa y solamente la despensera. Siempre que bebían el rojo, agradable vino llenaba una copa y vertía veinte medidas de agua, y desde la crátera se esparcía un olor delicioso, admirable; en ese momento no era agradable alejarse de allí. De este vino me llevé un gran pellejo lleno y también provisiones en un saco de cuero, porque mi noble ánimo barruntó que marchaba en busca de un hombre dotado de gran fuerza, salvaje, desconocedor de la justicia y de las leyes.

«Llegamos enseguida a su cueva y no lo encontramos dentro, sino que guardaba sus gordos rebaños en el pasto. Conque entramos en la cueva y echamos un vistazo a cada cosa: los canastos se inclinaban bajo el peso de los quesos, y los establos estaban llenos de corderos y cabritillos. Todos estaban cerrados por separado: a un lado los lechales, a otro los medianos y a otro los recentales.

«Y todos los recipientes rebosaban de suero -colodras y jarros bien construidos, con los que ordeñaba.

«Entonces mis compañeros me rogaron que nos apoderásemos primero de los quesos y regresáramos, y que sacáramos luego de los establos cabritillos y corderos y, conduciéndolos a la rápida nave, diéramos velas sobre el agua salada. Pero yo no les hice caso -aunque hubiera sido más ventajoso-, para poder ver al monstruo y por si me daba los dones de hospitalidad. Pero su aparición no iba a ser deseable para mis compañeros.

«Así que, encendiendo una fogata, hicimos un sacrificio, repartimos quesos, los comimos y aguardamos sentados dentro

de la cueva hasta que llegó conduciendo el rebaño. Traía el Cíclope una pesada carga de leña seca para su comida y la tiró dentro con gran ruido. Nosotros nos arrojamos atemorizados al fondo de la cueva, y él a continuación introdujo sus gordos rebaños, todos cuanto solía ordeñar, y a los machos -a los carneros y cabrones- los dejó a la puerta, fuera del profundo establo. Después levantó una gran roca y la colocó arriba, tan pesada que no la habrían levantado del suelo ni veintidós buenos carros de cuatro ruedas: ¡tan enorme piedra colocó sobre la puerta! Sentóse luego de ordeñar las ovejas y las baladoras cabras, cada una en su momento, y debajo de cada una colocó un recental. Enseguida puso a cuajar la mitad de la blanca leche en cestas bien entretejidas y la otra mitad la colocó en cubos, para beber cuando comiera y le sirviera de adición al banquete.

Cuando hubo realizado todo su trabajo prendió fuego, y al vernos nos preguntó:

«"Forasteros, ¿quiénes sois? ¿De dónde venís navegando los húmedos senderos? ¿Andáis errantes por algún asunto, o sin rumbo como los piratas por la mar, los que andan a la aventura exponiendo sus vidas y llevando la destrucción a los de otras tierras?" [144].

«Así habló, y nuestro corazón se estremeció por miedo a su voz insoportable y a él mismo, al gigante. Pero le contesté con mi palabra y le dije:

«"Somos aqueos y hemos venido errantes desde Troya, zarandeados por toda clase de vientos sobre el gran abismo del mar, desviados por otro rumbo, por otros caminos, aunque nos dirigimos de vuelta a casa. Así quizo Zeus proyectarlo. Nos preciamos de pertenecer al ejército del Atrida Agamenón, cuya fama es la más grande bajo el cielo: ¡tan gran ciudad ha devastado y tantos hombres ha hecho sucumbir! Conque hemos dado contigo y nos hemos llegado a tus rodillas por si nos ofreces hospitalidad y nos das un regalo, como es costumbre entre los huéspedes. Ten respeto, excelente, a los dioses; somos tus suplicantes, y Zeus es el vengador de los suplicantes y de los huéspedes, Zeus Hospitalario, quien acompaña a los huéspedes, a quienes se debe respeto."

«Así hablé, y él me contestó con corazón cruel:

«"Eres estúpido, forastero, o vienes de lejos, tú que me ordenas

temer y respetar a los dioses, pues los Cíclopes no se cuidan de
Zeus, portador de égida, ni de los dioses felices [145]. Pues somos
mucho más fuertes. No te perdonaría ni a ti ni a tus compañeros,
si el ánimo no me lo ordenara, por evitar la enemistad de Zeus."
«"Pero dime dónde has detenido tu bien fabricada nave al venir,
si al final de la playa o aquí cerca, para que lo sepa."
«Así habló para probarme, y a mí, que sé mucho, no me pasó
esto desapercibido. Así que me dirigí a él con palabras engañosas:
«"La nave me la ha destrozado Poseidón, el que conmueve la
tierra; la ha lanzado contra los escollos en los confines de vuestro
país, conduciéndola hasta un promontorio, y el viento la arrastró
del ponto. Por ello he escapado junto con éstos de la dolorosa
muerte."
«Así hablé, y él no me contestó nada con corazón cruel, mas
lanzóse y echó mano a mis compañeros. Agarró a dos a la vez y
los golpeó contra el suelo como a cachorrillos, y sus sesos se
esparcieron por el suelo empapando la tierra. Cortó en trozos
sus miembros, se los preparó como cena y se los comió, como un
león montaraz, sin dejar ni sus entrañas ni sus carnes ni sus
huesos llenos de meollo.
«Nosotros elevamos llorando nuestras manos a Zeus, pues
veíamos acciones malvadas, y la desesperación se apoderó de
nuestro ánimo.
«Cuando el Cíclope había llenado su enorme vientre de carne
humana y leche no mezclada, se tumbó dentro de la cueva,
tendiéndose entre los rebaños. Entonces yo tomé la decisión en
mi magnánimo corazón de acercarme a éste, sacar la aguda espada
de junto a mi muslo y atravesarle el pecho por donde el diafragma
contiene el hígado y la tenté con mi mano. Pero me contuvo otra
decisión, pues allí hubiéramos perecido también nosotros con
muerte cruel: no habríamos sido capaces de retirar de la elevada
entrada la piedra que había colocado. Así que llorando esperamos
a Eos divina. Y cuando se mostró Eos, la que nace de la mañana,
la de dedos de rosa, se puso a encender fuego y a ordeñar a sus
insignes rebaños, todo por orden, y bajo cada una colocó un
recental. Luego que hubo realizado sus trabajos, agarró a dos
compañeros a la vez y se los preparó como desayuno. Y cuando
había desayunado, condujo fuera de la cueva a sus gordos rebaños

retirando con facilidad la gran piedra de la entrada. Y la volvió a poner como si colocara la tapa a una aljaba. Y mientras el Cíclope encaminaba con gran estrépito sus rebaños hacia el monte, yo me quedé meditando males en lo profundo de mi pecho: ¡si pudiera vengarme y Atenea me concediera esto que la suplico...! «Y ésta fue la decisión que me pareció mejor. Junto al establo yacía la enorme clava del Cíclope, verde, de olivo: la había cortado para llevarla cuando estuviera seca. Al mirarla la comparábamos con el mástil de una negra nave de veinte bancos de remeros, de una nave de transporte amplia, de las que recorren el negro abismo: así era su longitud, así era su anchura al mirarla. Me acerqué y corté de ella como una braza, la coloqué junto a mis compañeros y les ordené que la afilaran. Éstos la alisaron y luego me acerqué yo, le agucé el extremo y después la puse al fuego para endurecerla. La coloqué bien cubriéndola bajo el estiércol que estaba extendido en abundancia por la cueva. Después ordené que sortearan quién se atrevería a levantar la estaca conmigo y a retorcerla en su ojo cuando le llegara el dulce sueño, y eligieron entre ellos a cuatro, a los que yo mismo habría deseado escoger. Y yo me conté entre ellos como quinto.

Llegó el Cíclope por la tarde conduciendo sus ganados de hermosos vellones e introdujo en la amplia cueva a sus gordos rebaños, a todos, y no dejó nada fuera del profundo establo, ya porque sospechara algo o porque un dios así se lo aconsejó. Después colocó la gran piedra que hacía de puerta, levantándola muy alta, y se sentó a ordeñar las ovejas y las baladoras cabras, todas por orden, y bajo cada una colocó un recental. Luego que hubo realizado sus trabajos agarró a dos compañeros a la vez y se los preparó como cena. Entonces me acerqué y le dije al Cíclope sosteniendo entre mis manos una copa de negro vino:

«"¡Aquí, Cíclope! Bebe vino después que has comido carne humana, para que veas qué bebida escondía nuestra nave. Te lo he traído como libación, por si te compadecías de mí y me enviabas a casa, pues estás enfurecido de forma ya intolerable. ¡Cruel!, ¿cómo va a llegarse a ti en adelante ninguno de los numerosos hombres? Pues no has obrado como te corresponde." «Así hablé, y él la tomó, bebió y gozó terriblemente bebiendo la dulce bebida. Y me pidió por segunda vez:

«"Dame más de buen grado y dime ahora ya tu nombre para que te ofrezca el don de hospitalidad con el que te vas a alegrar. Pues también la donadora de vida, la Tierra, produce para los Cíclopes vino de grandes uvas y la lluvia de Zeus se las hace crecer. Pero esto es una catarata de ambrosía y néctar."

«Así habló, y yo le ofrecí de nuevo rojo vino. Tres veces se lo llevé y tres veces bebió sin medida. Después, cuando el rojo vino había invadido la mente del Cíclope, me dirigí a él con dulces palabras:

«"Cíclope, ¿me preguntas mi célebre nombre? Te lo voy a decir, mas dame tú el don de hospitalidad como me has prometido. Nadie es mi nombre, y Nadie me llaman mi madre y mi padre y todos mis compañeros."

«Así hablé, y él me contestó con corazón cruel:

«"A Nadie me lo comeré el último entre sus compañeros, y a los otros antes. Este será tu don de hospitalidad."

«Dijo, y reclinándose cayó boca arriba. Estaba tumbado con su robusto cuello inclinado a un lado, y de su garganta saltaba vino y trozos de carne humana; eructaba cargado de vino.

«Entonces arrimé la estaca bajo el abundante rescoldo para que se calentara y comencé a animar con mi palabra a todos los compañeros, no fuera que alguien se me escapara por miedo. Y cuando en breve la estaca estaba a punto de arder en el fuego, verde como estaba, y resplandecía terriblemente, me acerqué y la saqué del fuego, y mis compañeros me rodearon, pues sin duda un demón les infundió gran valor. Tomaron la aguda estaca de olivo y se la clavaron arriba en el ojo, y yo hacía fuerza desde arriba y le daba vueltas. Como cuando un hombre taladra con un trépano la madera destinada a un navío -otros abajo la atan a ambos lados con una correa y la madera gira continua, incesantemente-, así hacíamos dar vueltas, bien asida, a la estaca de punta de fuego en el ojo del Cíclope, y la sangre corría por la estaca caliente. Al arder la pupila, el soplo del fuego le quemó todos los párpados, y las cejas y las raíces crepitaban por el fuego. Como cuando un herrero sumerge una gran hacha o una garlopa en agua fría para templarla y ésta estride grandemente -pues éste es el poder del hierro-, así estridía su ojo en torno a la estaca de olivo. Y lanzó un gemido grande, horroroso, y la piedra retumbó

en torno, y nosotros nos echamos a huir aterrorizados.
«Entonces se extrajo del ojo la estaca empapada en sangre y, enloquecido, la arrojó de sí con las manos. Y al punto se puso a llamar a grandes voces a los Cíclopes que habitaban en derredor suyo, en cuevas por las ventiscosas cumbres. Al oír éstos sus gritos, venían cada uno de un sitio y se colocaron alrededor de su cueva y le preguntaron qué le afligía:
«"¿Qué cosa tan grande sufres, Polifemo, para gritar de esa manera en la noche inmortal y hacernos abandonar el sueño? ¿Es que alguno de los mortales se lleva tus rebaños contra tu voluntad o te está matando alguien con engaño o con sus fuerzas?"
«Y les contestó desde la cueva el poderoso Polifemo:
«"Amigos, Nadie me mata con engaño y no con sus propias fuerzas."
«Y ellos le contestaron y le dijeron aladas palabras:
«"Pues si nadie te ataca y estás solo... es imposible escapar de la enfermedad del gran Zeus [146], pero al menos suplica a tu padre Poseidón, al soberano."
«Así dijeron, y se marcharon. Y mi corazón rompió a reír: ¡cómo los había engañado mi nombre y mi inteligencia irreprochable!
«El Cíclope gemía y se retorcía de dolor, y palpando con las manos retiró la piedra de la entrada. Y se sentó a la puerta, las manos extendidas, por si pillaba a alguien saliendo afuera entre las ovejas. ¡Tan estúpido pensaba en su mente que era yo! Entonces me puse a deliberar cómo saldrían mejor las cosas -¡si encontrara el medio de liberar a mis compañeros y a mí mismo de la muerte...! Y me puse a entretejer toda clase de engaños y planes, ya que se trataba de mi propia vida. Pues un gran mal estaba cercano. Y me pareció la mejor esta decisión: los carneros estaban bien alimentados, con densos vellones, hermosos y grandes, y tenían una lana color violeta. Conque los até en silencio, juntándolos de tres en tres, con mimbres bien trenzadas sobre las que dormía el Cíclope, el monstruo de pensamientos impíos; el carnero del medio llevaba a un hombre, y los otros dos marchaban a cada lado, salvando a mis compañeros. Tres carneros llevaban a cada hombre.
«Entonces yo... había un carnero, el mejor con mucho de todo su rebaño. Me apoderé de éste por el lomo y me coloqué bajo su

velludo vientre hecho un ovillo, y me mantenía con ánimo paciente agarrado con mis manos a su divino vellón. Así aguardamos gimiendo a Eos divina, y cuando se mostró la que nace de la mañana, la de dedos de rosa, sacó a pastar a los machos de su ganado. Y las hembras balaban por los corrales sin ordeñar, pues sus ubres rebosaban. Su dueño, abatido por funestos dolores, tentaba el lomo de todos sus carneros, que se mantenían rectos. El inocente no se daba cuenta de que mis compañeros estaban sujetos bajo el pecho de las lanudas ovejas. El último del rebaño en salir fue el carnero cargado con su lana y conmigo, que pensaba muchas cosas. El poderoso Polifemo lo palpó y se dirigió a él:

«"Carnero amigo, ¿por qué me sales de la cueva el último del rebaño? Antes jamás marchabas detrás de las ovejas, sino que, a grandes pasos, llegabas el primero a pastar las tiernas flores del prado y llegabas el primero a las corrientes de los ríos y el primero deseabas llegar al establo por la tarde. Ahora, en cambio, eres el último de todos. Sin duda echas de menos el ojo de tu soberano, el que me ha cegado un hombre villano con la ayuda de sus miserables compañeros, sujetando mi mente con vino, Nadie, quien todavía no ha escapado -te lo aseguro- de la muerte. ¡Ojalá tuvieras sentimientos iguales a los míos y estuvieras dotado de voz para decirme dónde se ha escondido aquél de mi furia! Entonces sus sesos, cada uno por un lado, reventarían contra el suelo por la cueva, herido de muerte, y mi corazón se repondría de los males que me ha causado el vil Nadie."

«Así diciendo alejó de sí al carnero. Y cuando llegamos un poco lejos de la cueva y del corral, yo me desaté el primero de debajo del carnero y liberé a mis compañeros. Entonces hicimos volver rápidamente al ganado de finas patas, gordo por la grasa, abundante ganado, y lo condujimos hasta llegar a la nave.

«Nuestros compañeros dieron la bienvenida a los que habíamos escapado de la muerte, y a los otros los lloraron entre gemidos. Pero yo no permití que lloraran, haciéndoles señas negativas con mis cejas, antes bien, les di órdenes de embarcar al abundante ganado de hermosos vellones y de navegar el salino mar.

«Embarcáronlo enseguida y se sentaron sobre los bancos, y, sentados, batían el canoso mar con los remos.

«Conque cuando estaba tan lejos como para hacerme oír si gritaba,

me dirigí al Cíclope con mordaces palabras:

«"Cíclope, no estaba privado de fuerza el hombre cuyos compañeros ibas a comerte en la cóncava cueva con tu poderosa fuerza. Con razón te tenían que salir al encuentro tus malvadas acciones, cruel, pues no tuviste miedo de comerte a tus huéspedes en tu propia casa. Por ello te han castigado Zeus y los demás dioses."

«Así hablé, y él se irritó más en su corazón. Arrancó la cresta de un gran monte, nos la arrojó y dio detrás de la nave de azuloscura proa, tan cerca que faltó poco para que alcanzara lo alto del timón. El mar se levantó por la caída de la piedra, y el oleaje arrastró en su reflujo la nave hacia el litoral y la impulsó hacia tierra. Entonces tomé con mis manos un largo botador y la empujé hacia fuera, y di órdenes a mis compañeros de que se lanzaran sobre los remos para escapar del peligro, haciéndoles señas con mi cabeza. Así que se inclinaron hacia adelante y remaban. Cuando en nuestro recorrido estábamos alejados dos veces la distancia de antes, me dirigí al Cíclope, aunque mis compañeros intentaban impedírmelo con dulces palabras a uno y otro lado:

«"Desdichado, ¿por qué quieres irritar a un hombre salvaje?, un hombre que acaba de arrojar un proyectil que ha hecho volver a tierra nuestra nave y pensábamos que íbamos a morir en el sitio. Si nos oyera gritar o hablar machacaría nuestras cabezas y el madero del navío, tirándonos una roca de aristas resplandecientes, ¡tal es la longitud de su tiro!"

«Así hablaron, pero no doblegaron mi gran ánimo y me dirigí de nuevo a él airado:

«"Cíclope, si alguno de los mortales hombres te pregunta por la vergonzosa ceguera de tu ojo, dile que te ha dejado ciego Odiseo, el destructor de ciudades, el hijo de Laertes que tiene su casa en Itaca."

«Así hablé, y él dio un alarido y me contestó con su palabra:

«"¡Ay, ay, ya me ha alcanzado el antiguo oráculo! Había aquí un adivino noble y grande, Telemo Eurímida, que sobresalía por sus dotes de adivino y envejeció entre los Cíclopes vaticinando. Éste me dijo que todo esto se cumpliría en el futuro, que me vería privado de la vista a manos de Odiseo. Pero siempre esperé que llegara aquí un hombre grande y bello, dotado de un gran vigor;

sin embargo, uno que es pequeño, de poca valía y débil me ha cegado el ojo después de sujetarme con vino. Pero ven acá, Odiseo, para que te ofrezca los dones de hospitalidad y exhorte al ínclito, al que conduce su carro por la tierra, a que te dé escolta, pues soy hijo suyo y él se gloria de ser mi padre. Sólo él, si quiere me sanará, y ningún otro de los dioses felices ni de los mortales hombres."

«Así habló, y yo le contesté diciendo:

«"¡Ojalá pudiera privarte también de la vida y de la existencia y enviarte a la mansión de Hades! Así no te curaría el ojo ni el que sacude la tierra."

«Así dije, y luego hizo él un súplica a Poseidón soberano, tendiendo su mano hacia el cielo estrellado:

«"Escúchame tú, Poseidón, el que abrazas la tierra, el de cabellera azuloscura. Si de verdad soy hijo tuyo -y tu te precias de ser mi padre-, concédeme que Odiseo, el destructor de ciudades, no llegue a casa, el hijo de Laertes que tiene su morada en Itaca. Pero si su destino es que vea a los suyos y llegue a su bien edificada morada y a su tierra patria, que regrese de mala manera: sin sus compañeros, en nave ajena, y que encuentre calamidades en casa."

«Así dijo suplicando, y le escuchó el de azuloscura cabellera. A continuación levantó de nuevo una piedra mucho mayor y la lanzó dando vueltas. Hizo un esfuerzo inmenso y dio detrás de la nave de azuloscura proa, tan cerca que faltó poco para que alcanzara lo alto del timón. Y el mar se levantó por la caída de la piedra, y el oleaje arrastró en su reflujo la nave hacia el litoral y la impulsó hacia tierra.

«Conque por fin llegamos a la isla donde las demás naves de buenos bancos nos aguardan reunidas. Nuestros compañeros estaban sentados llorando alrededor, anhelando continuamente nuestro regreso. Al llegar allí, arrastramos la nave sobre la arena y desembarcamos sobre la ribera del mar. Sacamos de la cóncava nave los ganados del Cíclope y los repartimos de modo que nadie se fuera sin su parte correspondiente.

«Mis compañeros, de hermosas grebas, me dieron a mí solo, al repartir el ganado, un carnero de más, y lo sacrifiqué sobre la playa en honor de Zeus, el que reúne las nubes, el hijo de Crono,

el que es soberano de todos, y quemé los mulos. Pero no hizo caso de mi sacrificio, sino que meditaba el modo de que se perdieran todas mis naves de buenos bancos y mis fieles compañeros.

«Estuvimos sentados todo el día comiendo carne sin parar y bebiendo dulce vino, hasta el sumergirse de Helios. Y cuando Helios se sumergió y cayó la oscuridad, nos echamos a dormir sobre la ribera del mar.

«Cuando se mostró Eos, la que nace de la mañana, la de dedos de rosa, di orden a mis compañeros de que embarcaran y soltaran amarras, y ellos embarcaron, se sentaron sobre los bancos y, sentados, batían el canoso mar con los remos.

«Así que proseguimos navegando desde allí, nuestro corazón acongojado, huyendo con gusto de la muerte, aunque habíamos perdido a nuestros compañeros."

NOTAS

138. Esta frase está mejor en boca del aedo Homero que de Odiseo mismo. En XII.70 hay una expresión similar referida a la nave Argo, y es evidente que significa que es objeto de canto *para los aedos.*

139. Los cicones son el único pueblo que aparece en las Aventuras de Odiseo cuya realidad geográfica e histórica es incontestable. Y es significativo que sea *el primero:* desde aquí se pasa a la pura ficción. En *Ilíada*, II.846, aparecen como aliados de los troyanos, y aunque el Catálogo los sitúa entre los tracios del Helesponto y los peonios, no tienen una localización precisa. Sin embargo, Heródoto (7.59 y 108) dice que antiguamente les pertenecía la región de Tracia entre Abdera y el Hebro con las localidades de Sale, Zona y el cabo Serreo. Su capital era Ismaro y era región vinícola (cfr. más adelante, vv. 196-200).

140. A la caída del sol.

141. Los lotófagos son un pueblo mítico, de localización irrelevante -aunque lógicamente deben estar al sur si Odiseo llega allí vagando desde Citera. Los historiadores posteriores los identificaron con un pueblo del norte de Africa, en las Sirtes o en la misma isla de Djerba (cfr. Heródoto, 4.177, y Polibio, 1.39). Sobre el loto, los autores antiguos no se ponen de acuerdo: Heródoto dice *(loc.*

cit.) que por su tamaño se parece al lentisco y por su dulzor al dátil y que con él hacen vino. Polibio hace una descripción muy detallada en 12.2 que, según F.W. Walbank, *A historical Commentary on Polibius,* Oxford, 1957 y 1967 *(ad. loc.),* corresponde al *zizyphus lotus,* de la familia de las ramnacias, cuyo nombre vulgar en español es azufaifo.

142. Los Cíclopes, que en Hesíodo (cfr. *Teogonía,* 139 y ss., 501 y ss.) pertenecen a la categoría de los Titanes y descienden directamente de Urano y Gea, están aquí plenamente humanizados. Solamente Polifemo tiene ascendencia divina y su ceguera por Odiseo es la causa última de las aventuras y desventuras del héroe (cfr. I.68 y ss.). Los demás constituyen el prototipo de una tribu bárbara carente de leyes, de religión y de civilización. Homero combina en este pasaje el tema folklórico universal del Gigante malvado y el de Nadie, cfr. D. L. Page, ob. cit., cap. I.

143. No es la tierra de los Cíclopes, sino una isla cercana donde Odiseo amarra su escuadra y desde donde, con una sola nave, se dirige a la tierra de los Cíclopes. Cfr. los vv. 543 y ss.

144. La misma pregunta de III.71-4, en boca de Néstor. En todo caso, la piratería era una actividad normal en época arcaica.

145. Esta frase contradice abiertamente al v. 107, donde dice que son "obedientes a los inmortales". Pero allí se estaba describiendo su tierra como un lugar paradisíaco y aquí a ellos mismos como una tribu salvaje.

146. La locura. Es el único pasaje donde se la llama así. Sobre los dioses que la envían y su tipología como fenómeno religioso, cfr. José Luis Calvo Martínez, "Sobre la manía y el entusiasmo", *Emérita,* 1973, 157-82.

DIALOGOS MARINOS
LUCIANO

Polifemo cegado por Ulises

El Cíclope y Neptuno[1]

Cíclope. -¡Oh padre, cuán maltratado he sido por ese maldito extranjero, que me emborrachó y me dejó ciego, acometiéndome cuando estaba dormido!
Neptuno. -¿Quién se ha atrevido a hacer eso, Polifemo?
Cíclope. -Uno que en principio se llamaba *Nadie*, y que luego que huyó y se vió fuera de mi alcance dijo que su nombre era Ulises.
Neptuno. -Ya sé quién dices: el de Itaca, que regresaba de Troya. Pero, ¿cómo hizo eso, no siendo él muy animoso?
Cíclope. -Sorprendí, al volver del prado, en mi caverna a varios desconocidos que acechaban sin duda mis rebaños. Luego que cerré la entrada con una piedra enorme, que le sirve de puerta, e hice lumbre prendiendo fuego a un árbol que traía del monte, observé que trataban de ocultarse. Cogí unos cuantos, y, como es natural, me los comí, puesto que eran unos ladrones. Entonces el astuto *Nadie* o Ulises, o como sea, escanció y me dió a beber un veneno, dulce en verdad y de exquisito aroma, pero traicionero y perturbador en extremo; pues al punto que lo bebí, todo me parecía que daba vueltas alrededor mío; la cueva misma se volvía de arriba abajo; yo no estaba absolutamente en mí. Por último, me quedé dormido. Y él, aguzando un palo y poniéndolo después al fuego, me saltó el ojo mientras dormía. Desde entonces, oh Neptuno, me tienes ciego.
Neptuno. -¿Tan profundamente dormías, hijo, que no saltaste cuando te cegaba? Y Ulises, ¿comó se escapó? No sé, en efecto, que pudiese separar la piedra de la puerta.
Cíclope. -El caso es que yo mismo la quité para cogerle mejor cuando saliese; me senté en la puerta y andaba a caza con las manos extendidas, dejando pasar solamente las ovejas al pasto, y recomendando al carnero lo que debía de hacer en lugar mío.
Neptuno. -Ya comprendo: oculto debajo de ellas, se escapó sin que tú lo notaras.[2] Pero debías haber llamado a los demás cíclopes para que fuesen contra él.
Cíclope. -Ya los llamé, padre, y vinieron; mas cuando preguntaron quién era el ladrón, y yo les dije que *Nadie*, pensando que estaba loco, se fueron y me

dejaron. Así me confundió el miserable con su nombre. Y lo que más me contristó fué que, insultando mi desgracia, me dijo: "Ni tu padre Neptuno te podrá curar".

Neptuno. -Tranquilízate, hijo; yo te vengaré para que entienda que si no me es dado curar la pérdida de la vista, la suerte en cambio de los navegantes, el salvarlos o el perderlos, está en mi mano. Y él aún anda por el mar.

NOTAS

1. Véase: Homero, *Odisea*, IX.
2. Según Homero, *Odisea*, IX, los compañeros salieron atados a las ovejas, y él oculto debajo del carnero.

El círculo de Popilio
Theodor Mommsen

En "L'Etourdit" *(*Scilicet *Nº 4, pág. 29), Lacan diferencia la topología asférica -la que sirve en el discurso psicoanalítico- de la geometría precedente. Una pregunta, formulada previamente, lo lleva en esa dirección.*
"La topología, ¿no es acaso ese no es-pacio al que nos conduce el discurso matemático, y que vuelve necesario que se haga una revisión de la estética de Kant?..."
"En nuestra a sferas, el corte, corte cerrado es el dicho. El (corte) hace sujeto" (en fr.: fait sujet*) "a aquéllo que él circunscribe..."*
"Especialmente, como lo representa la intimación de Popilio a responder por sí o por no, especialmente, digo, si aquello que esta (figura) rodea es el concepto con el que se define al ser mismo: con un círculo a su alrededor; eso es lo que se recorta en una topología esférica, la que sostiene el universal, el que concierne al todo: topología del universo."

Unos años después vuelve a recordarnos la intervención del embajador Cayo Popilio en Alejandría (a. 586). En el Seminario "Le Sinthome"*, en la clase del 9 de marzo de 1976 dice: "Es difícil no concebir a una esfera como tal, ligada a la idea del todo. Es un hecho el que muy a menudo se represente una esfera con un círculo. Esto liga la idea del todo que reposa en la esfera al círculo. Pero es un error, puesto que la idea del todo implica el cierre. Si se puede dar vuelta a ese todo, el interior deviene el exterior; y es esto lo que se produce a partir del momento en que hemos sostenido la cadena borromea por medio de círculos. La cadena borromea puede darse vuelta por el hecho de que el círculo no es en absoluto lo que se cree: aquello que simboliza la idea del todo, puesto que en un círculo hay un agujero. Es en la medida en que los*

seres son inertes, es decir, soportados por un cuerpo, que se puede como hizo Popilio, decir a alguien: 'tú no saldrás de allá, de ese redondel que tracé a tu alrededor, sin haberme prometido antes tal cosa.'"

Reproducimos a continuación la versión de esta anécdota que nos ofrece Theodor Mommsen.

Mommsen, Theodor. Historia de Roma, *Libro III, Cap. X, pág. 1011-1012. Madrid, Edit. Aguilar, 1960.*

INTERVENCION ROMANA EN LAS GUERRAS ENTRE SIRIA Y EGIPTO.

Aún menos miramientos guardó Roma con Siria y Egipto. La guerra había comenzado de nuevo entre ambos reinos con motivo de la posesión de Palestina y Celesiria. Sostenían los egipcios que, al casarse su príncipe con la siria Cleopatra, había ésta aportado al matrimonio dichas provincias: la corte de Babilonia, que estaba en posesión de ellas, sostenía que nada de esto había sucedido. Como hemos visto anteriormente (Cap.IX), la cuestión consistía, indudablemente, en que se había asignado su dote a la reina sobre los impuestos de Celesiria, teniendo, por tanto, razón los asiáticos. Habiendo muerto Cleopatra en el año 581, cesó inmediatamente el pago de la renta, y comenzó la guerra. Parece Egipto el primero que rompió las hostilidades; pero fue Antíoco Epífanes quien aprovechó por su parte esta ocasión por él deseada. Siguiendo la tradicional política de los seléucidas, intentó, una vez más, conquistar el reino africano, mientras los romanos estaban ocupados en los asuntos de Macedonia. Esta tentativa debía ser la última. La fortuna pareció sonreírle en un principio: el rey de Egipto, Tolomeo IV Filometor, hijo de Cleopatra, era todavía casi un niño y estaba mal aconsejado. Una gran victoria conseguida en la frontera de Africa en el mismo año en que desembarcaban en Grecia las legiones abrió al rey sirio el reino de su sobrino, cayendo éste, poco después, en su poder. Una vez vencedor, y obrando en nombre de Filometor, parece que debía apoderarse de todo Egipto; pero Alejandría cerró sus puertas, depuso a su rey y eligió, en su lugar, a su hermano menor, Evergetes II, llamado el *Grueso* o *Fiscón*. En este momento, fué Antíoco llamado a Siria, donde habían ocurrido graves trastornos: cuando volvió, se habían arreglado los dos hermanos, y fuéle necesario volver a comenzar la guerra. Por los días de la batalla de Pidna (año 586), y cuando tenía sitiada a Alejandría, vió llegar a su campamento al romano Cayo Popilio, embajador rudo y severo, si los hubo, que le notificó secamente las órdenes del Senado. Era necesario que devolviese sus conquistas y evacuase inmediatamente Egipto. En vano pide un plazo para reflexionar: el cónsul trazó con su báculo un círculo en la arena, y le exigió que respondiese antes de salir de él. Prometió obedecer, y se volvió, en efecto, a Siria, para celebrar allí al "dios, al dios que lleva consigo la victoria", celebrando sus gloriosas hazañas en Egipto, a la manera que los generales romanos, y parodiando el triunfo de Paulo Emilio. Durante este tiempo había entrado Egipto voluntariamente bajo la clientela romana. Asimismo, y desde este día,

renunciando los reyes de Babilonia a la resurrección de su independencia, se abstuvieron de hacer nada contra Roma. Como Perseo en Macedonia, habían intentado los seléucidas, en el asunto de Celesiria, recobrar su antiguo poder. ¡Síntoma notable de la diversa energía de ambos estados: para contrarrestar el esfuerzo de Macedonia, se habían necesitado las legiones; con los sirios, habían sido suficientes las palabras duras de un diplomático!

Historia de medio pollo
Cuento popular

"Mi primer libro de lecturas empezaba con una historia titulada Historia de medio pollo. *Era verdad, hablaba de eso. Si la condición es ponerle sal en la cola, no es un pájaro más fácil de atrapar que otros.*

Lo que yo enseño, desde que articulo algo del psicoanálisis podría muy bien llamarse Historia de medio sujeto."

Estos párrafos han sido extraídos del capítulo "Verdad, hermana de goce" de El Seminario, Libro 17, El Reverso del Psicoanálisis.

Lacan se pregunta allí: "¿Dónde está la verdadera relación de esta historia de medio pollo con la historia de medio sujeto?..."

"Lo que es seguro", dice, refiriéndose a su libro de lecturas, "es que había también una imagen. La imagen del medio pollo estaba de perfil, por el lado bueno. El otro no se veía, el corte, donde probablemente estaba la verdad, ya que en la página de la derecha se veía la mitad sin corazón, pero sin duda no sin entrañas, *en los dos sentidos de la palabra.[1] ¿Qué significa esto? Que la verdad está escondida, pero no puede estar sino ausente."*

Más adelante, en el apartado 4, refiriéndose a la proposición que constituye el fantasma Pegan a un niño *dice: "...si esta proposición tiene efecto al sostenerse en un sujeto, sin duda, es un sujeto tal como Freud inmediatamente lo analiza, dividido por el goce...."*

"El Tú me pegas, *es esa mitad del sujeto, es la fórmula que constituye su vínculo con el goce. Sin duda, recibe su mensaje en forma invertida -aquí eso significa su propio goce bajo la forma del goce del Otro."*

En otras oportunidades, Lacan vuelve a referirse a esta historia del medio pollo. En el Seminario 18, "De un discurso que no sería del semblante", en la clase N° 7

dice: "Liturature: c'est du litteral. *Reproducir esta tachadura es reproducir esta mitad cuyo sujeto subsiste. Los que están aquí desde hace un tiempo deben acordarse de que un día hice un relato con las aventuras de la mitad de un pollo. Producir la tachadura sola, definitiva, eso es la hazaña de la caligrafía."*

*Y en "El Atolondradicho" (*Escansión N° 1*) leemos "...y la mitad de pollo que abría mi primer libro de lectura, me desbrozó también el camino hacia la división del sujeto."*

Referencias... *ha recogido varias versiones de este cuento cuyas diferencias creemos que justifican la publicación de cuatro de ellas. Hemos seleccionado dos versiones que pertenecen a la tradición popular americana, "El medio pollo" y "Mediopollo" y dos traducciones de versiones francesas. Una de estas últimas, "El medio pollito" (*Le demi-poussin*) comienza aclarando que se trata de un cuento de origen español, la otra, "La mitad de Pollo" (*La Moitié du Poulet*) extraída de* Comptes du petit chateaux, *fue publicada en* la revista Quarto, *N° 54.*

"El medio pollo" (Argentina). Los cuentos de mama vieja. *De la tradición popular en América seleccionados para los niños por Rafael Jijena Sánchez. Buenos Aires, Editorial Versol, 1946.*

Capizzano de Caralbo. "Mediopollo" (Cuento popular). Enciclopedia práctica pre-escolar, El niño y los medios de expresión. *Buenos Aires, Editorial Latina, 1971.*

"Le demi-poussin" (Conte espagnol), Les plus beaux contes d'animaux. *Austria, Flammarion, 1963. Traducción: María del Pilar Altinier.*

Macé, Jean. "La Moitié du Poulet", Quarto *N° 54. Revue de la Cause Freudienne, A.C.F., Belgique. Bruxelles, 1994. Traducción: Nora González.*

1. *Foie*, "hígado" es homofónico de *foi*, "fe". Lacan juega con la expresión *Sans coeur et sans foi*, "Sin corazón y sin fe".

EL MEDIO POLLO
ARGENTINA

Era una vieja que vivía en un rancho solita, sin más compañía que los animales que criaba, a los que profesaba un cariño maternal. Entre éstos había criado un hurón que era muy mansito, dormía con la vieja, comía los ratones y era muy entendido. Todas las noches la vieja lo mandaba a que robara huevos en los gallineros vecinos, porque ella no criaba estos animales porque traían desgracias. El hurón se deslizaba por entre las plantas, bombiaba para las casas y bebía los huevos hasta quedarse repleto, y el último era para la mama veja, quien todas las mañanas encontraba uno en su cama.
Así fueron llegando uno a uno los huevos, hasta trece, cuando se le ocurrió llevárselos a una comadre para que los haga empollar "al partir". La comadre gustosa los puso bajo una clueca y todas las mañanas, en ayunas, antes de hacer ningún trabajo iba al nido, hacíale tres cruces a la gallina y decía: "Padre mío San Salvador, que salgan todos hembras y un solo cantador."
Al fin nacieron los pollos, todas pollas y un solo gallo, los que crecieron bajo el solícito cuidado de la comadre. Llegó la época de repartirse, quedando cada comadre con seis pollas y no sabían qué hacer del gallo. Una opinaba que debían venderlo, la otra que lo mataran y se lo comieran y, como no llegaron a un acuerdo, resolvieron partirlo medio a medio, quedando cada una con medio pollo. La vieja comió su media parte, y la comadre lo curó y sanó el medio pollito que todo el día andaba tras la vieja, pío, pío. Se hizo grande, creció bastante y sintiéndose fuerte, un día le dijo a su bienhechora que le diera su bendición, que quería ir a rodar tierra. -Pero hijito, si sos tan chiquito, donde te vea el zorro te va a comer. -No mamita, que nada me pasará, algún día *lei* pagar los favores que me ha hecho. Llorando la vieja le echó la bendición y con "Un Dios te ayude" salió medio pollo, por un caminito muy largo y angosto, donde después de mucho andar encontró a una *iguana* quien, al verle, le dijo: -¡Hola! medio pollito, qué hambre tengo, ahora sí que te voy a comer. -Déjate de embromar, *vení* vamos a rodar tierras, entrate en mi piquito y atrancate con un palito. Así lo hizo y siguieron viaje juntos, Más allá encontró un zorro que le dijo: -¡Hola! medio pollito, estaba afilando estos dientecitos para comer una media rabadillita gorda, como las canillas de mozas. -Déjate de embromar, vamos a rodar tierras, entrate por mi piquito y trancate con un palito. Así lo hizo el zorro y siguieron viaje los tres, los cuales después de mucho andar encontraron a un león flaco, piojoso de viejo,

rengo y rabón, que al ver a medio pollito se le hacía agua la boca y se relamía de gusto creyendo que iba a dar término a su prolongado ayuno. -Acércate medio pollito que tengo que decirte un secreto en el oído. -Dejate de embromar tata león, ya conozco tus mañas; *vení* vamos a rodar tierras, que tal vez por ahí encontraremos mejor suerte. Con hambre y todo se entró el león por el piquito y se trancó con un palito. Y el medio pollito siguió caminando por un camino largo y angosto, hasta que llegaron a un pueblo donde había un palacio en el que vivía un rey, que al ver este miserable pollo, le dio lástima y ordenó a una esclava que lo eche en el granero porque debía tener hambre. Allí pasó toda la noche y al día siguiente, cuando una sirvienta fue a verlo, se quedó asombrada al ver que no había ni un solo grano de maíz, pues todo, enteramente todo, se lo había comido medio pollo. Furioso el rey, mandó a apalear al hambriento, el que cacareando se escapó de la zurra de los esclavos y siguió andando por un camino largo y angosto, hasta que encontró un río crecido; no sabiendo como hacer para pasarlo abrió el piquito y se tragó el agua del río; y cuando estuvo seco pasó y siguió andando. Más allá encontró una joven que se paseaba por el campo, quien al ver a medio pollo se condolió, lo pilló y lo llevó a su casa alojándolo en el gallinero. Era ésta gente rica, tenía haciendas y una linda casa. Por la noche, cuando todos dormían, salió de dentro del medio pollo retirando la tranquita, la *iguana,* la que empezó a revolver los nidos; salió el zorro que empezó a matar a las gallinas y el león que acogotaba a las vacas y terneros. Los dueños no sabían a donde atinar primero, si al corral o al gallinero, y en este último, arrinconadito, encontraron a medio pollo, al que empezaron a darle zurras porque había traído la desgracia a la casa. Al otro día la señora dispuso quemarlo vivo y con tal objeto ordenó a las sirvientas que carguen el horno con bastante leña, teniendo cuidado de colocar, en el fondo, a medio pollo. Prendieron fuego y cuando ya medio pollito comenzó a sentir calor, arrojó al río, que apagó la hoguera, inundó la casa, se llevó a la dueña, a la hija y a los sirvientes, quedando él dueño y señor de todo, y de tan pobre que era se encontró dueño de una linda casa. Hicieron un banquete celebrando el acontecimiento, en donde no faltaron los huevos traídos por la iguana, los pollos y las gallinas traídos por el zorro y los terneros, acarreados por el león. A mí también me invitaron, comí bastante, bailé y eché unas cuantas relaciones y de olvido no traje nada para ustedes.

Y entra por un zapatito roto
para que ustedes me sigan contando otro.

MEDIOPOLLO
CUENTO POPULAR

Esta era una viejecita que vivía sola en el campo. Tenía como único haber una gallinita que ponía todos los días un huevo. Cuando juntó trece huevos, se los llevó a una comadre vecina para que los hiciera empollar, y convinieron en que repartirían por igual los pollos que nacieran.
La comadre tenía una clueca y le echó los huevos diciendo:
—Padre mío San Salvador, que salgan todas pollitas y un solo cantor.
Nacieron doce pollas y un pollito.

Cuando se hizo el reparto, se separaron seis pollas para cada viejecita, y no sabiendo qué hacer con el pollo, determinaron partirlo por la mitad. La dueña de la clueca comió la mitad que le correspondía, pero la viejecita de los huevos curó la suya, consiguió que siguiera viviendo, y tuvo un medio pollo. Y lo llamó así, ¡Mediopollo!

Mediopollo creció fuerte y sano. Era muy cariñoso y andaba siempre detrás de la viejecita llamándola con su pío, pío. Mediopollo vivía afligido por la pobreza de su mamita y para trabajar y ayudarla, le pidió permiso para salir a rodar la tierra prometiéndole volver cuando hubiera ganado algún dinero.
La viejecita apenada le decía:
—Pero hijito, eres tan chiquito, ¿dónde irás? Te van a comer los animales dañinos.
—No, mamita, no me pasará nada, yo sé defenderme -le contestaba siempre el Mediopollo, tratando de convencerla.
La viejecita llorosa le echó la bendición y lo despidió rogando a Dios que lo ayudara.

Mediopollo se marchó saltando en su única patita.
Había andado un buen rato cuando se le apareció una iguana y le dijo:
—¡Hola, Mediopollo! ¡Te voy a comer!
—¡No me comas! -le contestó el Mediopollo- voy a rodar tierra y a ganarme la vida para ayudar a mi mamita.
—Entonces, ¡llévame! -le propuso la iguana.
—¿Cómo puedo llevarte yo tan chiquito? -le contestó.
—¡Pues te como, si no me llevas! -le replicó la iguana.

Mediopollo aceptó y le dijo:
—Éntrate por mi piquito y tráncate con un palito.
Así lo hizo la iguana y Mediopollo marchó con ella dentro de su buchecito.

Más adelante lo paró un zorro, y secamente le dijo:
—¡Hola, Mediopollo! ¡Estaba afilando mis dientes para comerte!
—¡Cómo me vas a comer, zorro, si voy a rodar tierra y ganar algunas monedas para mi mamita!
—¡Llévame entonces!
—¿Cómo te llevaré, siendo yo tan chiquito?
—¡Si no me llevas, te como!
Entonces le dijo:
—Éntrate por mi piquito y tráncate con un palito.
De este modo también llevó adentro al zorro.

En una vuelta del camino se encontró con un león flaco que andaba con mucha hambre y que, deteniéndolo, le dijo:
—Acércate, Mediopollo, que tengo que decirte un secreto.
—No me acerco -le contestó el Mediopollo- tu me quieres comer. Déjame que voy a rodar tierra y a ganar dinero para mi mamita, que es muy pobre.
—¿Puedes llevarme contigo?
—¿Cómo podré llevarte si soy tan chiquito?
—¡Llévame, si no te como! -dijo ásperamente el león.
—Éntrate por mi piquito y tráncate con un palito.
Cargó también con el león, y siguió.

Después de un rato de viaje, se le apareció inesperadamente el tigre y le preguntó:
—¿Adónde vas, Mediopollo?
—Voy a rodar tierra y ganar dinero para ayudar a mi mamita.
—Llévame contigo, quiero conocer lugares lejanos.
—¿Cómo podré llevarte si soy tan chiquito?
—Te comeré si no me llevas.
—Éntrate por mi piquito y tráncate con un palito.

Marchaba Mediopollo con todos sus acompañantes en el buche, cuando un río crecido le atajó el camino, y hablaron así:
-¿Adónde vas Mediopollo?

—Voy a rodar tierra y a ganar unos pesitos para mi mamita.
—¡Llévame, quiero acompañarte!
—¿Cómo podré llevarte, río, con tanta agua como tienes, siendo yo tan chiquito?
—¡Si no me llevas te ahogo!
—Éntrate por mi piquito y tráncate con un palito -dijo, ya muy cansado, Mediopollo.
El río se dejó beber por Mediopollo.

Después de algunos días de marcha, Mediopollo llegó a pedir trabajo al Rey que era muy malo, y que lo hizo alojar en el granero para que muriera aplastado entre las parvas de granos.
Cuando Mediopollo comenzó a hundirse en el granero con peligro de ahogarse, comenzó a comer los granos a su alrededor y así hizo un hueco donde pasaron la noche cómodamente él y sus compañeros.

A día siguiente vio el Rey que Mediopollo estaba vivo y que se había comido casi todo el trigo. Muy enojado, mandó que lo echaran al gallinero para que lo mataran las gallinas y los gallos. Estos, al ver la rara figura de Mediopollo, comenzaron a darle tremendos picotazos, pero él hizo salir a la iguana y al zorro. La iguana comió los huevos y el zorro se dio un banquete de gallinas gordas.

Al día siguiente tuvo el Rey el mayor disgusto al encontrar el gallinero vacío y ordenó que echaran a Mediopollo al corral de las vacas.
Hubiera muerto Mediopollo bajo las pezuñas de las vacas si no hubiera hecho salir al momento alleón que las mató y las comió todas.
Mas enfadado aún, el Rey mandó echar a Mediopollo al corral de los potros, pero asustado por los cascos movedizos de los yeguarizos, Mediopollo largó el tigre, que no dejó ninguno vivo.
El Rey, enfurecido, quiso castigar a Mediopollo con la mayor crueldad y ordenó que calentaran un horno enorme que tenía en el palacio para quemarlo.

Obedecieron los criados y echaron a Mediopollo al fondo del horno en llamas, pero en ese momento él largó el río que llevaba en el buche. El río no sólo apagó el fuego y enfrió el horno, sino que comenzó a inundar el palacio. El rey, su familia y sus servidores huyeron, temerosos de morir ahogados, y dejaron así a Mediopollo dueño del palacio y grandes riquezas.

Se celebró el acontecimiento con un gran banquete, después del cual los buenos amigos de Mediopollo se retiraron a vivir al campo.
Mediopollo, rico, mandó buscar inmediatamente a su mamita, y en aquel lujoso palacio vivieron muchos años felices y haciendo el bien a los habitantes del reino, que los bendecían a todas horas.

Y fue por un caminito
y encontró un zapato roto,
para que usted me cuente otro.

Cuento tradicional con mezcla de elementos europeos y nativos; presencia de animismo, fórmulas de repetición y final feliz. Indicado para niños de cuatro y cinco años. En Argentina se lo narra también con el nombre de "Gallito pelado".

EL MEDIO POLLITO

La historia de esta tonta pollita proviene de España pero nosotros conocemos bien a este animal. Muchas veces lo hemos visto.

LA GALLINA BLANCA estaba muy orgullosa de sus pollitos. Las doce lindas bolitas de pluma habían salido una tras otra de la cáscara del huevo perforándola con sus picos. Y aquí están, corriendo con sus patitas rosadas por el corral. Pero, otro pequeño pollito ya golpeaba su cáscara para salir.

-Este último será el más lindo de todos, decía la gallina blanca con orgullo.

Pero cuando el pollito se fue abriendo paso para salir, descubrimos que estaba muy lejos de ser lindo. Tenía sólo una pata, un ala y un ojo.

Qué raro, pensaba la gallina blanca. Nunca hubo medio pollito en mi familia. Es algo extraordinario, no hay en toda la tierra otro que se le parezca.

La orgullosa madre le dió el pretencioso nombre de *Medio Pollito.*[1]

Poco a poco la gallina blanca iba prefiriendo *Medio Pollito* a todos sus otros pollitos. Le daba de comer los gusanos más largos, los granos de maíz más gruesos. Cuando él luchaba por atrapar un insecto o una mosca, ella echaba a todos los demás mientras él comía el bicho. Y ella no cesaba de hacer admirar cuan lindo era, brincando sobre su única pata.

Medio Pollito, pronto se convenció de que en efecto era una criatura extraordinaria, como decía su madre. El pollito se vanagloriaba sobre su pata e hinchaba el pecho. Era grosero con sus hermanos y hermanas y también con el perro, que después de todo era el rey del corral. Tanto hizo *Medio Pollito* que su madre tuvo que retarlo.

—Realmente, *Medio Pollito*, le decía ella, por más que todos sepan que eres el más extraordinario de mis hijos, haces mal en llamar la atención de esa manera.

—Qué me importa que no esté bien, respondía *Medio Pollito*. Si soy extraordinario, y bien, soy extraordinario. Cuanto antes lo sepa el mundo, mejor será.

El pollito se quejaba de lo exiguo que era el corral y de la falta de buena compañía.

—Por suerte hay un mundo más grande del otro lado de la barrera. ¿Por qué un pollito tan extraordinario como yo tendría que pasar la vida en el ambiente de una granja?

La gallina blanca cacareaba agitada:
—No irás muy lejos regodeándote. Quédate conmigo y te buscaré los gusanos más grandes y me lo pasaré admirándote.
—Eso no me alcanza, contestó *Medio Pollito*, hoy mismo me voy a ir para ver el mundo.
Y el pollito, abriendo su alita, voló por arriba de la cerca.

Medio Pollito dio saltitos todo el día sobre su única pata sin ver otra cosa que lo que ya había visto hasta entonces. Después llegó al lugar donde los saltimbanquis habían puesto su tienda. En las cenizas de un fuego una sola chispita hacía todavía esfuerzos por arder.
—¡*Medio Pollito*! gritó la chispita, ¡enciéndeme! ¡enciéndeme!, antes de que me apague por completo.
—Puedes apagarte, a mí qué me importa, contestó el malvado, yo voy a seguir mi camino para ir a ver el mundo. No tengo tiempo de detenerme.

Y el pollito continuó sobre su única pata. Avanzaba saltando, saltando, sin ver otra cosa que lo que había visto. Finalmente llegó cerca de un arroyo tapado por ramas y hojas.
—¡Ayuda! ¡ayuda! gritaba el arroyo. ¡Levanta, te ruego, todas esas ramas para que pueda retomar mi curso y juntarme con mi padre, el océano!
—Levántalas tú mismo, contestó *Medio Pollito*, no tengo tiempo de detenerme, voy a ver el mundo.

Más tarde el pollito llegó a un bosque. Ya era una noche oscura y fría y el viento aullaba en los árboles.
—*Medio Pollito*, gritaba el viento, te lo ruego, ayúdame, quítame estas ramas antes de mi muerte.
—Quítatelas tú solo, replicó el medio pollito, yo no tengo tiempo. Estoy yendo a ver el mundo.
Y el pollito cruzó rápido el bosque oscuro, dejando morir al viento.
—¡Qué exigencia! pensaba *Medio Pollito*. Si me detuviera todo el tiempo para ayudar a todos lo que necesitan ayuda ¿dónde llegaría?

El bosque se oscureció más, la noche se hizo más fría y el pollito no había visto todavía nada nuevo.
—El mundo es tan grande, se dijo a modo de consuelo, que pienso que hay que ir muy lejos para conocerlo.

El medio pollito estaba muy cansado. Al llegar cerca de un matorral, se deslizó debajo y no tardó en dormirse.

Al día siguiente, se puso en marcha ni bien se despertó y consiguió salir del bosque. A lo lejos percibió un pueblo situado sobre una colina; al sol brillaba una torre muy alta. *Medio Pollito* sabía que no podía ser otra que la torre del Castillo del Rey.
En su alegría, levantó el ala y exclamó:
—¡Eso es lo que necesito! Un pollito tan distinguido como yo tiene que ir a vivir al castillo del rey.
Y siguió su camino hasta el pueblo donde estaba el castillo.

El rey estaba justamente de muy mal humor. Quería pollos para el almuerzo. Pero no se encontraba ni uno. Vociferaba y pateaba riñendo al cocinero. En cuanto al cocinero, tenía tanto miedo que salió del castillo y recorrió las calles por todos lados tratando de atrapar un pollo. Justo en ese momento, *Medio Pollito* llegaba al pueblo y miraba el castillo del rey. El cocinero empuñó el pollito, volvió corriendo y lo metió en la cacerola.
En la olla había agua y abajo ardía el fuego. Cuando ambos vieron que tiraban a *Medio Pollito* en la cacerola, el agua se puso a hervir y el fuego a crepitar. *Medio Pollito* tenía un miedo terrrible.
—¡Socorro! ¡socorro! imploraba el pollito: Agua, no me ahogues, fuego no me quemes. Si lo hicieran moriría.
—Vaya, dijo el fuego burlón, cuando me estaba muriendo tú no quisiste atizarme. Ahora voy a hacerte cocinar hasta que estés seco como una costra.
—Y yo, dijo el agua, ¡voy a ahogarte lo más rápido posible! Cuando yo estaba aprisionada por ramas y hojas no quisiste ayudarme. ¿Por qué entonces, te ayudaría ahora?
El fuego ardió y el agua hizo cocinar a *Medio Pollito* hasta que estuvo negro como el carbón.
El cocinero, dando una ojeada a la cacerola, vió lo que había pasado.
—¡No tengo suerte! exclamó, ¡resulta que el pollo se quemó!
Tomó a *Medio Pollito* de una pata y lo tiró por la ventana.
Cuando *Medio Pollito* volaba por el aire, el viento lo agarró y lo hizo dar vueltas por todos lados.
—¡Basta! ¡Basta!, gritaba *Medio Pollito*, ¡la cabeza me da vueltas, ya no puedo respirar!
Pero el viento reía diciendo:

—¡Ah! cuando yo estaba aprisionado por las ramas tú no quisiste liberarme. ¿Crees que voy a dejarte ir, ahora que por fin te tengo?
Y el viento hizo girar cada vez más alto a *Medio Pollito* hasta llevarlo al campanario más alto de la ciudad. Y lo plantó allí.

Si hoy visitas la ciudad de Madrid, puedes ver a *Medio Pollito* parado en la punta del campanario. Gira cuando el viento sopla y es eso todo lo que sabe hacer. Tiene una pata, un ala, un ojo y es negro como el hollín. No se llama más *Medio Pollito*, sino

el Gallo de la veleta.

NOTA

1. En castellano en el original. (N. de R.)

LA MITAD DE POLLO*

JEAN MACÉ

Había una vez una Mitad de Pollo que de tanto trabajar y ahorrar logró juntar cien escudos. El rey, que siempre necesitaba dinero, vino a pedírselos en préstamo tan pronto como se enteró. Y al principio la Mitad de Pollo estaba muy orgullosa de haberle prestado dinero al rey. Pero llegó un mal año y quiso recuperar su dinero.

Por más que escribió cartas y cartas tanto al rey como a sus ministros, nadie le respondía. Finalmente, resolvió ir a buscar por sí misma sus cien escudos, y se puso en marcha hacia el palacio del rey. En el camino se encontró con un zorro.

—¿Adónde vas, Mitad de Pollo?

—Voy al palacio del rey. Me debe cien escudos.

—Llévame contigo.

—No me haré rogar. Entra en mi pescuezo, yo te llevaré.

El zorro entró en su pescuezo, y partió muy contenta por haber servido al zorro.

Un poco más adelante se encontró con un lobo.

—¿Adónde vas, Mitad de Pollo?

—Voy al palacio del rey. Me debe cien escudos.

—Llévame contigo.

—Un placer será. Entra en mi pescuezo, yo te llevaré.

El lobo entró en su pescuezo, y emprendió nuevamente el camino. Era un poco pesado, pero la idea de que el lobo estaba contento de viajar le daba fuerzas.

Cuando se acercaba al palacio, se cruzó con un río.

—¿Adónde vas, Mitad de Pollo?

—Voy al palacio del rey. Me debe cien escudos.

—Llévame contigo.

—Estoy muy cargada. Si cabes en mi pescuezo, te llevaré.

El río se hizo chiquitito y se deslizó en el pescuezo. Al pobre animalito le costaba mucho caminar, pero llegó a la puerta del palacio.

¡Toc, toc, toc!

El guardián se asomó por la ventana.
—¿Adónde vas, Mitad de Pollo?
—Voy al palacio del rey. Me debe cien escudos.
El guardián se apiadó del animalito, que tenía un aspecto completamente inocente.
—Vete, linda, al rey no le gusta que lo molesten; se enoja con quienes se atreven perturbarlo.

—Abra, al menos le hablaré. Tiene mis bienes, me conoce bien.
Cuando se le dijo al rey que Mitad de Pollo pedía hablarle, éste se encontraba disfrutando de un banquete con sus cortesanos. Se echó a reír, porque sospechaba de qué se trataba.
— Ábranle a mi querida amiga —respondió— y métanla en el gallinero.
La puerta se abrió y la querida amiga del rey entró muy tranquilamente, convencida de que iban a devolverle su dinero. Pero en vez de hacerle subir la escalera grande, he aquí que la conducen a un pequeño patio lateral; se corre un cerrojo; la empujan, y ¡zas!, Mitad de Pollo quedó encerrada en el gallinero.

El gallo, que picoteaba unos restos de comida, la miró altivo sin decir nada.

Las gallinas, sin embargo, empezaron a seguirla y a darle picotazos. No hay animal más cruel que las gallinas cuando tropiezan con extranjeros indefensos.

La Mitad de Pollo, que era una personita apacible y comedida, que nunca se peleaba, estaba muy aterrada en medio de tantos enemigos. Corrió a acurrucarse en una esquina y gritó con todas sus fuerzas:
—Zorro, zorro, sal de mi pescuezo o soy un pollito perdido.
El zorro salió de su pescuezo y se comió a todas las gallinas. Al llegar la criada que llevaba comida a las gallinas, no encontró más que plumas. Bañada en lágrimas, salió corriendo a avisar al rey, quien se puso rojo de ira.
—Encierren a esa loca en el redil, dijo.
Y para consolarse hizo que le trajeran más vino.

Una vez en el redil, Mitad de Pollo se vio aún más en peligro que en el gallinero. Las ovejas estaban unas encima de las otras y a cada instante amenazaban con aplastarla bajo sus pies. Por fin había logrado resguardarse

tras una columna, cuando un enorme carnero vino a acostarse allí, y por poco la ahoga con su pelambre.
—Lobo —gritó—, lobo, sal de mi pescuezo o soy un pollito perdido.
El lobo salió de su pescuezo y en un abrir y cerrar de ojos mató a todas las ovejas.

La cólera del rey no conoció límites cuando supo lo que acababa de ocurrir. Volcó copas y botellas, hizo encender un gran fuego y mandó buscar un asador a la cocina.
—¡Ah, maldita! —gritó— la haré asar para enseñarle a no hacer estragos en mi palacio.
Mitad de Pollo, que temblaba de pies a cabeza, fue conducida al fuego. Y ya el rey la sujetaba con una mano y con la otra tenía el asador, cuando ella se apresuró a murmurar:
—Río, río, sal de mi pescuezo o soy un pollito perdido.
El río salió de su pescuezo, apagó el fuego y ahogó al rey con todos sus cortesanos.

La Mitad de Pollo se convirtió en ama del palacio, buscó en vano sus cien escudos: habían sido gastados y no quedaba rastro de ellos. Pero como el trono estaba vacío, decidió ocupar el lugar del rey. El pueblo saludó su advenimiento con grandes gritos de alegría. Era muy feliz por tener una reina que tan bien sabía economizar.

Indice General de la Colección

Referencias en la obra de Lacan *1*

El Axioma de Monsieur Fenouillard *Christophe*. Hécuba *Eurípides*. Lo Bello *Martin Heidegger*. El asno de oro *Apuleyo*. Sistema del papa Pío VI *Marqués de Sade*. A Una Razón *Arthur Rimbaud*

Referencias en la obra de Lacan *2*

San Giorgio Combattente *Carpaccio*. La Cosa *Martin Heidegger*. Mimetismo y Psicastenia Legendaria *Roger Caillois*. Epístola a los Romanos *San Pablo*. Por medio de la ley... *Lutero*. Dafnis y Cloe (I) *Longo*. Booz Endormi *Victor Hugo*.

Referencias en la obra de Lacan *3*

Bacco *Caravaggio*. El sueño de Chuang-Tzu *Chuang-Tzu*. Laocoonte *Gotthold Efraim Lessing*. Un rajá que se aburre *Alphonse Allais*. Pensamientos *Pascal*. Dafnis y Cloe (II) *Longo*. Los pequeños justos *Paul Eluard*.

Referencias en la obra de Lacan *4*

Teatro olimpico *Palladio*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*. La voluntad determinada *Martin Lutero*. Antes del nacimiento del sol *Friedrich Nietzsche*. El asesinato... *Thomas de Quincey*. Pater Noster *Jacques Prévert*.

Referencias en la obra de Lacan *5*

El bibliotecario *Arcimboldo*. La divina comedia *Dante Alighieri*. La Eneida *Virgilio*. El psicoanálisis y la estructura... *Daniel Lagache*. La pesca de la Ballena *Jacques Prévert*. No busco, encuentro *Pablo Picasso*.

Referencias en la obra de Lacan *6*

Estampa japonesa *Harundsu*. El niño y los sortilegios *Colette*. El amor loco *André Breton*. Mito de Pandora *Hesíodo*. Noche oscura *San Juan de la Cruz*.

Referencias en la obra de Lacan *7*

El grito *Edvard Munch*. Temor, culpa y odio *Ernest Jones*. El libro de Mencio *Meng Tsé*. Ubú Rey *Alfred Jarry*. Acerca de las pasiones del amor *Pascal*. Odas *William Wordsworth*.

Referencias en la obra de Lacan *8*

Sobre Tiresias *Apolodoro, Hesíodo*. Diálogos de los muertos *Luciano de Samosata*. Las metamorfosis *Ovidio*. Las tetas de Tiresias *Guillaume Apollinaire*. El sermón del fuego *T.S. Eliot*.

Referencias en la obra de Lacan *9*

El sueño de la razon... *Francisco de Goya*. Apólogo de las palabras heladas *François Rabelais*. Sobre las magnitudes negativas *Immanuel Kant*. Cuadros de viaje *Heinrich Heine*. El mito de Albertina *Marcel Proust*. Tres poemas *Guillaume de Poitiers*.

Referencias en la obra de Lacan *10*

El encantador pudriéndose *Guillaume Apollinaire*.

Referencias en la obra de Lacan *11*

El sacrificio de Isaac *Caravaggio.* La Mirada *Jean-Paul Sartre.* El tonel de las Danaides *Horacio, Ovidio y otros.* Acerca del Obispo John Wilkins *J. L. Borges, M. Pobers.* Apólogo de Menenio Agripa *Tito Livio.* La camisa del hombre contento I*talo Calvino.* Sobre la naturaleza de los dioses *Marco Tulio Cicerón.*

Referencias en la obra de Lacan *12*

El rostro de Harpo Marx. El Oráculo de Delfos *Plutarco, Heráclito.* Teoría General de la Magia *M. Mauss.* Máximas y Sentencias *La Rochefoucauld.*

Referencias en la obra de Lacan *13*

Santa Agata, Santa Lucía *Zurbarán.* La Fábula de las Abejas *Bernard Mandeville.* Gargantúa *François Rabelais.* Signos *Maurice Merleau-Ponty.*

Referencias en la obra de Lacan *14*

La Condición Humana *René Magritte.* Viaje a Montbard *Hérault de Séchelles.* Acerca del Estilo *Conde de Buffon.* Discurso ante la Academia *Conde de Buffon.* La "humanización" del hombre *Louis Bolk.* La belleza será convulsiva *André Breton.* El Extasis *John Donne.*

Referencias en la obra de Lacan *15*

Semíramis construyendo Babilonia *Edgar Degas.* Tragedia *Aristóteles.* Diario de un escritor *Fedor Dostoyevski.* Antígona *Aristóteles.* Los Nueve Libros de la Historia *Herodoto.* Esbozo de una serpiente. *Paul Valéry.*

Referencias en la obra de Lacan *16 El Amor cortés*

Los Cátaros *René Nelli.* Libro de los dos Principios *Juan de Lugio.* Consolamentum Acerca del Gay Saber *Gérard de Sède.* Trovadores Occitanos *Marcabrú y Arnaut Daniel.* Arnaldo Daniello *Dante Alighieri.* Minnesinger

Referencias en la obra de Lacan *17*

El juicio de un loco *Imaginería de Epinal.* Del Arte de conversar *Montaigne.* La verdad de parto *Baltasar Gracián.* Cogito *Descartes.* Rondels *Stéphan Mallarmé.* Noches Aticas *Aulo Gelio.*

Referencias en la obra de Lacan *18*

Erótica India. Epicuro y sus dioses *A. J. Festugière.* La propiedad es el robo *Pierre-Joseph Proudhon.* El Deseo atrapado por la cola *Pablo Picasso.* Leyes de Manú. Rig Veda. Himno de la Creación.

Referencias en la obra de Lacan *19*

Bocca di leone. Anfitrión *Plauto, Molière.* Santo Tomás *Gilbert K. Chesterton.* La vida nueva *Dante Alighieri.* Miedos *Anton Pávlovich Chéjov.* El loco por Elsa *Louis Aragon.*

Referencias en la obra de Lacan *20*

Grotescos *Francisco de Goya.* Ondina *Jean Giraudoux.*

Indice de la colección por autor

Autor	Título	Vol.
Allais, Alphonse	Un rajá que se aburre	3
Alighieri, Dante	La Divina Comedia	5
Apollinaire,Guillaume	Las tetas de Tiresias	8
Apollinaire, Guillaume	El Encantador pudriéndose	10
Apolodoro	El tonel de las Danaides	11
Apolodoro	Sobre Tiresias	8
Apuleyo	El Asno de Oro	1
Arcimboldo	El Bibliotecario	5
Aristóteles	Tragedia	15
Aristóteles	Antígona	15
Arnaut Daniel	Trovadores Occitanos	16
Aulo Gelio	*Noches Aticas*	17
Bolk, Louis	La "humanización"del hombre	14
Borges, Jorge Luis	Acerca del Obispo John Wilkins	11
Breton, André	El Amor Loco	6
Breton, André	La belleza será convulsiva o no será	14
Buffon,Conde de	Acerca del Estilo	14
Buffon, Conde de	Discurso ante la Academia	14
Caillois, Roger	Mimetismo y Psicastenia Legendaria	2
Calvino, Italo	La camisa del hombre contento	11
Caravaggio	Bacco	3
Caravaggio	El sacrificio de Isaac	11
Carpaccio	San Giorgio Combattente	2
Cicerón, Marco Tulio	Sobre la naturaleza de los dioses	11
Colette	El niño y los sortilegios	6
Christophe	El axioma de M. Fenoulliard	1
Chuang-Tzu	El sueño de Chuang-Tzu	3
Dante Alighieri	Arnaldo Daniello	16
Degas, Edgard	Semíramis construyendo Babilonia	15
De Sède, Gérard	Acerca del Gay Saber	16
Descartes, René	Cogito	17
Donne, John	El Extasis	14
Dostoyevski, Fedor	Diario de un escritor	15
Eliot, T. S.	El sermón del fuego	8
Eluard, Paul	Los pequeños justos	3
Eurípides	Hécuba	1

Festugière, A. J.	Epicuro y sus dioses	18
Giraudoux, Jean	Ondina	20
Goethe	Fausto	6
Goya, Francisco de	El sueño de la razón produce monstruos	9
Goya, Francisco de	Grotescos	20
Gracián, Baltasar	La verdad de parto	17
Harundsu	Estampa japonesa	6
Heidegger, Martin	Lo Bello	1
Heidegger, Martin	La Cosa	2
Heine, Heinrich	Cuadros de viaje	9
Heráclito	El Oráculo de Delfos	12
Herodoto	Los nueve libros de la Historia	15
Hérault de Séchelles	Viaje a Montbard	14
Hesíodo	Mito de Pandora	6
Hesíodo	Sobre Tiresias	8
Horacio	El tonel de las Danaides	11
Hugo, Víctor	Booz Endormi	2
Imaginería de Epinal	El juicio de un loco	17
Jarry, Alfred	Ubú Rey	7
Jones, Ernest	Temor, culpa y odio	7
Juan de Lugio	Libro de los dos Principios	16
Kant, Immanuel	Ensayo sobre las magnitudes negativas	9
Lagache, Daniel	El Psicoanálisis y la Estructura de la Personalidad	5
La Rochefoucauld	Máximas y Sentencias	12
Lessing,Gotthold Efraim	Laocoonte	3
Longo	Dafnis y Cloe, I	2
Longo	Dafnis y Cloe, II	3
Luciano de Samosata	El tonel de las Danaides	11
Luciano de Samosata	Diálogos de los muertos	8
Lutero, Martin	Por medio de la ley...	2
Lutero, Martin	La voluntad determinada	4
Magritte, René	La Condición Humana	14
Mandeville, Bernard	La Fábula de las abejas	13
Marcabrú	Trovadores Occitanos	16
Marx, Harpo	El rostro de Harpo Marx	12
Mauss, Marcel	Teoría general de la Magia	12
Meng-Tsé	El libro de Mencio	7
Merleau-Ponty, Maurice	Signos	13
Montaigne	Del arte de conversar	17
Stéphan Mallarmé	Rondels	17

Munch, Edvard	El grito	7
Nelli, René	Los Cátaros	16
Nietzsche, Friedrich	Antes del nacimiento del sol	4
Ovidio	El tonel de las Danaides	11
Ovidio	Las Metamorfosis	8
Palladio, Andrea	Teatro Olímpico	4
Pascal, Blaise	Pensamientos	3
Pascal, Blaise	Discurso acerca de las pasiones del amor	7
Picasso, Pablo	El Deseo atrapado por la cola	18
Picasso, Pablo	No busco, encuentro	4, 5
Plutarco	El oráculo de Delfos	12
Pobers, M.	Acerca del Obispo John Wilkins	11
Poitiers, Guillaume de	Tres poemas	9
Prévert, Jacques	Pater Noster	4
Prévert, Jacques	La Pesca de la Ballena	5
Proudhon, Pierre-Joseph	La propiedad es el robo	18
Proust, Marcel	El mito de Albertina	9
Quincey, Thomas de	El asesinato considerado como una de las bellas artes	4
Rabelais, François	Apólogo de las palabras heladas	9
Rabelais, François	Gargantúa	13
Rimbaud, Arthur	A una razón	1
Sade, Marqués de	Sistema del Papa Pio VI	1
San Juan de la Cruz	Noche oscura	6
San Pablo	Epístola a los Romanos	2
Sartre, Jean-Paul	La Mirada	11
Séchelles, Hérault de	Viaje a Montbard	14
Tito Livio	Apólogo de Menenio Agripa	11
Valéry, Paul	Esbozo de una serpiente	15
Virgilio	La Eneida	5
Wordsworth, William	Odas	7
Zurbarán	Santa Agata, Santa Lucía	13

Buenos Aires, marzo de 1998

Eros y Psyché *Iacopo Zucchi, André Masson*
Carta sobre los ciegos... *Denis Diderot*
Un drama muy parisino *Alphonse Allais*
La gravedad y la gracia *Simone Weil*
Ulises y el cíclope *Homero, Luciano*
El círculo de Popilio *Theodor Mommsen*
Historia de medio pollo

FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO EN LA ARGENTINA